

Gaston Leroux

Un misterio en París

o El crimen de Rouletabille

d'Época Noir - 5

Índice de contenido

Cubierta

Un misterio en París

Introducción

Listado de personajes principales

I. Reflexiones y recuerdos de un amigo

II. Máscaras y rostros

III. Un beso en la terraza

IV. Confidencias

V. Théodora Luigi

VI. El drama

VII. Rouletabille vuelve a ser Rouletabille

VIII. La masacre

IX. Hipótesis

X. Nuevas precisiones y nuevas dudas

XI. La casita de Passy

XII. La extraña actitud de Rouletabille

XIII. Lo que vio Rouletabille en la casita de Passy

XIV. Un giro dramático

XV. Rouletabille en prisión

XVI. Una carta certificada

XVII. Nuevas hipótesis

XVIII. La extraña aventura de Rouletabille en un coche cama

XIX. La demostración, una vez más, de que la fortuna siempre nos sorprende durmiendo

XX. Algo que brillaba en las sombras

XXI. Tinieblas

XXII. El rayo

XXIII. El caos

XXIV. La luz

Sobre el autor

Notas





INTRODUCCIÓN



Gaston Louis Alfred Leroux (París, 1868 - Niza, 1927) fue un escritor y periodista francés universalmente reconocido por sus novelas policíacas y de misterio, que fueron publicadas por entregas en importantes periódicos franceses. Gaston, hijo de Marie Alphonsine y Julien Leroux, fue criado junto a sus hermanos y en compañía de sus abuelos —que eran dueños de una compañía dedicada a las contrataciones de obras públicas, en particular la construcción naval— en el pequeño pueblo costero de St. Valery-en-Caux, en Normandía.

Durante su etapa escolar en el pueblo aprendió a navegar y pescar al tiempo que cursaba estudios primarios, y más tarde se graduó en letras en la escuela secundaria de Caen, en donde comenzó a desarrollar sus habilidades como escritor, leyendo con avidez a grandes autores como Alexandre Dumas y Victor Hugo. Tras graduarse en Caen, se trasladó a París para comenzar sus estudios de Derecho, que concluyó en 1889. Ese mismo año comenzó a ejercer su profesión, aunque ya en el momento de su graduación había perdido interés por la carrera de leyes y solo la ejerció durante tres años.

Así mismo, fue también en ese año 1889 cuando sucedieron dos cosas importantes en la vida del joven Leroux. Por una parte la muerte de su padre, y por otra, su primera colaboración con un periódico, específicamente *L'Écho*, en el que venía redactando artículos sobre los procesos judiciales más relevantes de la época y donde, por primera vez ese año, publica una poesía.

Ambas circunstancias contribuyen a un renacimiento del joven Leroux. La herencia que recibe, de casi un millón de francos, le permite disfrutar de una nueva vida lejos de los estudios legales, por lo que Gaston decide abandonar su carrera de abogado y zambullirse en las casas de juego, clubes nocturnos, espectáculos teatrales y *cabarets* del París de la *Belle Époque*, y frecuentar la compañía de otros escritores que disfrutaban en la misma medida de la creación literaria que del cancan, las bellas mujeres y las ensoñaciones del «hada verde»^[1]. Después de seis meses, Gaston Leroux estaba en quiebra. Había decidido abandonar su carrera como abogado definitivamente para abrazar el apasionante mundo de la creación literaria y el periodismo.

El periódico que le acoge es *Le Matin*, donde retornará, ya casi sin blanca, a la crónica judicial. En su trabajo Leroux conocerá a jueces, policías, timos y

timadores, pillos y ricos y toda una suerte de personalidades, entre vulgares y estrafalarias, en las que se inspirará para crear los personajes de sus novelas. Es en *Le Matin* donde publica en 1903 su primer folletín, siguiendo los pasos de autores detectivescos como Émile Gaboriau^[2] o Fortuné du Boisgobey^[3]. El folletín en cuestión recibió el título de *El buscador de tesoros*, aunque al editarse como novela se convirtió en *La doble vida de Théophraste Longuet* (1903), una novela criminal en la que presenta a su primer *master criminal*, un ladrón real llamado Louis Cartouche, personaje hoy día casi olvidado para los lectores de Leroux pero tan atractivo e intrigante como los que crearía años más tarde.

En ese año 1903, Leroux se divorcia de su primera esposa, Marie Lefranc, aunque ya convivía desde 1902 con Jeanne Cayatte. Entre 1904 y 1906 su periódico le envía a Rusia, donde conoce de primera mano la caída del régimen zarista. Jeanne, embarazada, le acompaña con el consiguiente escándalo mediático, y su experiencia en el viaje por Rusia le servirá de inspiración en alguna de sus novelas posteriores.

A su regreso a París es ya un novelista que recorre las calles buscando, tal vez, un argumento lo suficientemente atractivo que le permita abandonar su actividad periodística definitivamente. No obstante, su fama como periodista se ha acrecentado mucho y ello le reporta una buena remuneración que, como anteriormente, se evapora en poco tiempo con nuevas visitas a los casinos. Cuando en 1907 publica *El misterio del cuarto amarillo*, la novela que establecería su reputación literaria, ya disfrutaba de un estatus casi de celebridad como periodista, un periodista intrépido e inusual.

Para uno de sus artículos judiciales llegó incluso a entrevistar a un recluso en espera de ser juzgado por un delito grave haciéndose pasar por un funcionario de la prisión. Merced a su investigación —gracias a la cual el recluso fue declarado inocente—, *Le Matin* incrementó sus ventas ostensiblemente y Leroux se convirtió en un «reportero investigador», un antecesor de los reporteros de *El Caso*, salvando las distancias; en resumen, un escritor «camuflado» que adornaba sus crónicas con pinceladas de aventura típicas del *roman d'aventures* y con el juego de la deducción característico del *roman policier*.

Las crónicas de Leroux eran esperadas con expectación por sus lectores, pues el periodista-escritor las aderezaba con mucho misterio y un uso del lenguaje y el clímax aprendido de los escritores de folletín, desde Alexandre Dumas a Paul Féval. Sus técnicas de investigación eran de lo más ingeniosas y, por ejemplo, podía descubrir y relatar una cumbre secreta entre el káiser

Guillermo II y el zar ruso tras entablar amistad con un cocinero del séquito del zar. Así mismo, tal como años atrás hiciera Dickens asistiendo al ahorcamiento del matrimonio Manning, se ocupó de las crónicas de las ejecuciones públicas de París, donde la horca se había visto sustituida por la guillotina. Leroux emuló incluso a Arthur Conan Doyle —quien años más tarde se involucró personalmente en la defensa del diplomático irlandés Roger Casement^[4]—, asumiendo un importante papel en el segundo juicio contra el capitán Alfred Dreyfus^[5], a quien Leroux creía inocente, defendiendo su inocencia en sus ya famosas crónicas judiciales. Un mediático caso de espionaje en el que se involucró también Émile Zola —autor del artículo «Yo acuso»—, además de importantes personalidades de la época.

El camino que Leroux había comenzado a recorrer en 1889 encuentra su culmen en 1907, con la publicación de *El misterio del cuarto amarillo*, pues, en la cima de su éxito como periodista de investigación, decide utilizar su pluma sagaz e inteligente no ya para escribir una crónica de la realidad, sino para escribir una novela que le otorgue la celebridad como escritor. Leroux había sido lector impenitente de escritores como Victor Hugo y Alexandre Dumas (padre), tal como ya hemos indicado, y, así mismo, de otros de la talla de Edgar Allan Poe o Arthur Conan Doyle. De hecho, su primera novela ya mencionada, *La doble vida de Théophraste Longuet*, tiene muchas pinceladas de Dumas, Poe o Doyle... aunque sus lectores de entonces tal vez no lo apreciaran.

LEROUX CREA A ROULETABILLE

En *El misterio del cuarto amarillo*, Rouletabille, su protagonista, es un joven reportero que toma prestadas de su creador Gaston Leroux las habilidades del periodista intrépido, curioso, inteligente y provocador.

Leroux conocía y admiraba *Los crímenes de la calle Morgue*, de Edgar Allan Poe, y los relatos y novelas de Sherlock Holmes, y, como ya había hecho con anterioridad Fergus Hume^[6], decidió escribir la literatura que el lector demandaba. En sus propias palabras: «Cuando me senté a escribir esa historia decidí ser mejor que Arthur Conan Doyle, y conseguir que mi misterio fuera más perfecto incluso que los que el propio Edgar Allan Poe había creado». La novela supuso un éxito inmediato e inmenso. Posteriormente, Leroux se instaló en Niza, donde producirá una obra considerable hasta su muerte en 1927: más de treinta novelas, infinidad de cuentos y algunas obras de teatro.

Leroux se adentra con su *alter ego*, Rouletabille, en un tipo de misterio que ya había sido escrito por Le Fanu, Poe y Doyle, el misterio de un crimen cometido en una habitación cerrada, e incluso cita en él la primigenia obra detectivesca de Poe y los casos de Doyle, a los que califica de «truculentos». *El misterio del cuarto amarillo* se cita a menudo como uno de los misterios más originales y perfectos cometidos en una habitación cerrada, y el propio John Dickson Carr, prolífico escritor de misterios y asesinatos en habitaciones cerradas, la cita explícitamente como la mejor novela del género jamás escrita.

Gran parte del éxito de la primera novela fue gracias a su protagonista, Rouletabille —apodo de Joseph Joséphin—, quien en la primera edición fue conocido como Boitabille. Ambos apodos eran comúnmente utilizados por los escritores Alphonse Allais y Léon Bloy, que frecuentaban los mismos ambientes disipados de la *Belle Époque* que Gaston Leroux. Eran autores que ya habían escrito relatos detectivescos, e incluso participado en un desternillante proyecto criminal como fue el «Diario de los asesinos», dirigido por el «chansonnier» Jules Jouy. Rouletabille es un joven reportero que con dieciocho años comienza a colaborar con el diario *L'Époque* y empieza a ser conocido además por su curiosa apariencia, esto es, baja estatura, traje y gorra a cuadros, una cabeza redonda como una bola, cara sonrosada de bebedor empedernido y una pipa en la boca.

Joseph Rouletabille, sagaz y atrevido, es conocido por haber resuelto un crimen que confundió a la policía. Cuando se enfrenta a *El misterio del cuarto amarillo* el lector se pone inmediatamente de su parte. En el relato encontramos a una mujer atacada en una habitación cerrada. Cuando los testigos —entre los que se encuentra su padre, el profesor Stangerson— entran en la habitación, la encuentran vacía con la excepción de la dama, que permanece inconsciente por el ataque de un agresor que ha desaparecido. Una puerta cerrada con llave, una ventana cerrada y una misteriosa huella sangrienta en la pared adornan el misterio. El profesor Darzac, que se convierte en sospechoso, es investigado por Larsan, el detective encargado del caso, pero será Rouletabille quien, de entre las pistas falsas, encuentre la solución al enigma.

Rouletabille es solo un remedo de detective, un aficionado que tuvo la suerte de impresionar a la policía en uno de los casos en los que había intervenido como reportero. En absoluto es el *monsieur Lecoq* que aprende a ser detective para hacer del oficio su profesión. Es un *amateur* enfrentado al

mejor policía de la *Sûreté* —la policía francesa—, Frédéric Larsan, valiéndose únicamente de su intuición.

A diferencia de los detectives insignes de la *Golden Age*, de los que poco conoce el lector hasta el momento en que alcanzan la fama, Leroux creó con Rouletabille todo un mundo imaginario y conectado. El lector de su primera aventura sabe que el nombre auténtico de Rouletabille era Joseph Joséphin, y que había sido criado en un orfanato. Leroux atrapa al lector con un personaje que casi se puede palpar, un personaje que atesora muchas de las características de su padre literario. En *El perfume de la dama de negro*, la segunda novela de la saga, el reportero se enfrenta a Ballmeyer para defender a su madre. Rouletabille es más que un sagaz detective, y su carrera avanzará vertiginosamente en las dos novelas siguientes cuando debe resolver un misterio en la Rusia de los zares, enfrentarse al señor del Castillo Negro en Bulgaria —donde conocerá a Ivana Vilitchkov, «la lobezna de los Balcanes»— o convertirse en un agente secreto al servicio del gobierno de Francia en territorio alemán en el transcurso de la Gran Guerra. Aún le quedará tiempo para enfrentarse a una supercriminal en su última novela, pero será en *El crimen de Rouletabille* —publicada también como *La pista fantasma* y subtitulada en su edición americana como *Un crimen en París*— cuando Leroux construirá la más íntima de las aventuras de Rouletabille. Mientras el reportero y su esposa, la encantadora Ivana, están de vacaciones en Deauville, la joven es asesinada junto a su jefe, el famoso profesor Boulenger. La actitud ambigua de las dos víctimas, que coqueteaban abiertamente desde hacía tiempo, lleva rápidamente a la policía a considerar a Rouletabille como el principal sospechoso de ambos crímenes. ¿Cómo logrará probar su inocencia? Y, sobre todo, ¿encontrará fuerzas Rouletabille para superar la pérdida de su amada esposa, que posiblemente le traicionaba? A través de los ojos de su amigo, Gaston Sainclair, quien ha aceptado ser su abogado y se convierte en el narrador del caso, podremos seguir las aventuras de esta intensa y atípica investigación, que se convierte en una de las mejores novelas de esta serie de culto que Leroux dedicó a su *alter ego* literario.

A pesar de las posibilidades del personaje, Leroux lo abandonó tras siete obras; sin embargo, su importancia en la novela criminal es determinante. El modelo de joven detective fue tomado prestado rápidamente por otro gran escritor francés, Jules Lermina —lamentablemente hoy olvidado—, creador de *Las aventuras de Toto Fouinard, el detective parisino*. Por otra parte, algunas de las más fantasiosas e imaginativas aventuras de Leroux, con armas destructoras secretas, sirvieron de carne de cultivo para las historias de

superhéroes... y de supervillanos criminales, como las creaciones de su coetáneo Gustave Le Rouge, o el James Bond de Ian Fleming, por no hablar de la similitud con las aventuras de un joven y pequeño reportero pelirrojo de nacionalidad belga, conocido como Tintín.

No obstante, tanto *El perfume de la dama de negro* como *El crimen de Rouletabille* tienen un trasfondo más inquietante que enlaza con las creaciones de Hitchcock, como *Psicosis* y *Agente secreto*. Leroux humaniza al detective a la vez que le hace compartir obsesiones y temores que solo otros escritores posteriores decidieron convertir en el eje de sus novelas criminales.

Pero, sin lugar a dudas, Leroux es mundialmente célebre por ser el autor de *El fantasma de la ópera*. Ambientada en el siglo XIX, la novela más famosa de Leroux fue publicada por primera vez en el diario francés *Le Gaulois* en 1909, así como en otros periódicos de Europa y América del Norte. La obra, un notable ejemplo del género gótico, no fue muy popular cuando se publicó originalmente. Sin embargo, la película en blanco y negro del año 1925 atrajo mucha atención sobre la novela. A partir de ese momento, *El fantasma de la ópera* fue traducida a numerosos idiomas y ha inspirado infinidad de adaptaciones de cine y teatro.

Gaston Leroux murió a la edad de 58 años, el 15 de abril de 1927, en su casa de Niza, en Francia. Actualmente descansa en el cementerio *du Château*, en esa misma ciudad. Tras su temprana muerte, su viuda, obligada a gestionar con rigor una obra que gozaba de un ingente éxito, fundó su propia editorial.

Algunos de sus personajes han elevado a Gaston Leroux al nivel de leyenda, como el fantasma de la ópera, Rouletabille o, en menor medida, Chéri-Bibi. Las adaptaciones de sus novelas son extremadamente numerosas —más de treinta películas en el cine, por no hablar de musicales, cómics, *TV movies*, etc.—, pero a día de hoy Gaston Leroux es un autor casi desconocido para los nuevos lectores, pues su obra ha sido muy olvidada durante los últimos años. Esta novela supone el homenaje de la Editorial d'Época a uno de los grandes de la novela de misterio y detectives.

Juan Mari Barasorda^[7]
Marzo de 2019

UN MISTERIO EN PARÍS

LISTADO DE PERSONAJES PRINCIPALES

Rouletabille: apodo del intrépido periodista Joseph Joséphin, que posee grandes habilidades detectivescas. Está felizmente casado con la bella Ivana.

Sainclair: abogado y fiel amigo de Rouletabille, desconfía de las mujeres por un antiguo desengaño amoroso. Es el narrador de la historia.

Ivana Vilitchkov: hermosa y dulce esposa de Rouletabille. Trabaja como colaboradora en el *Instituto Roland Boulenger*.

Roland Boulenger: célebre y controvertido científico, en la actualidad realiza importantes investigaciones sobre el bacilo de la tuberculosis. Hombre apuesto y narcisista, de gran éxito entre las mujeres.


Thérèse Boulenger: esposa y colaboradora de Roland, absolutamente devota de sus investigaciones. Está profundamente enamorada de su esposo a pesar de ser consciente de sus escarceos amorosos.

Théodora Luigi: joven de espectacular belleza, amante de Roland Boulenger.

Henry II: príncipe de Albania y pareja de Théodora Luigi.

I

REFLEXIONES Y RECUERDOS DE UN AMIGO

 on qué insólita emoción —transcurridos ya más de diez años—, yo, Sainclair^[8], retomo la pluma que narró el sensacional relato de *El misterio del cuarto amarillo*^[9] y las primeras hazañas del joven reportero de *L'Époque*, para dar a conocer —con todos sus insospechados detalles— este impactante caso conocido como *El crimen de Rouletabille*, una oscura tragedia envuelta en espantosas tinieblas y en cuyo umbral aparece el dulce monstruo con cabeza de esfinge: ¡el eterno femenino...!^[10]

abiertos ante la Razón, lo vi, por un instante, estremecido y desconcertado ante los ojos de una mujer como en presencia del caos...!

Ya fue relatado en otro tiempo el drama búlgaro^[11] en mitad del cual el joven reportero había ido en busca de aquella que debía convertirse en su esposa y a la que había vislumbrado por primera vez en el comedor de la Pitié^[12], pues Ivana se había trasladado muy joven a París para estudiar medicina.

desgracia de Stambolov^[13] y sus amigos. Este incidente es de sobra conocido; todos los periódicos reprodujeron el relato de las sangrientas escenas que, al margen del conflicto de los Balcanes^[14], supusieron el siniestro prólogo de una exultante unión consagrada en la Madeleine^[15], en el seno de la flor y nata de París.

Tras la Primera Guerra Mundial, Ivana regresó a sus trabajos de medicina y laboratorio. Podría decirse que lo abandonó todo para consagrarse por entero al *Instituto Roland Boulenger*. En mi opinión fue un desastre y muchos culparon a Rouletabille, pues, indignado ante la mala fe con la que todo estamento oficial intentaba silenciar los esfuerzos de un hombre a quien el Colegio y la Academia trataban de charlatán, se dejó convencer fácilmente por una Ivana que había tomado partido por el célebre especialista. ¡Ya conocen ustedes a nuestro Rouletabille! Siempre se entrega por completo. Sus artículos levantaron ampollas. Afirmó de modo audaz que el método de trabajo de Roland Boulenger triunfaba ya en América, y predijo que, a poco que Francia se mostrara —una vez más— ingrata con uno de sus compatriotas, este huiría para exiliarse como tantos otros, llevándose su ingenio al extranjero.

¿Era Roland Boulenger, en verdad, un genio? Tal vez lo descubramos pronto. Yo siempre le creí un poco pretencioso. Sin duda, no sabía ser humilde. Era un hombre muy apuesto y con facilidad de palabra. Su encanto estaba asegurado. Volvía locas a las mujeres, y sus conferencias —de las que nada comprendían— eran cita obligada para las damas más hermosas, como en tiempos de Cato^[16]. Con todo, era un hombre muy sociable, hecho que no le impedía trabajar doce horas al día. Su espíritu creativo abarcaba todas las áreas. Ese era su crimen. ¿Acaso no había provocado risas su novedoso fusil de percusión lateral? ¿O su innovador sistema de engranaje para los motores de los automóviles? ¿Y su nuevo método de *champanización*? Sin embargo, existían compañías que explotaban sus patentes y que en absoluto parecían haberse arruinado.

Tras suscitar risas, provocó furia. Sucedió cuando tuvo la sacrílega pretensión de cuestionar las investigaciones de Pasteur, resucitando la teoría de la generación espontánea^[17]. Afirmó que no existía una prueba definitiva al respecto, y sus excesivamente singulares estudios sobre la sensibilidad, la anestesia y la generación de metales condujeron, es preciso decirlo, a hipótesis inéditas y —hasta el día de hoy— jamás consideradas. Su último proyecto se refería al bacilo de la tuberculosis, llevándole a inaugurar en su Instituto una novedosa seroterapia que fue objeto de esperanza y cólera a

partes iguales. Lo cierto es que los resultados eran contradictorios, lo que le llevó a suspender su propio tratamiento; aun así, respondió a los alborotadores que antes de final de año habría destruido el bacilo de Koch.

No era un secreto para nadie que su nuevo sistema tenía como punto de partida el singular privilegio que tienen las gallinas, cuando se les inoculara la tuberculosis humana, para formar quistes en los que el microbio persiste largo tiempo sin extenderse, de modo que la alteración tuberculosa permanece localizada.

Un año después, los jardines del *Instituto Roland Boulenger*, ubicados tras el Observatorio, se habían convertido en un vasto gallinero. Yo sabía que Ivana vivía allí como granjera de día y secretaria de un hombre ilustre una parte de sus noches. Rouletabille se conformaba con el resto. Mejor para él si veía la vida de color de rosa. Personalmente no me habría gustado; aunque no dudaba del amor de Ivana por su esposo, soy de la opinión de que no hay que tentar mucho a la suerte...

Hacía quince días que no veía ni a uno ni a otra; estábamos a finales de julio cuando, tras salir del Palacio de Justicia^[18], al que no pensaba regresar hasta después de mis vacaciones, me tropecé con Rouletabille.

—Querido Sainclair, venía a buscarte. Te vienes con nosotros a Deauville^[19].

—¡A Deauville! —exclamé—. Con lo que le gusta a Ivana el campo... no creo que se encuentre cómoda en Deauville. ¡Detesta a los esnobs!

—Querido amigo, se ha hecho confeccionar varios vestidos; no la reconozco. Nos llevarán los Boulenger. Me han encargado que te invite, e Ivana cuenta contigo.

—¿De veras? ¿Estás bromeando? —pregunté.

Entonces, Rouletabille abandonó su aire jovial:

—¡Soy yo quien te ruega que vengas! ¡Ven...!

Cuando regresé a casa me tumbé frente al escritorio y, sujetando la cabeza entre las manos, cerré los ojos. No era la enigmática figura de Ivana la que ahora se me aparecía en la oscuridad de mis párpados cerrados, sino una adorable cabellera rubia, unos ojos de un azul celeste, una sonrisa en flor, un rostro virginal.

Su inocencia me sedujo sin ella percatarse, querida niña, en una hermosa mañana de primavera en la que un flamante sol brillaba sobre los muelles y las cajas de los *buquinistas*^[20]. Iba acompañada de su anciana abuela, que buscaba para ella algún libro de texto que necesitaba para aprobar sus exámenes. Tenía diecisiete años, y aún no había abandonado las faldas de su

madre. Vivía en el vecindario. No era pobre pero sí honrada. Situación modesta, excelente familia, de moral irreprochable, un dechado de virtudes. Ignoraba los horrores de la capital. Me casé...

¡Al menos, yo sabía lo que hacía! Me había informado, había observado a mi bella e inocente palomita de cerca. Yo no había ido a buscar a una indómita muchacha a los Balcanes... y muy pronto, tal cual había previsto, me sentí plácidamente feliz, tal y como deseaba. Por otra parte, puse un gran esmero en proteger mi dicha con todas las precauciones razonables. Locamente enamorado, me di perfecta cuenta de que albergaba en mí un sentimiento de celos, máxime cuando hacía tiempo que había dejado atrás mi primera juventud. Así pues, no recibía en mi casa —a excepción de Rouletabille— más que a viejos camaradas que no pudieran hacerme sombra...

Pues bien, tuve prueba un buen día —no tengo nada que ocultar, ¡ay de mí!, pues mi infortunio fue demasiado público— de que aquellos cándidos ojos, aquel virginal rostro, aquellos bucles de niña, aquella inocente boca, ¡toda aquella pureza me engañaba!

¡Después de aquello, a nadie le sorprenderá que ya no crea en nada!

A nadie le sorprenderá que todos mis discursos concluyan siempre con interrogantes... ¡Ah! Rouletabille, cuando solicitaste que actuara en tu defensa en este terrible asunto, sabías cuánto había sufrido mi corazón por la traición de un ser querido... y que en ninguna parte encontraría el tuyo un eco más sensible a tu dolor en aquellos momentos en que lo creías todo perdido.

II MÁSCARAS Y ROSTROS

Tras recibir una carta de la señora Boulenger en la que me invitaba a pasar unos días en *Les Chaumes*, donde ya se encontraban Rouletabille e Ivana, partí para Deauville.

Les Chaumes era una de las más hermosas mansiones de la comarca, con una cierta afectación de estilo rústico que no excluía una ostentosa magnificencia. Los Boulenger eran extraordinariamente ricos. El cirujano, todavía pobre pero ya célebre por sus primeros trabajos, se había casado con la señora Hugon, joven viuda del anciano señor Hugon, que había amasado una gran fortuna con los fosfatos sicilianos; este matrimonio había permitido al facultativo abandonar su clínica para entregarse casi en exclusiva a sus trabajos de laboratorio.

La señora Boulenger se acercaba ahora a la cuarentena, pero aún mostraba un semblante fresco y cierta austera coquetería que se avenía muy bien con su estilo, si se me permite decirlo... ¿Cuál era, pues, el estilo de la señora Boulenger? Consistía, por encima de todo, en una sobria amabilidad que no carecía de cierto encanto para aquellos y aquellas que su esposo recibía en su hogar.

Sabía despojarse de la erudita en la que se había convertido en la escuela de su esposo, pues aquella mujer —que gozaba de una educación puramente literaria— se había introducido en el mundo de la medicina y la química como una colegiala, forzando las puertas del laboratorio donde se encerraba Roland y convirtiéndose en su primera auxiliar. A los alumnos del maestro no les incomodaba admitir que ella era en gran parte responsable de los últimos éxitos del *Instituto Boulenger*, pero tales observaciones la horripilaban y cerraba impacientemente la boca a los indiscretos, incluso a su propio esposo, cuando surgía esa cuestión.

Su única dicha era la gloria de Roland; su único placer, resultarle agradable. Le prodigaba cuidados casi maternos. Su afinidad de carácter, que era perfecta en cualquier circunstancia, hacía de la morada de los Boulenger algo insólito; y a ella le correspondía todo el mérito, pues aquel diablo de hombre había sido dotado con una actividad que derrochaba en todas las direcciones... Ustedes ya me entienden.

Roland Boulenger, que no era mucho mayor que su esposa, había disfrutado y continuaba haciéndolo de los más placenteros amoríos. No perdía su tiempo: todo el mundo lo sabía, y Thérèse —nombre de pila de la señora Boulenger— no ignoraba que su esposo compaginaba el trabajo con el placer. No siempre era discreto. Aun así, era la primera en sonreír y, si aquello le causaba sufrimiento, evitaba dejarlo traslucir. A ciertas alusiones demasiado precisas de sus amistades, que intentaban compadecerla, ella respondía:

—¡Oh! ¡Hace mucho tiempo que no soy más que un espíritu puro! Amo a Roland por su inteligencia y su gran corazón de hombre honesto. Todo lo demás carece de importancia, ¡no son más que tonterías!

Luigi, le aterrorizó el rápido declive de su estado de salud. Entonces se rebeló:

—¡Entiendo que mi marido se divierta —le había dicho a Rouletabille—, pero no consentiré que ellas me lo maten!

Había sido informada de que Théodora era una gran fumadora de opio y de que su imaginación de cortesana sabía brindar placeres gloriosos pero temibles. Se arrojó a los pies de su marido:

—No tienes derecho. ¡Tu salud no te pertenece...! ¡Pertenece a la ciencia, a todos aquellos a los que puedes salvar...! ¡Mi querido Roland! ¡Escúchame...! Sabes que jamás te reprocho nada... Me comporto contigo como una abuela ante las travesuras de su nieto: hago la vista gorda... pero observo tu aspecto ajado y no puedo evitar sufrir.

Aquella mujer se había comportado de un modo sublime. Era una santa. Y como Boulenger no era ni un miserable ni un necio, comprendió que tenía razón y la estrechó contra su pecho.

Accedió a trasladarse al sur durante algunas semanas y, cuando Thérèse regresó a París con su esposo, Théodora Luigi había partido en un largo viaje junto al príncipe Henry de Albania.

¡Roland estaba a salvo!

Llegué a Deauville en el tren de mediodía. Rouletabille me esperaba en la estación. Me dio buenas noticias sobre todos sus allegados. Intercambiamos algunas palabras intrascendentes y pronto el coche se detuvo ante la puerta de *Les Chaumes*. Me sorprendió comprobar que nadie saliera a nuestro encuentro. Mientras me guiaba hasta uno de los aposentos, Rouletabille me informó de que el desayuno se servía muy tarde en Deauville, y que el profesor trabajaba hasta la una.

—¡Cómo! ¿Incluso aquí? ¿Tu esposa también trabaja?

—El profesor, Ivana y la señora Boulenger se encuentran enfrascados en su trascendente informe sobre el último estado de sus investigaciones relativas a la tuberculosis gallinácea.

—¡Qué agradables vacaciones! ¡Bien! ¿Y tú, no trabajas?

—¡No, yo me divierto!

—¿Cómo?

—¡Haciendo castillos de arena!

—¡Así que aquí en Deauville se va a la playa!

—Sí... sí. ¡Los niños y sus nodrizas!

Luego me abandonó para reunirse con alguien a quien estaba seguro de encontrar en *La Potinière*^[21], lugar donde a aquella hora se concentraba el

vulgo de París. Instantes después, bajé al enorme jardín arreglado con admirables cestas de flores y hermosos rincones umbríos... A lo lejos, los criados preparaban la mesa bajo los árboles.

De pronto, un poco más cerca, distinguí a la señora Boulenger que, sonriente, venía a mi encuentro. Avancé hacia ella, bordeando los muros de la mansión.

Por encima de mí se abrió una ventana, y pude escuchar nítidamente las siguientes palabras pronunciadas por Ivana:

—¡Se lo ruego! ¡Se lo ruego... suelte mi mano! ¡Oh! Profesor, es usted insoportable.

Jamás olvidaré el tono de aquel «¡Se lo ruego!». Claramente, era una súplica dulce, en absoluto amenazante. Estaba un poco pálido cuando abordé a la señora Boulenger. Me parecía imposible que ella no lo hubiera oído. ¡Yo lo había hecho...! Y Thérèse no se encontraba más alejada que yo de la ventana. Pero, sin duda, me había equivocado, pues su rostro permaneció impassible y me dio la bienvenida con perfecta naturalidad.

Ivana y Boulenger no tardaron en aparecer. Al principio creí advertir que fingían una exagerada corrección pero, ante el encantador buen humor de Ivana y el entusiasmo del profesor, aquella impresión pronto se desvaneció.

Ambos mostraron un gran placer al verme. No disimulaban que mi presencia sería sobre todo útil a Rouletabille, a quien tenían un poco abandonado.

—¡La culpa la tienen ese condenado informe y esas condenadas gallinas, que aún no nos han revelado su secreto! Pero en pocos días habremos terminado con el papeleo, al menos así lo espero, y entonces organizaremos una excursión en automóvil. ¡Dejaremos atrás *La Potinière* y pondremos rumbo a Bretaña! Primera etapa: una tortilla donde la madre Poulard^[22].

Aquel hombre resplandecía; había fuego en sus oscuros ojos, en aquellas inquietantes cavidades que, en ocasiones, daban qué pensar. Algunos afirmaban que se había entregado con tanto ardor a la investigación de la tuberculosis porque él mismo padecía aquella temible enfermedad.

Nos sentamos a la mesa. El desayuno fue delicioso. Rouletabille había regresado de *La Potinière* con las últimas historias de la noche anterior. Habían desalojado las salas de juego a las cuatro de la madrugada, y los jugadores más empedernidos se habían vengado de la administración que los había expulsado llevándose los instrumentos de la banda de *jazz* y haciendo un bullicio infernal. Con semejante equipaje llegaron donde *Léontine*, que se vio forzada a levantarse de la cama, abrirles las puertas de su mesón y

prepararles la cena. Y allí comenzaron a jugar de nuevo a un juego terrible, los dados. El corpulento Berwick había obligado a un menudo periodista, Ramel, del periódico *Dramática*, a jugarse los cinco lises que tenía en el bolsillo. Hacia las ocho de la mañana el pequeño Ramel ganó veinticinco mil francos y aprovechó el momento para pedir una sopa de cebolla.

Informo de todos estos detalles para que se entienda el perfil de aquellas gentes. En ese mismo instante en que nos divertíamos, aparentemente sin mayores pretensiones, Roland Boulenger —que daba la réplica a Rouletabille— buscaba el pie de Ivana bajo la mesa. Puedo probarlo. ¡Las pasiones impetuosas vuelven a los hombres infantiles y embusteros! Observé aquella alegre máscara que en aquel mismo instante se volvía hacia nosotros y advertí el verdadero y dionisiaco rostro de Roland. ¡En ese momento, aquel hombre estaba cometiendo un acto abominable y creo poder afirmar que ni siquiera era consciente de ello!

Cuanto más lo pienso, más me convengo de que el rasgo esencial de aquel carácter debe hallarse en la ingenuidad de su extremo egoísmo. En realidad, lo que yo atisbaba en Boulenger era una indiferencia algo indómita, una aristocrática violencia de las pasiones, una vitalidad de risueño triunfador y un brutal individualismo, en lugar del alma generosa de un predicador y valedor consagrado a la salvación de la humanidad que parecía deslumbrar a tantos y tantos necios, y a la infeliz Thérèse en particular. Tendremos ocasión de hablar de nuevo sobre Ivana.

«¡Cómo!», pensaba yo. «¿Es posible que sea el único que vea lo que está sucediendo...? ¿Que una mente tan perspicaz como la de Rouletabille no repare en sus maniobras? Y si es consciente de ello, ¿cuál es mi papel, qué hago aquí...?».

III

UN BESO EN LA TERRAZA

Por la noche, después de cenar, fuimos al Casino. La temporada estaba en todo su apogeo. Aquello era una locura. ¿De dónde saca el dinero toda esa gente? No crean que voy a ejercer de censor o que ignoro lo que es una sala de bacarrá^[23]. En la intimidad, he visto pasar ante mis ojos cientos y cientos de miles de francos en algunas partidas de cartas. Pero lo que me dejó estupefacto fue la riqueza de los vestidos de las mujeres y su pasmosa indecencia. Sin duda estaré anticuado, pasado de moda, lo que ustedes quieran, pero todo tiene un límite. ¡Aquellas espaldas desnudas! ¡En fin...!

Constaté con placer que Ivana llevaba un vestido original dentro de su sencillez, pero de muy buen gusto. Si bien su escote no llegaba a la cintura, su vestido de tul negro con lentejuelas —engalanado con cabujones negros— no era el menos admirado. Ivana adornaba su cabellera con una cinta de grandes cabujones de azabache que sujetaba una mantilla. Diríase un cuadro de Goya. El profesor no la dejaba, pero se separaron de nosotros. Por supuesto, no se pasea en los salones de un casino como se haría en una boda.

Encontré a Rouletabille y a la señora Boulenger conversando en un rincón junto a los ventanales franceses abiertos a las terrazas. Tomamos asiento los tres en las mecedoras y disfrutamos del frescor de la noche lunar, todo un lujo tras el sofoco de los salones de juego.

Hacía algunos instantes que nos hallábamos allí, soñando cada uno por su lado, cuando atisbé nítidamente —en uno de los senderos que conducían a la playa— dos siluetas que acababan de salir de la sombra, atravesaban una zona iluminada y volvían a perderse en la oscuridad.

Enseguida reconocí a los dos solitarios paseantes: Roland Boulenger e Ivana.

Roland tenía la mano de Ivana en sus labios y prolongaba un beso que la brusca claridad había sorprendido. En ese momento hubo un gesto de retirada por parte de Ivana, pero Roland mantuvo su posición y se adentró en la sombra con su cautiva.

Desde la distancia contemplamos aquella escena, que duró tan solo unos instantes. También permanecíamos en la sombra y, desde allí abajo, no podían vernos. En todo caso, las dos personas que ocupaban mis pensamientos no parecían pensar en nosotros. Nos habían olvidado por completo.

imposible que no hubieran visto lo mismo que yo! Sin embargo, Rouletabille no se inmutó. En cuanto a la señora Boulenger, se levantó diciendo:

—¿No les parece que hace un poco de fresco? ¿Entramos?

Nosotros también nos levantamos y la seguimos hasta la sala de la ruleta, donde se divirtió apostando y en la que ganó una veintena de francos, haciendo demostraciones de infantil algarabía. Al girarnos para abandonar la ruleta, nos encontramos cara a cara con Roland e Ivana que, desde hacía un rato, observaban el juego.

—¡Vaya! —exclamó la señora Boulenger—. ¡Estáis aquí! ¿De dónde venís?

—De la luna —respondió el profesor—... ¡Si supierais qué hermosa noche hace fuera!

—¿Regresamos a pie? —propuso Thérèse.

Emprendimos el camino a casa. Roland e Ivana iban delante, a cierta distancia. Nosotros, por nuestra parte, caminamos en silencio.

IV CONFIDENCIAS

Estaba decidido a hablar con Rouletabille. Instantes antes había pensado en precipitar mi partida, con el pretexto de haber recibido un telegrama en el que reclamaban mi presencia en París, para no verme involucrado en un asunto que no me concernía. Pero más tarde resolví que Rouletabille era un amigo y que sería muy egoísta por mi parte no abrirle los ojos si es que aún estaba ciego. Tras mi propia experiencia, nada me sorprende más que la ceguera de los hombres. No hay cera caliente que, al enfriarse, se vuelva más sólida que el beso de una mujer sobre los párpados... ¡y he aquí los célebres lacres! ¡La dama podrá pasearse tranquilamente a la luz del día, que el otro no verá ni gota! Por más que uno se llame Rouletabille, por más que uno camine por la *recta senda de la razón*, caerá como el resto en el mismo pozo, al fondo del cual hallará su honor hecho trizas y su hogar convertido en cenizas.

A la mañana siguiente, mientras me afeitaba junto a la ventana, vi al profesor y a Ivana salir de la mansión a caballo. Montaban dos hermosas e impacientes bestias; sus jinetes tampoco parecían privados de cierto frenesí animal que les hacía aparecer ante mis ojos como embriagados del aire gélido de la mañana y de la carrera que estaban a punto de emprender.

las mejillas encendidas y esbozó una sonrisa casi feroz cuando, al volverse hacia la casa, hizo un ademán de despedida antes de partir. Creí que su gesto iba dirigido a la señora Boulenger pero, al asomarme, descubrí en la ventana de su alcoba a Rouletabille, que me preguntó cómo había pasado la noche. Escuché el trote de los caballos alejarse velozmente.

—¡Bien! ¿Y tú, no montas a caballo? —pregunté.

—¡Qué locura, no! Demasiados automóviles por los caminos en estas tierras.

—¡Oh! ¿A estas horas...?

—Además, deja que te cuente... Les acompañé una vez... y, ya sea a caballo o a pie, durante sus paseos solo hablan de gallinas y tuberculosis. Prefiero quedarme aquí.

La jornada transcurrió sin incidentes. Observé que cada vez existíamos menos para Ivana y el profesor; tan solo se ocupaban de ellos mismos. Convine en que, por lo que a nosotros se refería, era una situación bastante melancólica y así, al día siguiente, le dije a Rouletabille:

—Vayamos a almorzar a El Havre^[24].

—¡De acuerdo! ¡Voy a avisar aquí! —dijo.

—¿Para qué? —repliqué—. Ni siquiera se darán cuenta de nuestra ausencia.

Me miró sonriente y, dándome una palmadita en la espalda, señaló:

—¡Vamos! Veo que tienes algo que decirme.

—¡Tal vez...!

Una hora después tomamos el barco a Trouville y, en El Havre, le llevé a almorzar al hotel Frascati. Durante la breve travesía, Rouletabille me habló con total libertad de sus proyectos para el invierno y de un largo viaje a Siria y Mesopotamia, sobre el que haría un reportaje.

—¿Con Ivana?

—¡Oh! No me dejará viajar solo...

—¿Estás seguro?

—¿Qué quieres decir?

—¡Vamos! Sus trabajos con Roland Boulenger...

—¡Oh! Supongo que para esa época podrá pedir unas vacaciones.

—Pues bien, tanto mejor... —remarqué.

No reparó en ese «tanto mejor». Creo que ni siquiera lo escuchó. Me señaló las prodigiosas chimeneas de un transatlántico que descollaban sobre el resto de construcciones del puerto al que acabábamos de llegar, y me habló del placer que sentía durante sus largos viajes por mar y del admirable reposo

que le procuraban. Únicamente lamentaba la instalación del telégrafo, que ofrecía a cada instante noticias de un mundo del que en otro tiempo estaba completamente aislado.

—¡Vaya! ¡Vaya! —exclamé—. No te creía tan amigo del retiro espiritual. ¿Piensas convertirte en un misántropo?

—¡No tengo razón alguna para convertirme en uno! —respondió tajantemente, dirigiéndome una mirada que me incomodó. Tanto que, en el Frascati, no sabía cómo abordar la conversación que estaba decidido a tener.

Fue él quien me sacó de aquella situación, indicándome repentinamente, en el momento en que le creía totalmente enfrascado en el descuartizamiento de la pata de un bogavante:

—¡Bien! ¡Veamos! Dime lo que te preocupa.

—¿No lo adivinas? —pregunté.

—¡Habla! ¡Ya veremos después!

—Creo que Roland Boulenger se comporta como un niño malcriado...

—Siempre lo ha sido... no es ninguna novedad.

—Que su esposa u otras mujeres se lo hayan consentido me resulta indiferente —repliqué—, pero...

—¡Vamos! —interrumpió Rouletabille, que continuaba su lucha con el crustáceo—. Sé lo que te aflige. Piensas que se toma demasiadas libertades con Ivana...

Asentí con la cabeza. Él continuó:

—También crees que Ivana deja que se las tome fácilmente.

No respondí, pero mi silencio fue elocuente.

Entonces, un intruso vino a estrechar la mano del reportero. Hablaron de unas cosas y otras. Nuestra conversación no se retomó hasta el postre.

—No creerás que esperaba tu llegada —dijo— para percatarme del juego que se está jugando aquí.

—¿Un juego? —respondí—. ¡Bastante peligroso!

—No —replicó él, contundente—. ¡Con Ivana, nada temo!

—¡Te equivocas!

—¿Qué estás diciendo?

—¡Digo que te equivocas! En teoría, tienes razón en depositar la mayor de las confianzas en tu esposa, que es la más honesta de las mujeres... pero, en la práctica, cuando la más honesta de las mujeres se presta a ese juego, aun en total inocencia... ¡pues bien, yo te digo que el esposo tiene motivos para temer...!

Rouletabille frunció el ceño y permaneció en silencio algunos instantes; a continuación, dejó caer estas palabras:

—Mi querido Sainclair, ¡resulta comprensible que hables de ese modo!

Enrojecí; acababa de hurgar en una herida aún sin cicatrizar. Se dio cuenta de que había herido mis sentimientos y me pidió perdón de inmediato.

—¡Ah! —exclamé, sacudiendo dolorosamente la cabeza—. Si nuestra amistad es verdadera, creo que no vacilaremos en compadecernos el uno del otro en este asunto...

—¿*En este asunto?* ¡Me parecen palabras excesivas para algunas galanterías triviales a las que nadie, hasta tu llegada, ha dado la menor importancia!

—¡Sí! —exclamé—... ¡Alguien le ha dado importancia a esas galanterías!

—¿Quién?

—¡Tú, amigo mío! ¡Tú, que me has hecho venir aquí! ¡Tú, que has sido el primero en desviar la conversación hacia este asunto... porque... porque te parecía que yo no acababa de abordarlo!

—¡De acuerdo! ¡Así es! —confesó Rouletabille—. ¡Tienes razón! ¡Te hice venir *por ese motivo!* Quería que tú vieras... Entonces, salta a la vista, ¿no?

—Mi pobre amigo.

Rouletabille palideció.

—¡Esta vez —dijo él— has ido demasiado lejos! ¡Aún no soy *tu pobre amigo* y espero no llegar a serlo jamás! Ahora vas a saber lo que ocurre... porque no pasa nada que yo no sepa.

—Me alegra oírte hablar así. Rouletabille siempre lo sabe todo, antes que nadie... ¡De modo que no me sorprende! Sin embargo, tendrás que perdonarme, pero debo preguntarte si sabes que antes del desayuno, en el despacho, Roland Boulenger tomó la mano de Ivana y la aferró con tal ímpetu que tu esposa tuvo que rogarle que cesara en sus demostraciones de amistad.

—¡Sí, lo sé!

—¿Sabes que, durante el desayuno, la bota de Roland buscaba bajo la mesa el zapato de Ivana?

—No lo ignoro.

—¿Y que, por la noche, en los jardines, bajo los balcones del Casino, Ivana entregó a Roland la mano que había retirado aquella misma mañana y que él la cubrió de besos?

—¡Miserables! —exclamó Rouletabille, estallando en risas.

Le miré con absoluto desconcierto.

—¿Lo encuentras gracioso? —balbuceé.

—¡Ah! ¡Dios mío, sí! ¡No creerás que me voy a poner a llorar por semejante chiquillada! Si conocieras a Roland Boulenger, sabrías que no puede tener una mujer a su lado sin caer en alguna declaración más o menos extravagante, pero con consecuencias que solo afectan a aquellos que le quieren.

—Aun así, confiesa que no estás tranquilo, pues si sabes todo eso es porque no dejas de vigilar a tu esposa.

—¡Estoy muy tranquilo y no vigilo a mi mujer! ¡Si sé todo eso es porque ella misma me lo cuenta! ¡Ah! ¡Te pillé, mi buen Sainclair!

—No tengo nada más que decir.

—¡Bien! Pues yo voy a comenzar —declaró mientras se levantaba—. Vamos a dar un paseo por el muelle.

Puso su brazo bajo el mío y pronto me reveló su confidencia:

—Habrás notado que la señora Boulenger se muestra tan tranquila como yo.

—¡Oh! ¡Ella! ¡Pobre santa mujer! ¡Ha visto tanto!

—Pues bien, debes saber que Thérèse, Ivana y yo hemos urdido un complot: liberar a Roland de una nefasta influencia... ¿Has oído hablar de Théodora Luigi?

—Por supuesto. Estoy al corriente... Es más, el mundo entero está al corriente porque lo bueno de Roland Boulenger es que todo el mundo está al tanto de lo que hace.

—Hay mujeres que no saben disimular su fortuna —respondió—. Incluso algunas se jactan de la que no tienen... pero no creo que Roland...

—¡Es un asunto espinoso!, pero no importa... De modo que habéis urdido un complot. ¿Fue idea tuya?

—¡No!

—¿Cómo te enteraste?

—¡Serías un buen juez de instrucción, Sainclair! No quiero jugar contigo.

—Te lo ruego, es muy serio. Cuéntamelo todo... todo...

Avanzó algunos pasos y se decidió: me confesó que en París se había preocupado por los desenvueltos modales del profesor y... por la paciencia un poco... coqueta de Ivana. Sin embargo, tenía muchas pruebas de la honestidad de su esposa para ponerla en duda. La terrible aventura que había precedido a sus *extrañas* nupcias había supuesto para él una lección que no podía olvidar. En aquellas trágicas semanas, había podido creer, y creyó, que Ivana había traicionado la jurada lealtad en beneficio de su más cruel

enemigo. Todo parecía demostrarlo; los actos más flagrantes de Ivana, así como los más encubiertos, lo atestiguaban. ¡Estaba traicionando a Rouletabille! ¡Pues no! ¡Nunca le había sido tan fiel...! ¡Jamás había luchado tanto por su amor! Y si él no la condenó definitivamente fue por el siempre renovado milagro de la razón de Rouletabille, la *recta senda de su razón*, que le hizo ver la luz allí donde el resto solo veían tinieblas y sangre.

—¡Comprenderás —me dijo— que, cuando uno pasa por algo así, no se deja llevar por el primer impulso ante cualquier desfavorable apariencia! Me confié sinceramente con Ivana. Ella no me respondió enseguida. Noté que mis preguntas, que avalaban mis sospechas, la habían sorprendido desagradablemente. Me pidió algunas horas antes de responder. Conocía la integridad de carácter de Ivana, y casi lamenté haberle hablado. Al parecer, nuestra precedente aventura y su previa inocencia deberían haberle ahorrado una conversación semejante entre nosotros. En resumen, esperaba alguna discusión y, lo admito, no las tenía todas conmigo cuando regresé a casa por la tarde. Así pues, me sentí aliviado al constatar que, nada más verme, me dedicaba una sonrisa. Tomó mi mano y me condujo ante la señora Boulenger, que me esperaba en el salón.

«¡Mi querida Thérèse!», le dijo ella. «Aquí te lo traigo, está celoso. ¡Sálvame!».

—Fue entonces —continuó Rouletabille— cuando supe del complot. La señora Boulenger se había percatado, mucho antes que yo, de las atenciones de su marido hacia Ivana, antes incluso de que Ivana se sincerara con la señora Boulenger. Mi esposa, en efecto, le había dado a entender a su amiga que debía interrumpir su trabajo junto al profesor. Pero, entonces, la señora Boulenger había prorrumpido en llanto: «¡Si usted se va, está perdido!», le había replicado a Ivana. «¡Théodora Luigi ha regresado...! ¡Me había jurado que no volvería a verla... pero lo ha hecho! ¡Si no ha vuelto a su lado es porque la ama a usted...! ¡No le desilusione!».

»¿Comprendes, Sainclair, comprendes ahora el terrible juego? «*¡No le desilusione!*».

—¡Ah! —exclamé—. Lo que comprendo es que la señora Boulenger os está sacrificando a ambos en favor de su esposo. ¡Por la salud de su marido! ¡Por la gloria de su marido! ¿Qué no haría ella por él? Se ha abierto el corazón por él. ¡Se ha puesto a sus pies! ¡Hará que todos lo hagan! ¡Y no será la felicidad de una ingenua familia como la vuestra lo que la detendrá en su holocausto!

—¡Mi querido Sainclair, agradecería que no me tomaras por un imbécil! Si esta insignificante historia estuviera destinada a durar, ruego que creas que no me hubiera dejado enternecer por las lágrimas de la señora Boulenger ni por los altruistas razonamientos de Ivana, que no ve en esta aventura más que un maravilloso cerebro que salvar y, tal vez, la feliz y próxima culminación de un ilustre trabajo sobre el suero de la tuberculosis.

—¡Ah!, bien —interrumpí—, ¡mejor me lo pones...! ¡Entonces pretendes esperar para recuperar a tu esposa a que ese caballero descubra el medio de curar la tuberculosis!

—¡Necio! —explotó, propinándome un fuerte puñetazo en las costillas—. ¡Solo esperaremos hasta que Théodora Luigi parta de nuevo...! ¡Hecho que sucederá muy pronto! No se separa de Henry II de Albania, cuya estancia en Francia está prevista para tres semanas; en quince días regresará a sus Estados y, al parecer, por largo tiempo... ¡Nos libraremos del «veneno»!, e Ivana y yo emprenderemos nuestro viaje a Siria. Ya ves que, en el fondo —concluyó, esforzándose por sonreír—, no es tan grave. ¡Si conocieras mejor a Ivana, incluso dirías que no lo es en absoluto! Tiene mucha sangre fría, ya sabes. Para que te quedes totalmente tranquilo, te narraré la última conversación que tuvimos a este respecto. Terminó así. Estas fueron las palabras de Ivana:

»¡El día que tengas la menor sospecha, mi pequeño bobo, hazme una señal y nos iremos inmediatamente! ¡Y Roland Boulenger no volverá a verme jamás!

—Y, ¿a qué esperas? —repliqué a Rouletabille—. ¡No esperes a tener la menor sospecha y hazle ya la señal!

—¡Sí! Pero entonces le estaría confirmando mis sospechas y no me lo perdonaría jamás.

—¡Oh! ¡Mujeres! No puedo evitar decirme con cierta admiración: ¿qué somos al lado de las mujeres? En resumidas cuentas: si me has hecho venir hasta aquí no es tanto por tu deseo de que yo te tranquilice, sino por el que tú tenías de tranquilizarme a mí...

—¡No te burles de mí! —suplicó Rouletabille con un tono que, de improviso, se había vuelto muy serio.

Aferraba mi brazo y lo apretaba con ternura fraternal.

—Te he hecho venir porque quería que estuvieras al corriente y, además, porque necesitaba tener cerca a un amigo. No, no te burles... porque, en el fondo, ya lo ves, ¡estoy triste! ¡Estoy triste sin saber muy bien por qué!... pues, en conclusión, no dudo de Ivana. En este asunto me he convertido tanto en su cómplice como en el de la señora Boulenger... y debería reírme de ello.

¡Pues bien! ¡No me río! ¡Ivana, ella sí ríe! Y, tal vez porque ella ríe, yo estoy triste. Ella ríe con Boulenger. *Incluso sonrío* a Boulenger, lo que aún es peor; nunca habría imaginado que un hombre pudiera —no diría sufrir... al menos aún me niego a admitirlo— estar tan desamparado ante la sonrisa de la mujer que ama, cuando dicha sonrisa va dirigida a otro hombre. ¡Vaya! No sé... Mi cerebro está hecho añicos. ¡No puedo razonar! Hace un momento te conté la terrible aventura de nuestros esponsales, en la que me guie únicamente por el raciocinio. ¡Pues bien! Creo que solo fue posible porque me encontré lidiando con hechos brutales que me permitieron girar y girar todas las caras del poliedro, pero si hubiera visto a Ivana sonreír a Gaulow como la he visto sonreír a... a Roland Boulenger... no sé, no, ¡no sé si hubiera sido capaz de enlazar dos simples ideas!

—¡Estás en ese punto y ahí te quedarás! —grité.

—¡Pues sí, porque no quiero perder a Ivana! ¡Dominaré estos estúpidos celos, indignos de ella e indignos de mí! ¡Si supieras cuánto me ama...! Todos estos sentimientos que me perturban y que comparto contigo, los encuentro ridículos y odiosos cuando su jornada de comedia termina y me estrecha contra su pecho.

—¡Bien! ¡Bien! —dije, y le abracé.

En el fondo, me había hecho ir solo por eso, para sentir mi afecto. No había más que añadir.

Cuando regresamos a *Les Chaumes*, encontramos a la señora Boulenger aguardándonos. La infeliz mujer estaba enloquecida.

—¡Théodora Luigi está aquí! —nos dijo.

V THÉODORA LUIGI

Nos siguió hasta las dependencias de Rouletabille, donde encontramos a Ivana igualmente angustiada. Observé a la mujer de mi amigo con disimulo. Por supuesto, no se hallaba en el estado febril que hacía temblar a Thérèse pero, bajo aquella apariencia que afectaba calma, adiviné una evidente consternación que no había advertido en los días precedentes.

Que igual tormento sacudiera a la esposa de Roland Boulenger y a la mujer de Rouletabille con respecto al profesor y sus indiscreciones amorosas, era un hecho que no pude evitar encontrar curioso, a pesar de todo cuanto me había relatado mi amigo. Rouletabille advirtió a las mujeres de que yo estaba al corriente de todo y tomó la iniciativa de anunciar que entraba a formar parte del complot. Sonreía y hablaba con un aire de desenfado que, ahora que no ignoraba la angustia que laceraba su corazón, me afligió.

—¡No bromees, bobo! —rogó Ivana con voz grave—. Mira a nuestra pobre Thérèse.

El hecho es que nuestra pobre Thérèse, hundida hasta el fondo en una poltrona, presentaba una patética estampa.

—¡Ella está aquí y él lo sabe! —gemía—. Y, desde que lo sabe, le resulta imposible trabajar. Se ha enterado por un artículo del periódico local que informaba de la llegada de Théodora Luigi a Deauville. Después de desayunar, se encerró en su despacho prohibiéndonos la entrada a Ivana y a mí, sus colaboradoras cotidianas. Cuando salió, a las cinco de la tarde, pude constatar, examinando los papeles de su escritorio, que no había escrito ni una sola línea. En cambio, ha consumido una caja de cigarros egipcios, cuyas colillas encontré por todas partes: en la alfombra, bajo los muebles... A las cinco, ordenó que ensillaran su caballo y se marchó solo, no sé a dónde, con

la misma preocupación por nosotras que si no existiéramos. ¿No es cierto, Ivana?

Ivana, a quien yo no quitaba los ojos de encima, no respondió, y encogió tristemente los hombros como si simpatizara con un dolor ante el que nada podía hacer; sin embargo, la encontré un poco pálida.

Thérèse continuó:

—A su regreso, hace tan solo un momento, nos ha dicho que nos vistamos para asistir esta noche al Casino; allí se celebra una fastuosa fiesta, único tema de conversación desde hace ocho días y a la que había dado a entender que no asistiríamos debido al gentío. Pero, he aquí por qué ha cambiado de opinión: ¡Théodora Luigi estará allí! ¡Ah! Estaba segura de que lo seguiría hasta aquí, aunque mis informaciones me daban alguna esperanza: la ineludible presencia de Henry II de Albania en París y los celos del príncipe, que no permite que ella le abandone ni un solo instante.

—¡Pues bien, he ahí una garantía! —dije.

—No conoce usted a las mujeres —estalló Thérèse.

—Por desgracia, sí, señora.

—Mi pobre amigo, le pido perdón. Usted también ha sido muy infeliz. ¡Usted me comprende! ¡Ciertamente, hay mujeres abominables que dicen amar! ¡Lo llaman amor! ¡Pero solo traen muerte! La ocultan en los pliegues de sus enaguas. Son mujeres fatales a las que ustedes, los hombres, no se pueden resistir, mientras que apartan la cara ante una honesta sonrisa. Mi pobre Ivana, ¡solo confío en ti! ¿Qué será de nosotras?

—Dios mío —dije—, comprendo su dolor, señora, pero tal vez no hay motivo para tal desesperación. ¡Henry II es muy celoso! Abandonará pronto Francia. El mal puede ser solo pasajero; incluso si las dos personas que le preocupan consiguieran reunirse, no será por mucho tiempo. Tenga en cuenta que no le hablaría así si no la conociera lo suficiente como para saber que su amor está por encima de celos vulgares.

Pero me detuve. Thérèse lloraba. Ivana fue a abrazarla, y Rouletabille y yo mismo le ofrecimos nuestro consuelo. Entre sollozos, sacó un papel de su bolsillo:

—Lean esto —dijo bañada en lágrimas—, y entonces lo entenderán. Es una carta que un botones del hotel Royal ha entregado a Roland. Había tomado mis precauciones con el conserje. ¡Hasta ese punto me he rebajado!

Leímos:

Mi querido Roland, he podido traerlo aquí. He encontrado todas las dificultades del mundo. Alguien lo ha puesto al corriente de nuestra hermosa aventura. Es terriblemente celoso. Me aburre. Solo pienso en ti, en nuestro amor. Tu ingenio, tus sentidos, tu

imaginación me han hecho escalar cumbres que jamás volveré a ascender si no es contigo. El resto no son más que tinieblas. El dulce veneno, sin ti, es insípido. ¡Acuérdate! ¡Acuérdate! ¡Ah! ¡Si tú quisieras! No te pido tanto, sé que tu vida pertenece a otras, a todas las demás, pero deja reposar tu ingenio dos meses, solo dos meses. Solo te pido dos meses de tu vida. Lo dejaremos todo, seremos el uno para el otro, lejos del mundo... dos meses. ¡Huyamos! ¿Quieres? Estaré en el Casino esta noche.

Tu Dora.

La señora Boulenger volvió a meter la carta en su bolsillo estallando en llanto:

—¡Ya lo ven! ¡Sabemos lo que representan esos dos meses y su veneno! ¡Ah! ¡Si ella me lo vuelve a arrebatarse, es el fin! ¡Lo matará! Sin él, ¿qué será de mí? Ella o cualquier otra, ¡qué me importa, mientras él viva! ¡Él viva!

Juro que todos lloramos. De repente, Ivana se levantó, declarando con aire decidido que la partida no estaba perdida y que, después de todo, aquella Théodora Luigi no podía ser invencible. Levantó a Thérèse y, abrazándola, le dijo:

—¡Vamos! ¡Ánimo! ¡Y ponme guapa! ¡Muy guapa!

Sus ojos brillaban. La sangre aflucía ahora en sus hasta entonces pálidas mejillas. Una insólita confianza en sí misma emanaba de todo su ser, que parecía resplandecer. Nos deslumbró su súbita belleza. Me volví hacia Rouletabille, que permanecía mudo y pálido en un rincón.

Las dos mujeres nos indicaron la puerta y Rouletabille y yo fuimos a vestirnos, cada uno a nuestro dormitorio, sin pronunciar palabra.

Todo aquello estaba tomando un grave cariz y sentí escalofríos. Fui el primero en bajar al salón. Roland Boulenger apareció de repente. Parecía pletórico y sus ojos brillaban con un nuevo fulgor. Era ciertamente apuesto, poseía una belleza varonil, lúcida y rebosante de seducción. Le envidiaba. Aquel hombre hacía sufrir a las mujeres. Era nuestro vengador. Ciertamente, eran víctimas inocentes pero, ¿acaso no éramos nosotros también víctimas inocentes? En fin, ¡hablo por mí!

Ivana apareció, seguida de la señora Boulenger. Realmente estaba adorable. He de decir que su vestuario en nada recordaba a aquel que había elogiado con anterioridad por su decoro y su elegante sencillez. De cualquier modo, para aquellos tiempos de escandalosos escotes, no llamaba demasiado la atención, si bien dejaba adivinar un encantador, firme y delicado busto. Unos tirantes de rosas sostenían un vestido de gasa argentado, prolongándose hasta los bajos de una falda que moldeaba sus jóvenes formas a un ritmo perfecto.

—¡Dios mío! ¡Está usted bellísima! —exclamó Roland Boulenger avanzando hacia ella y besando su mano.

—¿Verdad que sí? —apoyó Thérèse, que se mostraba feliz y ensalzaba a Ivana con la emoción de un artista que exhibe una obra creada por sus manos.

—¡Mi enhorabuena! —exclamó Rouletabille a nuestra espalda—. No te conocía ese vestido, Ivana.

—Es una sorpresa que te hemos preparado Thérèse y yo —explicó Ivana con calmada sonrisa—. Lo elegimos juntas. Me alegro de que te guste.

Pasamos al comedor. Entonces nos percatamos de que la señora Boulenger no se había arreglado para la velada. Su marido se sorprendió. Pretextó una gran fatiga. Roland no insistió; su pensamiento estaba muy lejos de su esposa. Se mostró sorprendentemente rejuvenecido, seductor, buen orador, embaucador y con una facilidad de improvisación deslumbrante.

Ivana le daba la réplica con coquetería, admirándole ostensiblemente. Todo en ella decía: ¡Le admiro! Sus miradas, su gesto de apoyo y su devota atención decían aquello y mucho más; si aquella mujer no amaba a aquel hombre, se trataba de una terrible mentira, y si lo amaba al abrigo de aquella prodigiosa farsa. ¡Ivana era el mismo demonio!

La señora Boulenger aspiraba una rosa de té que parecía refrenar su tristeza. Rouletabille, silencioso, mostraba un rostro contraído de pasión. Sufría. ¡Ah! ¡Sufría, el infeliz! De pronto, Ivana se percató de ello y no volvió a pronunciar palabra. Palideció; el otro hablaba sin cesar. Jamás vi mayor demostración de amor de Ivana por su esposo. Él estaba triste, ahora ella también.

—¡Dios mío! —me susurró Thérèse—. ¡Si sigue poniendo esa cara, todo está perdido!

¿Escuchó Rouletabille aquella frase? Cambió inmediatamente de actitud, se mostró lleno de entusiasmo y, mirando a su mujer, pareció pedirle perdón. ¡Ah! ¡O bien era un valiente o un gran cobarde...! Con la mujer amada, las palabras no significan nada más que esto: ¡Haz lo que quieras! ¡Te amo y confío en ti!

Ella se lo agradeció con una mirada repleta de amor y retomó su terrible juego.

Cuando nos levantamos de la mesa, la señora Boulenger le dijo a Ivana a media voz mientras le arreglaba un pliegue del vestido:

—Gracias, querida.

No nos demoramos más. Roland sabía lo que quería. Ansiaba llegar lo más pronto posible al Casino. Sin duda, pensaba que Théodora debía haber

cenado allí. Pero esto no le impidió aferrar tiernamente la mano de Ivana mientras Rouletabille bajaba del coche y yo recogía un echarpe.

«He aquí un inocente juego del escondite que terminará a pistoletazos», pensé.

¡Ah! No creí que mi pensamiento fuera tan acertado.

Recorrimos las salas de juego. Ni rastro de Théodora Luigi o del príncipe de Albania. Rouletabille, como de costumbre, desapareció sin decir nada. Roland parecía decepcionado. Ivana se echó a reír.

—¡No está aquí! —le dijo mirándole a los ojos—. ¿Quiere volver a casa?

Él permaneció en silencio algunos segundos. A continuación, muy serio, le dijo:

—¡Se está burlando de mí, pero se equivoca usted! Jamás debe uno reírse cuando se habla de Théodora Luigi.

La tomó del brazo y ya no pude escuchar el resto de la conversación. Sin embargo, resultaba sencillo adivinar el sentido de la misma. Lo que decía no era en absoluto descabellado; en todo caso, era una excelente introducción para convencer a su nueva conquista. Le confesaría que aún seguía bajo el *nefasto* influjo de la cortesana, y la obligada conclusión sería: «¡Hace tiempo que no pensaría en ella si alguien que no está muy lejos de mí así lo hubiera querido!».

¿Duró mucho tiempo aquella conversación? ¿Qué fue de ellos? Mientras los buscaba, descubrí a Rouletabille jugando. Era su primera vez. El infeliz ganaba cuanto quería. Advirtió mi presencia, y esbozó una peculiar sonrisa indicándome el montón de billetes acumulados ante él. Hizo una apuesta elevada y volvió a ganar. Se le veía exasperado. Su gesto parecía decir: «¡No hay modo de perder aquí!». El pequeño Ramel, del *Dramática*, que no jugaba porque nada le quedaba de los veinticinco mil francos que le había ganado al orondo Berwick en el mesón de *Léontine*, dijo en voz alta:

—¡Tranquilo, si tanto le molesta ganar, muy pronto dejará de hacerlo! —pero Rouletabille le demostró lo contrario cuando el dispensador de cartas llegó ante él.

Mi amigo puso sobre el tapete todo cuanto tenía. El crupier contó y vio su apuesta. Rouletabille ganó. Estaba en racha. Después de tres manos, se levantó, cómicamente furioso. Hasta en los dramas más terribles es necesario un poco de vodevil. En mi opinión, Rouletabille se sentía ridículo. Tomó sus billetes a puñados, se levantó y me dijo:

—¡Salgamos!

Y ya en el umbral de la sala de juegos, entregó todo su dinero a un pequeño botones negro a quien todo el mundo llamaba *Chocolate* y que, sin entender qué sucedía, se quedó estupefacto con los brazos en alto, cual candelabro.

—¡Nunca te había dejado propina! —exclamó Rouletabille, y pasó de largo.

Le seguí hasta las terrazas. Se ahogaba.

—¡Ya basta! —gruñó—. ¡Esta historia debe terminar! Suceda lo que suceda. Que se muera Roland. Que la tuberculosis en las gallinas siga siendo un enigma. Después de todo... ¡Qué me importa! Ivana juzgará mi falta de confianza como un insulto. Conociéndola como la conozco, todo acabará en un drama terrible para ella y durante un año me odiará a muerte, cuando otra lo olvidaría al cabo de quince días. ¡Tanto peor para ella! ¡Es inaudito! ¡Al fin! No hay nada como una mujer para tramar un enredo en el que parezcamos todos ridículos y terminemos rompiéndonos la cara unos a otros. ¡Incluso la más razonable de ellas tiene un punto flaco! ¡Y puedo verlo aquí! ¡Ivana? Pues bien, Ivana es como el resto de las mujeres desde el momento en que se ha servido de la coquetería para hacerle una jugarreta a un pretendiente. Eso es lo que la ha tentado. Conquistar con una sonrisa a un hombre locamente enamorado de otra mujer. ¡Qué triunfo! ¡Y qué divertido! En la casa nos hablaban de salvar una mente eminente... ¡Por el interés de la ciencia! ¡Ah! ¡Qué broma tan buena! ¡Hablaré con Ivana! Hablaré con ella esta misma noche; su juego, ese inocente juego femenino que consiste en engatusar a un hombre con la certeza de que nada le ofrecerá, es un juego vergonzoso, le pongan el nombre que le pongan. Y, además, eso de no ofrecerle nada... ¡eso está por ver! Ella dice que no es nada; esa promiscuidad diaria, esa mano que ella se dejó estrechar antes en el coche... porque lo he visto; ¡lo veo todo! Y esa sonrisa cuando le mira. ¡Ah! ¡Esa sonrisa! Y él, ¡su sonrisa! ¡Ah, no, maldita sea! ¡Se acabó!

—Ya era hora —dije.

—¿Qué quieres decir con «ya era hora»? ¿Acaso crees que porque ha dejado que tome su mano no tiene nada más que negarle? ¡Sí que eres bueno consolando a un amigo!

—¡Basta, Rouletabille! Yo también tengo bastante. Me voy a casa.

Me tomó del brazo.

—Perdóname, estoy furioso. Pero no pienses ni por un segundo que temo por la flaqueza de Ivana. No se trata de eso. ¡Entiende que no puedo soportar

por más tiempo que un hombre se imagine que un día u otro mi mujer será suya! ¡Eso es todo! ¡Es muy sencillo! Y ahora, vamos a buscarlos.

Los encontramos en el comedor, bailando un tango. Sentí a Rouletabille temblar a mi lado.

—Espero —le dije— que sepas contenerme hasta que regresemos a casa. Si estás firmemente resuelto a hablar con Ivana, hazlo manteniendo la sangre fría y sin que Roland sospeche lo más mínimo. En el fondo, tu mujer simplemente ha hecho uso de la libertad que tú le has dado. No olvides que también tú eres un poco culpable de esta situación.

—Te lo agradezco —dijo él, estrechando mi mano.

Cuando pasamos junto a la pareja, Roland nos hizo un ademán indicándonos la mesa que nos habían asignado. Encontré aquel tango un poco largo. Algunas gotas de sudor perlaban la frente de Rouletabille. Por más casto que pueda ser ejecutado ese baile —Ivana lo bailaba como una chiquilla—, tiene cierta cadencia de una lentitud que lo hace más voluptuoso que el más embriagador de los vales. Roland e Ivana estaban en el punto de mira de todos los ojos. No había muchos bailarines de tango o, al menos, el resto estaban eclipsados por el éxito de la pareja. El nombre de Roland Boulenger estaba en boca de todo el mundo y, de mesa en mesa, se preguntaban: ¿con quién baila?

—¡Con mi esposa! —respondió Rouletabille enojado.

Cuando fueron a sentarse les siguió un rumor de admiración, e incluso se escuchó algún que otro «bravo». Ivana estaba ruborizada.

—¡Enhorabuena! —dijo Rouletabille—. ¡Qué éxito!

En ese momento, todas las miradas se dirigieron a la entrada, a la que Roland Boulenger daba la espalda.

—¡El príncipe Henry y Théodora! —dijo alguien.

Roland perdió el control de sus movimientos. Se giró como un resorte. Un grupo entraba en la sala. A la cabeza, Théodora Luigi avanzaba charlando con un joven del séquito del príncipe. Les seguían el príncipe y algunas personas más.

La cortesana caminaba como una reina. Todos la miraban a ella. Hasta entonces, la gracia de Ivana había levantado amables murmullos. Ahora imperaba el silencio; una muda admiración ante la belleza, aquella imponderable belleza. Aparecía alta y erguida bajo el recargado brocado de un vestido azul glacial recamado de arabescos de oro. El escote, de una maravillosa audacia, estaba cubierto por un rico bordado de oro y rubíes. Y el oro continuaba mezclándose con la piel, fusionándose con ella en unos

originales tirantes que sujetaban la escasa tela que conformaba su corpiño... muy escasa tela. La pierna, enguantada en seda azul; el pie, suspendido sobre un zapato de oro con tacón escarlata. Uno de sus tobillos lucía una esclava en forma de serpiente que retorció su cabeza de diamantes y sus ojos de rubíes hacia la altiva majestuosidad que la arrastraba en su caminar. Aquella reina de voluptuosas sombras tenía los ojos separados, la boca carnosa, la nariz recta, un rostro alargado e imperturbable de cierva, infinitamente aristocrático. Su cabello, peinado hacia atrás dejando al descubierto una frente marmórea, se hallaba aprisionado en una redecilla colmada de perlas. Perlas por doquier: goteaban de sus orejas, de su pecho, de la trama de su vestido...

Roland había recuperado su posición original pero, aun cuando le daba la espalda, solo veía a Théodora.

Ivana habló, comentando alguna banalidad sobre el príncipe. Roland no la oyó. Rouletabille me señaló la mano del profesor, que sujetaba un cuchillo de postre. Temblaba.

Se reanudó la música con un *one step*^[25]. Roland se levantó como salido de un sueño y tomó la mano de Ivana:

—¡Vamos! —dijo.

Ivana se puso en pie, obviamente feliz de que aún pensara bailar con ella en presencia de la otra.

Así pues, bailaron; Théodora también bailaba con el joven agregado.

Henry II de Albania se levantó, con intención de dar una vuelta por la sala de juego junto a uno de sus acompañantes. Era un hombre de unos cuarenta años de edad, ya envejecido, más bien por los excesos, pensé, que por las desgracias que afligían a su patria. Se decía que padecía un grave desorden y una profunda neurastenia.

Mis ojos se posaron sobre Roland Boulenger. Aun bailando con Ivana, a la que no hablaba, no apartaba la vista de Théodora. Esta, al pasar junto a él, le sonrió y le hizo una seña. Ivana se encontró repentinamente cansada y Roland la condujo a su asiento. Estaba pálida y se mordía el labio inferior.

El profesor permaneció en pie y, de pronto, Théodora, al pasar a su lado, abandonó a su pareja de baile y tendió los brazos hacia él. No pudo resistirse. Ni siquiera lo pensó. Y ya no se ocuparon de nadie más que de ellos mismos. No dejaron de hablar entre risas mientras ejecutaban instintivamente los movimientos de aquel insidioso baile.

Cuando se interrumpió la música, Roland acompañó a Théodora Luigi a su mesa y regresó junto a nosotros.

Se mostraba radiante.

—Sobre todo, no se lo diremos al príncipe Henry —contestó Ivana entre risas.

Precisamente, en aquel instante, regresó el príncipe.

—Si se encuentra realmente cansada —dijo Roland Boulenger—, podemos volver a casa.

—¡Desde luego! —respondió Ivana—. ¡Ya no tenemos nada que hacer aquí!

Y se puso en pie. Lanzó una última mirada a Théodora y dijo:

—¡Por supuesto!

—¿Por supuesto, qué? —preguntó Roland.

—¡Nada! Estaba pensando en la tuberculosis de las gallinas.

Ivana, pronunciando estas palabras, deslizó su brazo bajo el de Rouletabille, que no fue el último en reírse de la mordaz respuesta de la joven.

Ya en la mansión, una vez que Roland se recluyó en sus aposentos, vimos aparecer a Thérèse. La infeliz tenía un semblante... un semblante...

—¿Y bien? —preguntó.

—Pues bien, mi buena amiga —dijo Ivana—, hice todo cuanto pude, te lo aseguro. Puedes preguntar a estos caballeros, ¡pero yo renuncio! Es mejor que te lo cuente ahora. De todos modos, mañana lo sabrás. Ha bailado con Théodora Luigi. Solo una inminente huida puede salvarlo. Llévatelo cuanto antes. Debéis emprender mañana mismo ese viaje a Bretaña.

—¿Me abandonan? —exclamó Thérèse—. ¿Tú me abandonas?

—¡Sí, tu marido se ha vuelto loco! ¡Ah! No está acostumbrado a resistirse.

La señora Boulenger se levantó sin pronunciar palabra y nos dejó, conmovida por el dolor.

VI EL DRAMA



El día siguiente volví a ver al Rouletabille de los mejores tiempos. Había recuperado su alegría, sus ganas de vivir, su despreocupación. Ya no había necesidad de hablar con Ivana. Con su actitud de la última noche, y su expresa determinación de la víspera de abandonar por iniciativa propia el peligroso juego que Thérèse le había hecho jugar, Ivana había vuelto inútil cualquier explicación al respecto. Y Rouletabille se benefició particularmente de la situación, es decir, que su paciencia conyugal y su admirable confianza fueron recompensadas como si no hubieran rozado los límites. Entendí que el azar había hecho bien las cosas.

A petición de la señora Boulenger, no abandonamos inmediatamente *Les Chaumes*. Por otra parte, una precipitada partida habría resultado un poco ridícula para Ivana tras las escenas vividas en el baile que, al fin y al cabo, habían otorgado el triunfo a Théodora. Además, no había razón de ser. Roland Boulenger ya no estaba en absoluto interesado en Ivana.

Se ausentaba a menudo. Fue muy doloroso contemplar el martirio de Thérèse. Ni siquiera insistió sobre el viaje a Bretaña; ¡sabía que sería inútil! Una tarde en que Roland nos había abandonado muy temprano, nos reunió para relatarnos su calvario: Roland y Théodora se veían en secreto en una mansión de Sainte-Adresse. Espiaba a su marido, y había hecho seguir a Théodora e incluso al propio príncipe.

—Pues, en este momento, el mayor peligro proviene de su parte —nos dijo—. Sé que el príncipe está tremendamente celoso, que organiza terribles escenas a su amante y que el nombre de Roland aparece de modo recurrente entre ellos. ¡Dios mío! ¡Si llegara a sorprenderles...!

—Pero, si está tan celoso, ¿cómo se las ingenia ella para reunirse con Roland? —interrumpí.

—El príncipe está sufriendo, sí. Ha caído súbitamente enfermo.

—¡Oh!, ya parecía bastante desmejorado...

—¡Por todas las drogas que ella le ha proporcionado! —continuó Thérèse—. ¡Le habrá hecho probar algo nuevo para que deba guardar cama y dejarle el camino libre! ¡Una mujer así es capaz de todo! En resumen, él no sale de sus habitaciones del Frascati, pero ella lo hace cuando quiere.

—Entonces, ¿no se encuentran en Deauville? Creía que se alojaban en el Royal.

—Ella le obligó a abandonar Deauville. Hace de él lo que le place. ¿No entienden que ella aquí se sentía incómoda? No podía dar un paso sin que todas las miradas se posaran en ella. El propio Roland, en un último gesto de pudor, le habrá hecho comprender que aquí... bueno... aquí estoy yo. Al menos, eso espero; sí, espero que haya pensado en mí, que se hayan alejado por mí, aunque no estoy segura. Pero volvamos al príncipe. Ayer le dejó a las tres; a las cuatro, el príncipe hizo que le vistieran para salir, pero sufrió un desvanecimiento y tuvieron que acostarle de nuevo. Y ese será el estado en que se encontrará mi desdichado Roland antes de dos meses si no lo arrancamos de las garras de esa arpía.

—¡La mataría! —dijo fríamente Ivana.

Fijé la vista en la joven. Mostraba una sombría mirada y un gesto glacial en su rostro. Diríase que acababa de asesinarla verdaderamente y que observaba fijamente ante ella a su rival abatida.

—¿Matarla? —exclamó Thérèse—. ¡Ah! ¡No creas que no lo he pensado!

—Y entonces, ¿qué te detiene? —respondió Ivana con voz tétrica—. Serías exculpada, ¿no es cierto, Sainclair?

—¡Dios mío, sí! —dije—. Pero causa muchas molestias ir matando a la gente por ahí; sin contar con que no conozco el tribunal del Sena Inferior y que, después de todo, ¡no se puede dar nada por seguro! Entre nosotros, más vale encontrar otra solución.

—No la mataría —dijo Thérèse— porque él jamás me lo perdonaría. ¡Todavía me ama un poco! ¡No quiero que me odie!

—¿Entonces? —preguntó Ivana, cada vez más sombría.

—Entonces estaré alerta —suspiró la infeliz mujer.

Y nos abandonó, apoyándose en los muebles. Ivana corrió tras ella y, a los pocos segundos, escuchamos los sollozos de ambas.

Rouletabille y yo salimos al jardín. Miramos las ventanas abiertas de un despacho en el que ya nadie entraba.

—¡Pobre mujer! —exclamó Rouletabille—. No podemos abandonarla... y, sin embargo, ¡no veo la hora de marcharme de aquí!

—¡Y yo!

—¡Oh! Te prohíbo que te vayas sin nosotros.

Ivana se nos unió enjugándose las lágrimas.

—¡Es espantoso! —dijo ella—. Roland está perdido. ¿Sabéis lo que me ha contado Thérèse? Ha llegado a sobornar a la mujer de la limpieza de Sainte-Adresse. La mujer que cada mañana va a la casa para cumplir la sencilla tarea de airear la mansión, abrir las ventanas y volver a cerrarlas al mediodía, momento del día en el que debe abandonar la casa. Esa mujer, viuda de un contraamaestre, que sabe perfectamente lo que es el opio, le ha dicho a Thérèse que tuvo lugar allí una orgía; que una mañana encontró a Théodora como muerta sobre unos cojines junto a su fumadero de opio; que a su alrededor había un desorden indescriptible que atestiguaba una lucha... sin duda había intentado retener a Roland contra su voluntad. Thérèse calcula que debió coincidir con aquella tarde en que Roland volvió con un aspecto de ultratumba —nosotros no llegamos a verle— y se encerró inmediatamente en su dormitorio. Al día siguiente, el mayordomo lo encontró sobre su cama, aún vestido. La infeliz nos había ocultado aquellos detalles hasta ahora. Por Thérèse y por mí, Roland aún se defiende al borde del abismo al que la otra quiere arrastrarlo. Thérèse también me ha confesado algunos pormenores que le avergonzaba destapar ante ti y Sainclair. ¡Cuánta miseria! Una vez más, se ha arrojado a los pies de Roland, pero en esta ocasión él la ha apartado diciéndole que no se inmiscuya, que es algo pasajero, que no hace falta que se entrometa. Al parecer, ha sido muy duro.

—¡Y esa mujer aún piensa que todavía la ama un poco! —interrumpí.

—Eso mismo le he dicho yo. Ella me ha respondido: «¡Si no me amara en absoluto, ya se habría marchado con ella! ¡Es por mí por quien lucha aún, *pobre Roland!*». Palabras textuales, no me he inventado nada —concluyó Ivana.

—¿Acaso la ha amado alguna vez? —pregunté.

—¡Sí! —respondió Ivana—. ¡Como se ama a un ángel! Con un temperamento como el suyo, parece que Roland se cansó muy pronto.

—¡Tal vez sea culpa de ella! —añadí.

—Eso mismo se pregunta ella... se acusa, ¡es lamentable!

Rouletabille, que aún no se había pronunciado, dijo:

—¿Cuándo se arrojó a sus pies?

—La última noche; nosotros estábamos aún en el Casino.

—¡No! Acabábamos de regresar —dijo él—. Tú ya habías subido a tu habitación. Sainclair y yo terminamos de fumar un puro en el jardín, después nos separamos para dirigirnos cada uno a nuestro dormitorio; al fondo del corredor vi pasar como una loca a la señora Boulenger, que salía de la estancia de su esposo y que volvía a la suya. Tenía un aspecto muy desordenado, sus cabellos caían sobre sus hombros, llevaba el pecho descubierto y, eso sí, vestía un magnífico salto de cama.

—¡Sí! Pues bien, ¡acababa de echarla de su dormitorio!

—¡Pobre mujer! —exclamé—. Se había puesto bella para él. ¿Os habéis percatado que, desde hace unos días, Thérèse se perfuma de un modo exagerado?

—¡Eso resulta conmovedor! —dijo Rouletabille.

—¿Cómo es que —preguntó Ivana a Rouletabille— al entrar en el dormitorio no me hablaste de tu encuentro con Thérèse en el corredor?

—Porque, harto de oír hablar durante todo el día de esta historia, me siento inmensamente feliz, al entrar en mi alcoba, de olvidarme de Thérèse, de Théodora Luigi e incluso del mismísimo Roland Boulenger.

Pronunció aquellas palabras con un tono tan rotundo que Ivana y yo nos quedamos atónitos durante unos instantes.

—¿Es un reproche? —preguntó Ivana con voz pausada pero algo temblorosa—. ¡Dios mío! —dijo ella, mientras se iba—. ¡Qué egoístas y crueles son los hombres!

Rouletabille intentó retenerla, pero ella sacudió la cabeza y continuó alejándose tranquilamente.

—¡No! ¡No! —añadió—. ¡Lo he comprendido!

Se precipitaron los acontecimientos. Un día, Thérèse nos comunicó que el príncipe había salido de su hotel con su secretario y que habían dado un paseo en coche por los alrededores de Sainte-Adresse, pero que habían tenido que volver enseguida porque se había sentido totalmente desfallecido. Théodora Luigi, a su regreso al Frascati, le había regañado por su locura. Los médicos se habían puesto de parte de ella y, finalmente, había prometido ser más razonable de ahora en adelante.

—¡No hay duda de que intenta espiarles! Ese paseo por Sainte-Adresse. ¡Deben haberle informado! —nos dijo—. ¡Creo que se avecina algo terrible!

Y sujetó la cabeza entre sus manos.

—¡Deberíamos prevenir a Roland! —exclamé.

—Sainclair, cuento con usted.

No osó dirigir sus súplicas a Rouletabille y, tras los sucesos acaecidos días antes, Ivana parecía encerrada en sí misma, dejándonos actuar a nosotros y evitando intervenir en nuestros planes.

—Adviértale usted —continuó Thérèse—, yo no puedo hacerlo sin confesar que les espío, y eso le haría enfurecer.

Aquella misma tarde tuve una breve charla con Roland. Tomé todas las precauciones posibles a la hora de abordar tan delicado asunto. Él sonrió, me lo agradeció y preguntó cómo conocía aquellos detalles. Le contesté que el príncipe y Théodora Luigi eran el principal objeto de los rumores del Casino y que había escuchado ciertas conversaciones.

—Es mi mujer quien le informa —me dijo esbozando una sonrisa—. Sé que nos espía.

—¿La culpa por ello? Vive angustiada ante el temor de que ocurra una tragedia.

—¡La buena Thérèse! —exclamó—. Tranquilícela y dígale que su tormento pronto llegará a su fin. Se lo he dicho en repetidas ocasiones, pero no quiere creerme. El príncipe se está recuperando y yo estoy encantado con la noticia; sí, estaré feliz de verles partir... ¡y sucederá muy pronto!

—¿Tengo su consentimiento para referirle todo esto a su esposa? ¡Se alegrará tanto!

—¡Naturalmente! Pero no le creerá. ¡Es testaruda como una mula, mi buena Thérèse!

—Solo vive para usted —le dije—. ¡Sea prudente! Si le sucediera alguna desgracia, ella se moriría.

—Estoy convencido de ello —respondió—. Prometo que seré prudente por ella y por mí mismo. ¡Diantres! ¡Aún tengo apego a la vida!

Tenía razón. La señora Boulenger dibujó en su rostro una triste sonrisa cuando repetí las palabras de Roland. Ya no creía en sus promesas. Incluso cuando, al día siguiente, pudo constatar por sí misma que Roland tuvo la precaución de no volver a El Havre. Estuvo casi todo el día con nosotros, rebosando alegría, como en los primeros días. Bromeaba con una Ivana que se mostraba malhumorada, lo que pareció sorprenderle en demasía.

—¿Ya no somos amigos? —le preguntó.

—Contestaré a esa pregunta cuando retomemos el trabajo —respondió.

—Pues hagamos ya las paces, porque mañana mismo volveremos al trabajo después de un agradable paseo a caballo, como de costumbre... ¿le apetece?

—¿De verdad? —exclamó Ivana, cuyas mejillas se encendieron.

A Thérèse, que tenía fiebre, le sorprendieron de tal modo sus palabras que se quedó estupefacta. Sin embargo, de vez en cuando, le invadía de nuevo la inquietud. Al quedarnos a solas le dediqué algunas reconfortantes palabras, pero pareció no escucharme. Tan pronto se mostraba lúcida como parecía ceder a un nuevo abatimiento. La desdichada mujer no podía creer por completo en tanta felicidad. Y, por momentos, su mirada —que estaba muy lejos de nosotros— parecía vislumbrar acontecimientos bien sombríos. Aquel día todos temimos por su razón. Al menos, tal efecto provocó en nosotros; aún veo a Ivana tomar sus manos ardientes entre las suyas y consolarla con palabras llenas de esperanza.

A la mañana siguiente, Roland dio su anunciado paseo a caballo. Esta vez, Rouletabille quiso acompañarles. Aquella determinación me agradó. Resultaba evidente que mi amigo no estaba dispuesto a prestarse a una nueva edición de las experiencias pasadas. Cuando regresaron los tres a la casa, un joven marinero que llevaba escrito en su gorra el nombre de *L'Astarté*, se acercó a Roland Boulenger cuando este se apeaba del caballo y le entregó un sobre. Roland lo abrió con mano febril y leyó. Sin tardar, guardó el papel en su bolsillo, ordenó al palafrenero que montara uno de nuestros caballos y le siguiera. En cuanto a él, montó de nuevo en su caballo y sin decir una palabra partió de nuevo al galope. El marinero corrió tras él en dirección al puerto.

Rouletabille, Ivana y yo —que acababa de bajar los escalones de la mansión— nos miramos durante algunos instantes; a continuación, alzamos la vista hacia la ventana del dormitorio de Thérèse y advertimos, tras la cortina ligeramente retirada, una silueta espectral. Daba miedo ver a la pobre Thérèse.

Se cerró la cortina.

—¡Ella tenía razón! —dije.

En efecto, no había duda alguna de que, ante una palabra de Théodora, Roland había ido a reunirse con ella, ¡y con qué rapidez! Teníamos esa certeza porque sabíamos que en una lancha de *L'Astarté* —un yate anclado en El Havre—, Roland iba y venía, casi a diario, a Sainte-Adresse.

Permanecíamos aún paralizados, sumidos en una gran convulsión, cuando apareció Thérèse en la escalinata. Presentaba el semblante glacialmente dramático en el dolor que Guido Reni^[26] imprimió a su *Mater Dolorosa*, con aquella boca entreabierta que ya no exhala suspiros y aquellos gélidos ojos que ya no derraman lágrimas.

Nada nos dijo, nada supimos decirle. Vestía una capa oscura y cubría su cabeza con un tocado. Obviamente, pretendía retomar la vigilancia. Se dirigió

hacia el garaje y pidió que le prepararan el coche. Nos sorprendió el porte confiado de aquella mujer que acababa de ofrecernos la imagen misma de la agonía.

Se acercó a nosotros; se mostraba calmada. Nos dijo en voz alta:

—No hay prisa. Aún tengo tiempo. No puedo disponer de una lancha, tomaré el barco como todo el mundo.

Abrió su bolso y sacó uno de esos pequeños folletos que informan de las horas de las mareas y que indican el horario de salida de los barcos.

—Así es. Aún dispongo de veinte minutos.

El coche acababa de detenerse ante nosotros. Ella subió después de habernos saludado. Ivana corrió a abrazarla y escuchamos su ofrecimiento a acompañarla. Pero Thérèse, tras un lacónico agradecimiento, cerró la portezuela.

Cuando partió el coche:

—Es un crimen dejar que se marche así —espetó Ivana—; está fría como el mármol. Perderá la vida súbitamente; su corazón se detendrá. He tenido esa impresión. ¡Todo esto es horrible!

—¡Horrible! —repitió Rouletabille—. ¡Pero ha quedado sobradamente demostrado que no podemos hacer nada! No pretenderás ir a espiar con ella, escuchar detrás de las puertas, contar los minutos de amor de aquellos dos desequilibrados. Todo cuanto podemos hacer es compadecerla.

—¡Oh! Sí, yo la compadezco. La compadezco de todo corazón.

—¡He aquí lo que significa casarse con un genio! —masculló Rouletabille, que en aquel momento me resultó odioso.

Ivana dirigió hacia él sus ojos sombríos y llenos de lágrimas.

—¡Oh! ¡Bobo! ¡Olvidas cuánto he sufrido por ti!

También sus ojos estaban humedecidos. Tomándolos a ambos por el brazo, murmuré:

—¿Cómo pueden herirse de ese modo dos personas que se aman?

—Sainclair es el que más ha sufrido y aun así es mejor persona que todos nosotros —dijo Rouletabille.

—¡Oh! —dije—. Lo mío no tiene importancia, un simple y banal divorcio.

—Sí, tú, consternado, con el papel timbrado como único testigo. ¡Eres el más fuerte, Sainclair! Vamos a almorzar al *Normandy*.

El almuerzo no resultó ser tan alegre como se pudiera pensar. Ivana estaba inquieta y repetía: «No debí permitir que se marchara sola», lo que horrorizaba a Rouletabille. Durante el postre, no pudimos evitar al pequeño

Ramel, del *Dramática*, que recorría las mesas estrechando manos y recolectando chismes.

—¿Cómo va la tuberculosis de las gallinas? —nos preguntó.

Llegué a pensar que Rouletabille le daría dos bofetadas. Pero el otro continuó sin detenerse:

—¿Saben ustedes la última novedad? El príncipe Henry se ha vuelto loco. Probablemente habrá que encerrarlo. En cualquier caso, nos abandona; mejor dicho, Théodora se lo lleva no se sabe dónde. Su partida del hotel Frascati está prevista para mañana.

Y, tras estas palabras, nos abandonó.

—¡Todo aclarado! —exclamé—. ¡No hay de qué preocuparse, al contrario! Esta mañana Roland habrá recibido la noticia de su inesperada partida y ha ido a darle un último adiós.

—Es posible —dijo Rouletabille con indiferencia.

Después del almuerzo, Ivana, que apenas había pronunciado palabra más allá de su cantinela «No debí permitir que se marchara sola», nos dejó con algún pretexto. Rouletabille y yo nos fuimos a dar una vuelta por el campo, de donde no regresamos hasta las cinco de la tarde. Al pasar frente a *La Potinière*, nos sorprendió la agitación que allí reinaba.

Tan pronto se percataron de nuestra presencia, varias personas se levantaron y nos rodearon. Nos creían al corriente del terrible suceso y, no sin dificultad, logramos aclarar los hechos que provocaban semejante conmoción. La noticia del drama había llegado a través de una llamada de teléfono desde El Havre al conde de Mornac, y esto es lo que supimos: el príncipe Henry II de Albania, al intentar sorprender a Roland Boulenger y Théodora Luigi, recluidos en una mansión de Sainte-Adresse, había abatido a balazos a la señora Boulenger, que se encontraba no muy lejos de allí y que, habiendo avistado al príncipe, se habría precipitado hacia él para impedirle el paso. Tras estos hechos, se había arrojado al mar desde lo alto de un acantilado. Una vez recuperado su cuerpo, había sido trasladado a una de las dependencias del hotel Frascati.

¿La señora Boulenger seguía aún con vida o había fallecido? Esto es lo que nadie pudo aclararnos.

Les ahorraré los comentarios que acompañaron a esta tragedia y las disparatadas conjeturas que corrían de mesa en mesa. Aún podíamos tomar un barco que nos llevara a El Havre, el último del día, pero debíamos apresurarnos. Nos metimos precipitadamente en un coche y llegamos con el tiempo justo para no perderlo. Solo habíamos tenido tiempo de prevenir a

Ivana de lo sucedido y de nuestra partida a través de un amigo de los Boulenger que se encontraba allí mismo.

—¡Qué duro golpe para Ivana! —me confesó Rouletabille sin poder reprimir las lágrimas—. Es increíble lo insignificantes que somos al lado de las mujeres. Gracias a su extraordinario instinto, ellas perciben, presienten y predicen el devenir de los minutos venideros que permanecen en la más absoluta oscuridad incluso para el más fuerte y astuto de los hombres.

La agitación de Ivana nos pareció anormal, casi ridícula. Veía con claridad aquello que nosotros acabábamos de conocer y que solo era para nuestra miserable inteligencia de matemáticos —que todo lo resuelve con interminables fórmulas— un acontecimiento futurible, es decir, ¡nada! Menos que nada... ¡una presunción femenina!

Ya en el barco coincidimos con el pequeño Ramel, del *Dramática*, que se dirigía a El Havre con la natural pretensión de encontrar allí los ingredientes necesarios para escribir un artículo sensacionalista. Nos confesó que aquella tragedia no había sorprendido a nadie, y que nadie como la propia víctima estaba preparada para ella.

Nos señaló así mismo que, en *La Potinière*, minutos antes de que estallara el escándalo, el conde de Mornac le había dado a leer una carta que acababa de recibir desde París de su vieja amiga, la señora de Lens, en la que decía que su íntima amiga Thérèse le había escrito el día anterior confesándole que temía que sucediera cualquier cosa y algo aún peor. La señora de Lens añadía que no podía adelantarle más detalles por carta, que esperaba que Thérèse se equivocara y que sus terribles pronósticos no llegaran a consumarse.

Por mi parte, no otorgué demasiada importancia a la conversación que mantuvimos con el pequeño Ramel pero, como veremos más tarde, Rouletabille no la olvidó en absoluto.

Una vez en El Havre, Ramel quiso acompañarnos; Rouletabille le explicó que era su amistad con los Boulenger —de quienes era su huésped— lo que le había llevado hasta allí; de este modo dejó claro a Ramel que debía realizar sus pesquisas periodísticas sin contar con él.

Tuvimos la suerte de encontrar un coche y, despistando a Ramel, partimos a toda velocidad para Sainte-Adresse.

Nos vimos obligados a bajar antes de llegar a Villa Fleurie —tal era el nombre de aquella aciaga mansión— por orden de la policía. Había una gran concentración de curiosos allí.

Nos encontrábamos exactamente en los límites de Sainte-Adresse, en la parte alta del acantilado, frente a una casita de planta baja habitada por la

mujer de la limpieza de la que Thérèse había hablado a Ivana —conocimos estos detalles algunos minutos más tarde—. Aquella mujer escondía a Thérèse en su casa cuando la infeliz iba a El Havre. Desde allí podía espiar cuanto ocurría en Villa Fleurie, de la que ahora divisábamos su fachada de madera y sus ventanas cerradas. ¡Qué horas de angustia debía haber pasado la señora Boulenger oculta entre las pequeñas y blancas cortinas de aquella barraca de pescadores, frente a aquellos muros, tras los cuales moraban la lujuria y la muerte!

Nos adentramos en la multitud. Rouletabille tuvo la fortuna de tropezar con un inspector de la *Sûreté* de París, el señor Tamar, que le reconoció y nos facilitó el paso. En aquel momento no nos extrañó la presencia de un representante de la policía de París. Además, recordé haber visto aquel rostro en el Casino de Deauville la noche en la que Théodora Luigi hizo su aparición junto al príncipe Henry. De nuevo, un detalle que más tarde adquiriría importancia, pero piensen ustedes que entonces nuestro único objetivo, nuestro único deseo, nuestra única angustia era confirmar si Thérèse seguía aún con vida, y aquel hombre no sabía mucho más que nosotros al respecto. Acababa de llegar del hotel Frascati, a donde se había encargado de llevar el cuerpo del príncipe. Entramos en la villa con él, y la primera persona que nos encontramos en un corredor fue... ¡Ivana!

Nada más vemos, se detuvo. Lucía hermosa en su dolor. Con voz baja y desgarrada, nos dijo:

—¿Y bien, mis queridos amigos? ¿Qué os había dicho?

—Pero, ¿está viva o muerta?

—¡Vive, y Roland la salvará! ¡Ahora podemos tener la firme convicción!

—Alabado sea el Señor —suspiré—. ¿Podemos verla?

—Creo que estará feliz de veros. Estaba preocupada por vosotros. Entrad y salid rápido, no le hagáis hablar mucho.

—Un momento —dijo Rouletabille—. ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Cómo ha sucedido? ¿Está herida?

—¡Veámosla primero! —declaré con cierta impaciencia.

—La veremos enseguida —replicó Rouletabille fría y serenamente.

Ivana conocía bien a su Rouletabille. Sabía que debía contentarlo cuando adoptaba aquel tono.

—Le han disparado dos veces —observó—. La primera bala, que tiene el orificio de entrada a la altura del corazón, golpeó felizmente el esternón y, deslizándose por él, acabó saliendo a la altura de la clavícula. La segunda penetró en su pecho por encima del hígado, pero Roland piensa que no hay

ningún órgano vital lesionado. Ya ha procedido a la extracción de la bala. Thérèse ha soportado con gran coraje la operación, que ha concluido sin complicaciones. Como veis, no hay nada perdido. Ahora os contaré todo lo que sé sobre el crimen.

Rouletabille la interrumpió, diciéndole bruscamente:

—¿Has tomado el barco de las tres?

—Sí. No te enojas conmigo... *¡estaba convencida de que sucedería hoy!* Un presentimiento más fuerte que cualquier cosa. No os dije nada cuando os marchasteis, pero estaba resuelta a venir a El Havre este mediodía. Por desgracia, cuando llegué ya era demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde para qué? —interrogó Rouletabille, lívido.

—Para interponerme entre la desdichada mujer y ese animal.

—Os habría abatido a las dos. ¡Bendigo al Cielo porque hayas llegado tarde, Ivana!

—¿Por qué no la acompañé esta mañana? —continuó la joven, sin pararse a escuchar lo que le decía Rouletabille y totalmente indiferente al temor que expresaba su marido ante el hecho de que ella también se hubiera convertido en víctima.

—¿Cómo llegaste tan rápido? ¿Conocías el lugar?

—¡Oh! No me resultó difícil encontrarlo después de todos los datos que conocía por Thérèse. Además —agregó tras un segundo de indecisión—, ahora te puedo confesar que una vez, sin decir nada a nadie, ni siquiera a Thérèse, vine hasta aquí y me escondí en la casa de enfrente.

—¿Tú hiciste eso? ¡Vaya sorpresa! —exclamó Rouletabille con voz sorda—. Hiciste bien en ocultármelo. Te habría regañado seriamente.

Ivana miró a Rouletabille, y a continuación nos condujo a una pequeña sala que recibía la luz del día a través de un patio interior. Cuando cerró la puerta, dijo:

—Obviamente, soy consciente de que no debería haberlo hecho, pero Thérèse me preocupaba cada día más. Había escuchado cosas sobre el príncipe que me aterraban.

—*¡Tú también querías salvar a Roland!*

—¡Tal vez! Pero creo que fue la idea de que Thérèse sufriera una desgracia lo que me trajo entonces hasta aquí —replicó ella con un tono de infinita tristeza—. Quería hablar con la mujer del marinero a la que creía al corriente de todo. Ella podía ofrecerme, quizá, detalles que fueran de gran utilidad para todos; pero nada pude sonsacarle; si sabe algo, Thérèse debe haberle pagado generosamente. Además, estoy convencida de que dice la

verdad. Trabaja limpiando en la ciudad y raramente está en su casa. Thérèse tenía una llave y entraba y salía cuando quería. El hecho es que esta persona, la señora Merlin, se encontraba ausente en el momento de la tragedia y no me ha podido dar información alguna.

—Entonces, ¿cómo has conocido los pormenores del drama?

—Por Roland, que me lo ha contado todo, y por un testigo, un agente de policía que se encontraba en el lugar. También por Thérèse, que ha podido pronunciar algunas palabras que nos han esclarecido los hechos definitivamente. Roland me ha referido que se encontraba en una estancia de la planta baja junto a Théodora Luigi cuando escucharon gritos en el exterior; al principio no reconoció la voz de su mujer. A continuación, oyeron un chillido nítido y muy próximo: «¡Al asesino! ¡Roland! ¡Roland!». Entonces, reconoció la voz de su mujer. No le sorprendió que su esposa le hubiera seguido hasta aquí porque conocía su angustia y la creía capaz de todo por salvarle. Por otra parte, como Théodora acababa de confesarle que el ayuda de cámara del príncipe no había encontrado al patrono en su dormitorio aquella mañana y que se ignoraba su paradero, no tuvo la menor duda de que su mujer se estaba enfrentando a ese loco. Théodora tampoco lo dudó. Pero el mismo pensamiento se tradujo en las mentes de uno y otra en gestos diferentes; Roland se precipitó hacia la puerta del vestíbulo mientras Théodora trataba de retenerlo con todas sus fuerzas. Sin embargo, tras propinarle un brusco empujón y conseguir abrir la puerta, se dieron de bruces con el cuerpo de Thérèse tendido en el umbral.

—¡La infeliz! ¡Sacrificó su vida por ellos! —exclamé.

—¡Es una mujer que sabe amar! —declaró Ivana con voz profunda—. ¡Yo no habría podido! Habría tomado la vida de cualquier otro antes de sacrificar la mía. ¡Roland ha prometido salvarla y vivir el resto de su vida arrodillado ante ella! ¡Más le vale hacerlo!

—Háblame del agente —ordenó Rouletabille, a quien le gustaban poco las digresiones sentimentales.

—Faltaron pocos segundos para que no pudiera salvar a Thérèse de aquel loco. Cuando Roland abrió la puerta, un agente de la policía local de paisano, un tal Michel, estaba ya reclinado sobre Thérèse. Aquel agente vigilaba la mansión. Sus servicios habían sido reclamados y pagados por Théodora quien, a pesar de temer al príncipe, no quería marcharse sin ver una vez más a Roland. Roland me ha confiado que la pasión de esa mujer fue creciendo a medida que la suya disminuía, pues ella se había percatado de su laxitud. ¡En efecto, Roland estaba harto! Y, únicamente el temor de que ella cometiera

algún acto desesperado si él no accedía a la última cita que ella había concertado antes de su partida, fue el motivo de que Roland nos dejara aquella mañana tan precipitadamente.

—¿Eso te ha dicho? —recalcó Rouletabille—. Pero eso cambia las cosas. Volvamos al agente. Ese Michel, ¿no vio llegar al príncipe?

—¡Desgraciadamente, no! Pero es normal. El agente hacía la ronda por la mansión, que está aislada, como habéis podido comprobar. En el momento en que el agente se encontraba en la parte posterior de la casa, el príncipe surgió de entre un denso matorral de tojo, a doscientos pasos de aquí, a la izquierda. El príncipe debía saber que Théodora y Roland se encontraban en la casa. Le habrán advertido de ello y corrió a sorprenderlos, esperando a que el agente desapareciera. Es presumible que alguien le procurara el medio de acceder a la mansión. Tal vez, en su estado febril, simplemente obedeció a un impulso que le empujó hasta estos muros tras los cuales se cobijaba el amor de su amante. ¡Ay! Lo que es seguro es que le invadía una terrible necesidad de venganza. La desgracia quiso que Thérèse, que acababa de llegar, viera al príncipe salir del tojo y correr hacia la casa. Se lanzó sobre él, se aferró a él, gritó, y el otro, loco de rabia, le disparó. Pensad que Thérèse ni siquiera se defendió. Ya la conocéis. Ha debido sentir una alegría sobrehumana al sacrificarse así. Y si gritó, no fue por ella, estad seguros, sino para advertir a Roland del peligro que corría.

—Al primer disparo —continuó Ivana—, el agente se precipitó hacia la casa. Se encontraba ya en la esquina frontal cuando retumbó el segundo disparo —pues transcurrió algún tiempo entre el primero y el segundo—, y llegó justo a tiempo de ver a Thérèse desplomarse contra la puerta. Mientras tanto, el príncipe, tras abatir a Thérèse y tomar conciencia de la atrocidad de su acto, arrojó su revólver.

—¿Quién recogió el arma?

—El agente.

—¿Qué tipo de revolver?

—Es un arma de bolsillo corriente, de pequeño tamaño y muy pesada. El príncipe, después de tirarlo, huyó bordeando la esquina de la casa; no para ocultarse —posiblemente—, sino para poner fin cuanto antes a su tormento y suicidarse desde lo alto del acantilado. En cuanto al agente, no habiendo visto al asesino, se lanzó a socorrer a la mujer ensangrentada, que se había desplomado casi en sus brazos. En ese momento se abrió la puerta y Roland y Théodora aparecieron. Imaginad la escena. Roland, de entrada, enloqueció. Sin embargo, cuando comprobó que su esposa aún respiraba, recobró la sangre fría, la llevó en sus brazos hasta un diván y dio orden a Théodora — que le veía actuar como en un sueño— de dejar la casa y no regresar hasta que él la hubiera abandonado.

—¿Quién había alquilado la casa?

—Ella.

—Así pues, la echó de su propia casa.

—¡Cielos! ¡Sí! Ella no puso objeción alguna, simplemente dijo: «¿Permites, al menos, que envíe a un cirujano con su instrumental?». Él respondió que el agente se encargaría de ello. Y la dejó partir sin despedirse siquiera.

—¿Qué importa eso? —exclamó Rouletabille—. Pero dime, ¿en qué punto estaban las cosas cuando tú llegaste?

—Ya había mucha gente congregada en torno a la villa. Supuse que mi corazonada no me había engañado.

—No te he preguntado eso. Ya conozco tus angustias. Resumiendo, ¿cuando llegaste ya había terminado todo?

—¡Sí! —respondió Ivana con tono resuelto—. El crimen y la operación.

—Bien.

—¿Bien por qué?

—Porque está muy claro. No tienes nada que ver con esta tragedia ni con la intervención quirúrgica. En cualquier caso, si la infeliz fallece, nadie tendrá

nada que decir de ti.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, simplemente expreso mi satisfacción ante el hecho de que no estés involucrada en un embrollo como este.

—¿Un embrollo? —repitió Ivana—. ¡Jamás he tenido algo tan claro!

—¡Cierto! —exclamé.

Rouletabille, encogiéndose de hombros, agregó:

—En fin, cuando llegaste, ¿viste a Thérèse?

—No, se encontraba reposando tras haberle practicado la última cura. Le habían puesto una inyección.

—Entonces, ¿viste a Roland?

—¡Por supuesto! ¡Era la viva imagen de la desesperación y el remordimiento! Al principio no conseguí sacarle ni una palabra pero, poco a poco, me informó de todo. Acabó llorando como un niño. Tuvo preciosas palabras para Thérèse.

—¿Y la investigación?

—¡Bueno! La investigación... Lógicamente, la casa se llenó de comisarios y jueces. Estaban por todas partes, registrándolo todo. Trajeron con ellos la noticia del suicidio del príncipe Henry, a lo que Roland replicó: «Lo lamento, ¡me habría encantado matarlo con mis propias manos!». El comisario le respondió: «Evitemos el escándalo en la medida de lo posible. Saldremos todos ganando».

»Digas lo que digas —continuó Ivana—, el suceso parecía tan obvio que incluso la más somera investigación podría haberlo esclarecido. Fue más rápida de lo que cabía esperar; el comisario, en concreto, apenas formuló dos o tres preguntas a Thérèse, que había recobrado el conocimiento y confirmó su encuentro con Henry II. «¡Estaba enloquecido!», dijo ella. «¡No lo culpo!». A continuación, el comisario mantuvo una larga conversación con Roland en la que, al parecer, acordaron presentar el suceso como un accidente. Los caballeros de la policía y del ministerio fiscal se encuentran encerrados en una estancia del primer piso, trabajando en ello. Espero que tengan éxito, también por los Boulenger.

—¡Sobre todo por los Boulenger! —recalcó Rouletabille—. ¿Podemos ver a Thérèse? —preguntó finalmente.

Ivana nos abandonó unos minutos; más tarde vino a buscarnos para conducirnos junto a la señora Boulenger.

Confieso que esperaba ese momento con una gran impaciencia, unida a la mayor de las angustias. Hacía media hora que, a pesar de mi interés por el

relato de Ivana, ardía en deseos de encontrarme frente a aquella personificación del martirio que me hacía vislumbrar al resto de los mortales, incluido yo mismo, como seres insignificantes. Rouletabille, en cambio, era el de siempre. Se hacía preciso esperar a que terminara de poner en orden en su cabeza una serie de pequeños detalles —nimios en apariencia— antes de concedernos el privilegio de dirigir su atención sobre cuestiones capitales. ¡Cuántas veces había exasperado nuestra paciencia, sin importarle lo más mínimo! Sin embargo, aquel método le permitía presentarse ante el resto de protagonistas del drama con argumentos que nadie sospechaba, y adjudicarse, ante las mentiras de algunos o la necedad general, sensacionales victorias. Yo sabía todo esto, y también que no era una frívola curiosidad la que le motivaba con frecuencia a formular preguntas que a primera vista podrían juzgarse intrascendentes. Pero en este asunto, que aparecía claro como el día, creí que mi amigo —actuando de igual modo que en el resto de casos— era víctima de su propia rutina, y confieso que se desprestigió ante mis ojos; tanto más cuando las preguntas con las que apremiaba a Ivana parecían tener como punto de partida —tal vez de manera inconsciente— un sentimiento de celos que juzgué del todo inoportuno.

Finalmente, entramos en la estancia donde Roland velaba por la mujer a la que había hecho tanto daño y que acababa de entregarle su sangre. Jamás olvidaré aquella escena: la desdichada mujer, tendida sobre una sábana que habían extendido sobre el sofá, yacía tapada hasta el cuello con una bata blanca y, ciertamente, más pálida que la propia prenda que la cubría. Arrodillado ante ella y con su mano entre las suyas, Roland Boulenger lloraba. Thérèse volvió hacia nosotros sus asombrosos y vivaces ojos, en los que parecía habitar una divina esperanza. A pesar de la prohibición de hablar que le había impuesto su esposo, nos dijo con un soplo de voz:

—¿Por qué llora? ¡Es el día más feliz de mi vida!

No pudimos reprimir las lágrimas y, a una señal de Roland, salimos.

Dos horas más tarde, cuando nos hallábamos en la hospedería Tortoni, donde Rouletabille y yo habíamos reservado sendas habitaciones, el inspector de la *Sûreté* que habíamos conocido a nuestra llegada a Sainte-Adresse, el señor Tamar, vino en busca de Rouletabille de parte del comisario central.

He aquí cuanto aconteció en la comisaría. Los reporteros locales se encontraban allí reunidos; Rouletabille distinguió entre ellos al pequeño Ramel, del *Dramática*. El comisario hizo entonces una declaración a los caballeros de la prensa que más o menos puede resumirse en los siguientes términos:

—Caballeros, en el día de hoy se han producido dos lamentables acontecimientos que han dado lugar a descabellados rumores. Por una parte, el príncipe Henry II de Albania, en un acceso de fiebre alta, se ha arrojado desde lo alto del acantilado de Sainte-Adresse. Por otro lado, un accidente acaecido a la misma hora en las colinas de Sainte-Adresse, ha afligido profundamente a una honorable familia, la del profesor Roland Boulenger. El señor y la señora Boulenger visitaban algunas casas de alquiler por encargo de la señora de Lens, una amiga de París que deseaba pasar el mes de septiembre en nuestras playas; ya ven que estoy nombrando a todos los actores de este suceso. La fatalidad quiso que, en una de las mansiones, Villa Fleurie, la señora Boulenger encontrara, sobre un mueble, un revólver que alguien había olvidado. Al tratar de entender su funcionamiento y comprobar si estaba o no cargado, sucedió lo que tantas veces ocurre cuando las armas de fuego caen en manos inexpertas: el revólver se disparó hiriendo a la señora Boulenger. Afortunadamente, a pesar de la gravedad de sus heridas...

—¿Sus heridas? —interrumpió mordazmente el pequeño Ramel.

—Así es, sus heridas; en efecto, bajo la presión nerviosa, irreflexiva e impulsiva de la víctima aterrorizada por su imprudencia, esta accionó el gatillo dos veces —concedió el comisario—. En resumen, lo principal es que la vida de la señora Boulenger no corre peligro. Su propio esposo confirma una pronta recuperación. Esta tarde, y dado el satisfactorio estado de la señora Boulenger, ella misma ha podido proporcionarnos los detalles del accidente. Les he reunido aquí a ustedes, como representantes de la prensa, para que informen verazmente de los hechos que, con malintencionado propósito, se han visto distorsionados con estúpidas patrañas. La desgraciada coincidencia de ambos sucesos ha sido puramente fortuita y sé lo que ustedes dirán. Le deben la verdad a la señora Boulenger, que se la implora a través de mí, y se la deben a la familia de Albania que mantiene con Francia, no lo olviden ustedes, una estrecha relación de amistad.

Un elocuente murmullo acogió, como pueden imaginar, aquella singular declaración que poco tenía que ver con la realidad de unos hechos palmarios. Pero Rouletabille tomó entonces la palabra:

—Queridos camaradas, lo que acaba de declarar el señor comisario es estrictamente cierto. Yo puedo corroborarlo; esta misma tarde, la propia señora Boulenger me lo ha confirmado y, como prueba, aquí tengo el artículo que enviaré a mi periódico.

A continuación, leyó el artículo que ratificaba punto por punto el relato de los acontecimientos que acababa de narrar el comisario.

—¡Es una triquiñuela! —exclamó el pequeño Ramel.

—Caballero —protestó el comisario dirigiéndose hacia Rouletabille—, agradecería que confirmara a sus colegas que no tenemos el gusto de conocernos, que jamás hemos coincidido y que usted no ha recibido de mí, ni de los agentes a mi servicio, ninguna comunicación previa.

—¡Doy mi palabra de honor! —replicó Rouletabille.

Los periodistas salieron. El pequeño Ramel dijo sarcásticamente:

—¡Nos tomas por tontos! —y mostró a Rouletabille el artículo que pretendía telegrafiar al *Dramática*.

Al día siguiente, nos lanzamos sobre el *Dramática* a la llegada del tren expreso de París. Ni rastro del artículo. Tan solo un periodicucho de la localidad y una gaceta anarquista de París se hicieron eco de lo que todo el mundo sabía sobre la tragedia de Villa Fleurie, y sobre el papel que en ella había jugado el príncipe Henry II de Albania antes de arrojar desde lo alto del acantilado. Ese mismo día vimos llegar al director de la *Sûreté* en persona.

—Definitivamente, se trata de un asunto de estado —dijo Rouletabille—. Tanto mejor.

—Sí —respondí—, el escándalo será encubierto.

—¡Y nadie sabrá nunca la verdad! —añadió.

—¡Oh! ¡Nadie! —remarqué, sonriendo con tristeza—. ¡Nadie, salvo todo el mundo!

Rouletabille no respondió, pero observé que tenía aquel singular gesto de los grandes días de misterio, cuando era el único capaz de ver lo que le mostraba la *recta senda de su razón*.

VII

ROULETABILLE VUELVE A SER ROULETABILLE

Un día después de aquella funesta jornada, nos alegró saber por boca del señor Boulenger que su esposa estaba a salvo, y que la fiebre que padecía desde la tarde anterior —y que la había hecho delirar toda la noche— había remitido casi por completo. Preveía la posibilidad de un traslado de Thérèse, al día siguiente, a una pequeña mansión que acababa de alquilar con dicho propósito en la costa de Ingouville.

Allí terminaría de restablecerse, lejos de todo cuanto en Deauville, o en cualquier otro lugar, pudiera recordarle sus penas secretas y las etapas de su martirio. Entretanto, volvimos a verla aquella misma mañana en el trágico escenario de Villa Fleurie, en el salón donde no podía entrar sin evocar el terrorífico idilio de Roland y Théodora Luigi. Pero aquella mujer no abría los ojos más que para atisbar a su marido arrodillado a sus pies, y sus miradas reflejaban que aquella visión compensaba todas las miserias vividas.

He aquí la escena que presenciamos. Conducidos por Ivana, y bajo su recomendación, entramos sin hacer mido alguno; pensé que el señor Boulenger, que nos daba la espalda, no había advertido nuestra presencia. Estaba arrodillado, como la víspera. Es preciso aclarar que el diván sobre el que yacía Thérèse era muy bajo y que Roland, sin duda, no había encontrado mejor posición para velar a su mujer que aquella genuflexión que, por otra parte, prolongaba voluntariamente. No cesaba de pedir perdón a Thérèse. Entonces, ella cerró los ojos y murmuró:

—¡Calla! ¡Calla!

Él juraba por su vida que jamás volvería a ver a Théodora Luigi.

—¡No digas más! ¡No digas más! ¡Tan solo dime que aún me amas un poco!

—¡Te adoro, querida mía!

Él cubría sus manos de besos.

—¡Ah! —suspiró ella, volviendo la cabeza hacia nosotros—. ¡Estoy tan contenta de tenerles a todos junto a mí, amigos míos! ¡Ya lo han escuchado! ¡Me ama! Aún me ama un poco. Se lo dije, jamás dejó de amarme. ¡Dios, qué feliz soy!

Salí, tras contemplar aquella escena, emocionado, sobrecogido. Roland parecía sinceramente arrepentido, y lo estaba. Ivana se reunió con nosotros un instante y nos hizo partícipes de sus esperanzas.

—Comienza una nueva vida para ellos. Hacía falta una desgracia así para devolver a Roland a la normalidad. Desde ahora, será otro hombre, dedicado por entero a la ciencia y a su mujer. ¡Ya veréis! No está en su naturaleza entregarse a medias.

Al salir de Villa Fleurie nos encontramos con una *limusina de ruta*^[27], de la que descendía una bonita mujer de aspecto cansado y que parecía haber viajado toda la noche.

Roland salió a recibirla, pero ella únicamente se dirigió a él para pedirle noticias de Thérèse e instarle a que la llevara junto a ella urgentemente. Supimos por Ivana que se trataba de la señora de Lens, a quien Thérèse había escrito que «temía que sucediera cualquier cosa y algo aún peor». La señora de Lens, tras haber visto a Thérèse, partió nuevamente de inmediato hacia París.

No eran más de las ocho cuando regresamos a El Havre. Rouletabille me dejó muy temprano y desayuné solo. Aproveché mi soledad para poner al día mi correspondencia, tarea que me llevó hasta las cinco de la tarde. Entonces salí a dar un paseo por el muelle, pero advertí que el viento, que se había levantado por la mañana, ahora presagiaba tormenta. Me envolví en un impermeable y caminé hasta el final del dique, que parecía, por momentos, barrido por las olas. No obstante, tras haber pasado mi infancia al borde del mar, siempre he disfrutado de esos pequeños remojones forzados y nada me divierte más que un buen baño de mar sobre la espalda, siempre y cuando, naturalmente, no haya peligro en ello y me encuentre cerca de una sólida barandilla.

Era un espectáculo portentoso. Los barcos pesqueros se apresuraban por regresar a puerto, las pequeñas barcas intentaban ganar el muelle ascendiendo sobre el lomo de las olas con audaces golpes de timón. Una de ellas, tras varios minutos, llamó particularmente mi atención.

Parecía maniobrar con cierta dificultad. Debía haber perdido su foque^[28]; al menos yo no podía verlo como en el resto de embarcaciones que, a excepción de esa, ya habían recogido velas. Finalmente, y no sin gran dificultad, consiguió ganar el dique, y cuál fue mi sorpresa al reconocer, junto a los dos marineros que la tripulaban y que se cubrían con sendos impermeables, a mi amigo Rouletabille, con su traje de mañana, pantalón blanco y chaqueta azul. ¡Estaba en un buen lío!

También él me reconoció y me hizo una señal. Corrí para llegar al muelle al mismo tiempo que él, pero ya había desembarcado cuando lo alcancé. Estaba hecho una sopa y el traje hecho jirones. Había perdido su sombrero de fieltro, naturalmente, y mostraba una salvaje cabellera, pero, bajo aquella pelambarrera, su rostro delataba que había descubierto algo nuevo.

—¡Rápido, regresemos! —exclamé—. ¡Hay que estar loco para echarse a la mar con semejante tormenta!

—Cuando salí por la mañana hacía un tiempo agradable —contestó.

Nos abalanzamos sobre un coche y, en el hotel, le serví de mayordomo; temía que se resfriara. Por fortuna, habíamos hecho traer nuestras maletas. Tras secarle, y una vez se hubo cambiado de ropa, le pregunté:

—Ahora vas a decirme qué te proponías echándote a la mar.

Él replicó:

—Cuando me haya tomado mi ponche, y aun así no estoy seguro.

—¿Por qué?

—Porque estoy esperando a alguien y, si ese alguien llega, me harás el favor de dejarme a solas con él.

—¿Quieres que me vaya ahora mismo? —pregunté un tanto ofendido, pues siempre he sido hombre de una susceptibilidad ridícula.

—Mi buen Sainclair, supondrás que no me he citado con esa persona para hacerle alguna confidencia, sino para sonsacarle. ¡Mis confidencias solo las comparto contigo! Con nadie más, por favor, créeme. Para empezar, y ya que mi hombre se retrasa, te diré que no fue el príncipe Henry quien disparó sobre Thérèse.

—¡Imposible! —exclamé—. ¿Estás seguro de eso?

—Si no lo estuviera, no te lo diría.

—Cierto, perdóname. Te escucho. ¿Y has sacado esa conclusión en alta mar?

—¡Dios mío, sí! Y del modo más tonto. Por lo demás, no fui más que a buscar la confirmación de una idea que rondaba por mi cabeza. Recuerda que anoche te dejé un poco intrigado cuando te dije: «¡Y nadie sabrá nunca la

verdad!». ¿Sabes lo que pensaba en ese instante? Que el crimen se había cometido a las once y treinta y cinco minutos exactamente, y que la marea alta no alcanzó ayer su máximo hasta las diez y cuarenta minutos.

—No veo que la marea tenga que ver...

—Y ahora, sigue atentamente mi razonamiento. Se descubrió el cadáver del príncipe, al pie del acantilado, al mediodía. Si él hubiera sido el asesino, tendría que haberse lanzado al precipicio entre las once y treinta y cinco minutos —la hora del crimen (pongamos las once y cuarenta porque se precisan cinco minutos para alcanzar el borde del acantilado)— y el mediodía. Sin embargo, es imposible que el príncipe se arrojara desde lo alto del barranco en ese lapso de tiempo.

—¿Por qué?

—Porque la marea no cubre el lugar donde se arrojó el príncipe mas que cuando alcanza su máximo, y ya lo había alcanzado casi una hora antes de que se cometiera el crimen. Como han rescatado el cuerpo del príncipe mojado, con su atuendo empapado como si hubiera pasado varias horas flotando en el agua, entenderás que el príncipe ya estaba muerto a la hora en que dispararon a Thérèse.

—¡Pero eso es brillante! —exclamé—. ¿Por qué nadie ha pensado en ello?

—Que te responda Cristóbal Colón —respondió Rouletabille con una sonrisa—. En cuanto a mí, como conozco bien ese rincón del acantilado y sé que el agua llega allí raramente, mi atención se ha concentrado desde ayer en ese detalle. El horario de las mareas ya me dio la razón antes de cualquier investigación, pero no quise decirte nada hasta haber inspeccionado el lugar. Quería estar allí antes, durante y después de la subida de la marea. Ese fue el motivo por el cual tomé una barca esta mañana y por lo que, hace un momento, me viste regresar en tan penosas condiciones, aunque totalmente satisfecho. No solo la marea no alcanza el lugar en cuestión salvo en el lapso de tiempo que te he indicado, sino que es imposible que al retirarse, y visto el declive del terreno, se forme una marisma, por pequeña que sea.

—Pero, entonces, ¿quién es el asesino?

—Te lo diré enseguida —respondió después de lanzar una mirada por la ventana—. ¡Aquí está mi hombre!

Pegué mi rostro al cristal y pude ver, atravesando la plaza y dirigiéndose hacia el hotel, a una persona que, a primera vista, carecía del mínimo interés. Tenía el porte y la indumentaria típica de un tratante o de un agente comercial. Dejé a Rouletabille, marchándome profundamente conmocionado

por lo que acababa de escuchar, y elucubrando con cientos de hipótesis, a cada cual más absurda.

Mi amigo no permaneció recluido con aquel hombre más de dos minutos. Cuando su visitante se marchó, Rouletabille vino a buscarme. Tenía una dura expresión en el rostro y le chispeaban los ojos.

Una vez en su habitación, me dijo inmediatamente:

—Lo que imaginaba. Acabo de dirigir mi investigación hacia el arma. Ese hombre es un armero de la calle París. No quería ser visto entrando en su negocio porque no me gustaría que la policía pensara que soy más curioso que ellos.

»En lo que respecta a la persona del príncipe de Albania, involucrado en esta tragedia, la policía no quiere saber nada y ha dado por cerrada la investigación; esto es, precisamente, lo que salva al asesino. Así pues, hice venir al armero para hacerle la siguiente pregunta:

—*Cuando vende un revólver, cualquiera que sea la marca, ¿tiene modo de reconocerlo una vez sale de su negocio?*

—*Sí —me respondió—. Yo mismo hago una pequeña marca en forma de cruz en la parte interna de la culata, junto al gatillo, con el punzón.*

—*Eso es todo lo que tenía que preguntarle —le dije.*

He insistido en pagarle por las molestias, pero no ha querido aceptar y se ha marchado, no sin antes preguntarme:

—*¿No es usted el señor Rouletabille, amigo del señor Roland Boulenger?*

Le respondí afirmativamente. Se quedó mirándome un instante y se fue por la puerta.

—¿Y entonces?

—Y, entonces, debes saber que ayer vi el arma recogida por Michel, el agente de paisano. Fue Tamar, el inspector de la *Sûreté*, quien quiso mostrármela, ya que somos viejos camaradas. Pues bien, pude observar una marca en forma de cruz hecha con un punzón. Ese revólver fue comprado en la tienda de la calle París.

—¿Por quién?

—¡Por Roland Boulenger! —respondió, y se puso a rellenar su pipa.

Me quedé estupefacto, con la boca abierta.

—¿Te falta el aliento? —dijo él imperturbable.

—¡Pues claro! ¿Tú qué crees?

—Yo no creo; yo busco, veo, cotejo y, cuando no hay más que constatar, concluyo. Ese revólver fue comprado hace ocho días en la calle París por Roland Boulenger que, desde entonces, lo llevaba siempre encima.

—¿Quién te ha dicho eso?

—¡Él mismo!

—¿Y quién te dijo que había comprado el arma en la calle París?

—¡También él! Por supuesto, cualquiera que sea la conclusión, no pienso en una premeditación. Prueba de ello es que no se escondió de nadie para procurarse un arma que creía que podía necesitar, dadas las circunstancias en que se encontraba por sus intrigas con Théodora Luigi. A diario escuchaba que su vida estaba amenazada por el príncipe.

—¡Y disparó a su esposa! ¡Es horrible!

—¡Vas muy rápido! En todo caso, habría circunstancias atenuantes — replicó Rouletabille con frialdad.

—¡Jamás! ¡Me indignas!

—Llevaban dos horas fumando opio cuando Thérèse apareció. ¿No percibiste el olor a opio cuando llegamos? Sin embargo, la casa ya había sido aireada. ¡Sí! ¡En qué estado debían encontrarse! ¡El último gran encuentro antes de la separación definitiva!

Sujeté por las muñecas a Rouletabille. Hasta ese punto me sentía indignado.

—¿Llamas a eso circunstancias atenuantes? ¡Ah! ¡Créeme, si yo fuera el juez...!

—No se trata de eso —interrumpió Rouletabille cada vez más impasible—. Se trata de explicar los hechos. Pues bien, no creo que Roland Boulenger, si realmente fue él, disparase a su esposa a sangre fría. ¡Eso es todo! ¿No crees que sean circunstancias atenuantes? Me resulta indiferente, ¡pero deja de sujetarme las muñecas! También Thérèse debía hallarse fuera de sí. Comprenderás que una mujer no se impone el régimen de vigilar durante días una puerta tras la que su propio esposo escucha los cuentos orientales de la señorita Théodora Luigi sin que, repentinamente, le invada el imperioso deseo de interrumpir su conversación.

Aspiró algunas bocanadas de su pipa y continuó:

—Thérèse había encontrado el medio, gracias a la mujer de la limpieza, de acceder a la mansión. *Tal vez*, los otros escucharon el rumor de la puerta y, *tal vez*, se encontraron de pronto con Thérèse. Tienes que admitir que estas tres personas se hallaban en un estado poco propicio para controlar tanto sus palabras como sus actos. En su alucinación producto del opio, ¿se sintió Roland amenazado? O, lo que es aún más verosímil, ¿creyó que Théodora lo estaba? Probablemente, el ruido que pudiera haber hecho Thérèse al abrir la puerta provocó que Roland empuñase su revólver, y es evidente que el arma

fue usada. También es *presumible* que, si no hubo más disparos, fue porque, *tal vez*, Thérèse le arrebató el arma de las manos. Cuando apareció el agente, *es posible* que Roland acabara de cerrar la puerta y que, al escuchar al agente, volviera a abrirla... ¡seguramente...!

—Demasiados «tal vez» para un solo «seguramente». Al fin y al cabo, es posible que fuera Théodora Luigi la que disparara —objeté. La idea de que Roland hubiera disparado a su esposa me resultaba monstruosa.

—Te diré algo más, Sainclair; he interrogado al agente Michel, le he sonsacado todo; también he interrogado a las personas que se encontraban en las proximidades. Pues bien, Thérèse no gritó en ningún momento «¡Al asesino! ¡Roland! ¡Al asesino!», sino «¡Asesino! ¡Roland! ¡Asesino!».

—¡El muy miserable! Y aun así, ella le perdona. ¡Ah! ¡Ya puede arrastrarse a sus pies! Esa mujer es más que una santa.

—¡Es un ángel! —exclamó Rouletabille—. En cuanto a mí, obvio decir que tan pronto Thérèse se encuentre restablecida, me llevaré a Ivana y emprenderemos viaje a Siria.

* * *

Ocho días más tarde, Thérèse se encontraba fuera de peligro. Ya nos habíamos despedido de ella cuando, ante sus insistentes súplicas, Rouletabille accedió a dejar que Ivana le hiciera compañía algunos días más. Antes de regresar a París, mi amigo y yo nos detuvimos en Deauville para recoger algunas cosas que habíamos dejado en *Les Chaumes*. Ignorábamos que, en ese momento, Roland se encontraba en la mansión. Pronto escuchamos su voz. Parecía mantener una discusión con Bernard, su ayuda de cámara. Le decía:

—¡Qué le vamos a hacer, Bernard! ¡Si se ha perdido el revólver, compraré otro! Déjame ya tranquilo con esa historia.

Miré a Rouletabille y mis labios murmuraron:

—¡Asesino!

—No te precipites —me dijo entre susurros—. ¡Esto aún no ha acabado!

VIII LA MASACRE

La tragedia de Sainte-Adresse, tal como la conocemos, no fue más que el preludio de la espantosa masacre de Passy; pero, una vez más, vayamos por partes.

Ya en París, pasé algún tiempo sin ver a Rouletabille. Un día le encontré en el Salón de los Pasos Perdidos^[29]. Yo lo atravesaba a toda prisa y de casualidad, pues no es frecuente acudir al Palacio de Justicia durante las vacaciones. Él volvía de la oficina de Prensa Judicial y nos detuvimos uno frente al otro. Estábamos prácticamente solos en aquel inmenso pabellón y nuestras voces provocaban una sonoridad que le molestó enseguida, tal vez por lo que tenía que confiarme. Me arrastró hacia una galería adyacente y me preguntó:

—¿Tienes noticias de los Boulenger?

Le respondí que había recibido contestación de Roland a una de mis cartas, en la que me comunicaba que la señora Boulenger se estaba recuperando, hecho que, naturalmente, me llenó de gozo.

—¿A quién habías escrito?

—A la señora Boulenger. Debo confesar que, desde que me revelaste la realidad de la tragedia de Sainte-Adresse, siento la mayor de las reticencias a mantener cualquier tipo de relación con el ilustre profesor.

—¿Y fue él quien te contestó? ¿Conservas la carta?

—Es posible, no estoy seguro. Mis secretarias se encuentran de vacaciones y hay un absoluto desorden entre mis papeles.

—Vayamos a tu casa.

—¿Tienes mucho interés en ver la carta?

—Sobre todo el sobre, si aún lo conservas.

—¡Ah! Esta vez me pides demasiado.

Veinte minutos más tarde nos hallábamos en mi despacho, donde pude encontrar la carta en su correspondiente sobre. En cuanto lo vio, Rouletabille palideció. Sin embargo, ni siquiera lo tocó. Me encontraba a unos pasos de él y se lo extendí. Lo observó durante dos o tres segundos y, a continuación, me dijo con la voz alterada:

—Está bien. Puedes quemarlo.

Tomó asiento y se enjugó la frente, como cualquiera que hubiera recibido un duro golpe; uno de esos golpes que nublan la razón.

—¿Qué sucede? —pregunté con toda mi ternura y piedad en alerta.

—¡Lo sabrás! —exclamó—. ¡Sabrás lo que sucede, mi buen Sainclair!

Pero tuvo miedo de conmoverse, y trató de narrarme los hechos con ese tono indiferente y rotundo —un poco descarnado— que solía utilizar cuando me explicaba, a su manera, los entresijos de un caso que solo él podía desentrañar.

Pero una cosa es hurgar en carne ajena y otra muy distinta hincar el escalpelo en la propia. De hecho, su mano temblaba.

—Ivana —comenzó— regresó a París hace ocho días.

—¿Solo? —me sorprendí.

—Sí. Ante las súplicas que me enviaba Thérèse —pues la señora Boulenger es la única persona de quien recibo cartas— accedí a que prolongara su estancia allí; una estancia a la que, por otra parte, no podía oponerme. Finalmente, regresó. Parecía muy feliz de volver a mi lado. Durante algunos días fue una verdadera fiesta. Nos comportamos como colegiales. No llegamos a ir a Robinson^[30], pero estuvimos a punto. Me dijo que los Boulenger se habían convertido en un matrimonio modelo y que Roland había vuelto al trabajo como si nada hubiera pasado.

—Sin embargo, mi querida Ivana —le contesté—, sí que ha ocurrido algo... y por ello te ruego, aunque sé lo mucho que te costará, que ceses cualquier tipo de colaboración con Roland Boulenger. Tienes un magnífico pretexto, pues en pocas semanas viajaremos a Asia Menor. Si es preciso, adelantaré nuestra partida. Los preparativos del viaje no te dejarán tiempo libre para ayudar en unas investigaciones que, por otra parte, te verás obligada a abandonar en cualquier caso.

—Me parece lógico, mi pequeño bobo —replicó ella—. Pero no es necesario anticiparle un disgusto. Yo misma se lo comunicaré a su regreso y así te quedarás satisfecho.

—Te confieso, Sainclair, que no esperaba aquella docilidad y la besé apasionadamente.

—Perdona que te interrumpa —dije—, ¿has hecho partícipe a Ivana de tu interpretación sobre la tragedia de Sainte-Adresse?

—¡No! —respondió Rouletabille—. De momento, nadie excepto tú conoce mis deducciones sobre la tragedia. Solo una persona tenía derecho a esclarecer la verdad sobre este asunto y ella habría preferido morir antes que revelarla. Guardé silencio por Thérèse y, palabra de honor, hasta hoy no me había arrepentido.

—¿Por qué?

—Por lo que sucedió ayer. Sí, Sainclair, ayer me creía el más feliz de los hombres cuando entraba a la oficina de correos de la calle Ámsterdam para certificar una carta. Esperaba mi turno junto a la ventanilla cuando, al dirigir inconscientemente la mirada hacia adelante, descubrí a pocos pasos de mí, esperando su turno en otra ventanilla —la de la Poste restante^[31]— a Ivana. Me sorprendió tanto encontrarla allí que ni siquiera tuve la instintiva reacción de acercarme a ella. La observaba estupefacto. Nos separaban tres personas. No tenía más que girar la cabeza para reparar en mí, pero parecía demasiado preocupada por pasar inadvertida. La vi inclinarse sobre la ventanilla y hablar en voz baja al empleado. Este le dio una carta que recogió como si fuera una ladrona y escapó de allí precipitadamente. No la seguí. ¡Cómo iba a hacerlo! Apenas me sostenían las piernas. Aquella carta, aquel sobre, su forma, aquella escritura —casi jeroglífica— inconfundible... aquella visión se quedará para siempre grabada en mi retina. Fue como un relámpago, un vértigo, una corazonada. Sin embargo, quería estar seguro; quiero estar seguro siempre y, tras ver tu sobre, ya no tengo duda alguna. Ciertamente nunca lo dudé ni por un instante. Sabía que la carta era suya. Ivana mantiene una correspondencia clandestina con Roland Boulenger.

Se levantó dispuesto a marcharse y me tendió la mano.

—No hagas ninguna tontería —le dije—. De lo único que estás seguro es de esa carta. Nada más. Mantén la misma lucidez contigo mismo que la que muestras con los demás. Después de la clara y definitiva conversación que tuviste con Ivana, esta habrá querido preparar al profesor ante la resolución que tomasteis de común acuerdo. Le habrá comunicado que no cuente más con ella, que busque un sustituto, qué sé yo. De acuerdo, te lo ha ocultado, se ha equivocado, pero, por otro lado, le habías dejado bien claro que no querías volver a oír hablar de ese hombre.

—¡Es posible! —respondió Rouletabille, y se marchó.

Me quedé solo con este único pensamiento: «¡Pobre Rouletabille!». Muchas veces me habían dicho: «¡Pobre Sainclair!», pero no era egoísta.

Quería a Rouletabille como a un hermano; un hermano menor al que hubiera criado desde pequeño. Sentí un profundo dolor.

Le llamé por teléfono a diario. Le rogué que nos encontráramos. Pero no conseguí verle. En una ocasión reconocí la voz de Ivana al teléfono. Me habló amigablemente aunque con cierta indiferencia, por lo que juzgué que no había novedades en su matrimonio; deduje que Rouletabille le había ocultado el incidente de la oficina postal. La situación era grave.

Días más tarde, supe del regreso de los Boulenger. Me disponía a visitar a Thérèse cuando Rouletabille hizo su aparición en mi despacho. Se mostraba demasiado sereno, demasiado retraído en una vana armadura de indiferencia, demasiado blindado contra las emociones exteriores y... algunas del interior. Enseguida comprendí que cargaba con un doloroso lastre, pero el orgullo de los hombres es tal que incluso ante alguien como yo, que en su misma situación no habría intentado ocultar nada, quería esconderme su dolor. Jugaba a ser el hombre fuerte. Pero, ¿acaso hay hombres fuertes en tales circunstancias? Campesino o emperador, sufrimos el mismo desgarró, la misma pesadumbre; después, cada uno actúa según su temperamento; uno asesina, otro se suicida, otro tiembla ante la puerta del juez que intentará la reconciliación pero, en principio, todos nos acobardamos como niños.

Tomó asiento frente a mí, se apoyó en mi escritorio con las manos entrelazadas —ya no pensaba en rellenar su pipa— y me dijo:

—Jamás imaginé que una mujer pudiera mentir como lo ha hecho Ivana.

Tuve deseos de responderle: «¡Acuérdate de la mía!», pero me abstuve de hacerle un reproche que le hubiera hecho perder aquel interesante aire doctrinal con el cual pretendía enmascarar la efervescencia de sus sentimientos más íntimos.

—Tras el regreso de los Boulenger —continuó— me había asegurado que, además de la visita que les hicimos juntos, solo se había encontrado con Roland en una ocasión, para anunciarle mi próxima partida y comunicarle que debía continuar sus investigaciones sin ella. Pues bien, mi buen amigo, Ivana y Roland se ven todos los días de tres a cinco mientras yo la creo en el hospital Trousseau. Y, cuando vuelve a casa, me da todo lujo de detalles sobre su jornada en el hospital, las personas con las que ha hablado, etcétera, etcétera. ¡Es increíble! Y bien triste para las mujeres... Un hombre jamás mentiría así.

—¡A saber! —exclamé.

—¡No! ¡No nos calumnies! No mentiríamos así. No sabríamos hacerlo. No tendríamos el descaro. Y, además, para mentir es preciso tener una

insolente fe en la credulidad, la estupidez y la ciega estulticia del otro. Cuando ellas mienten, «el otro» es un hombre; cuando mentimos nosotros, «el otro» es una mujer. Y, entonces, estamos perdidos de antemano, ni siquiera lo intentamos.

—¿Dónde tienen sus encuentros? —pregunté.

—Tras la historia de la carta, seguí a Ivana; la espíe. Como supondrás, no acudí a ninguna agencia. Nadie puede prestar sus servicios a Rouletabille mejor que él mismo. En cuanto sale de nuestra casa va directamente al hospital Trousseau pero, casi inmediatamente, sale de él y se dirige, no muy lejos de allí, a la clínica del doctor Schall, donde Roland Boulenger espera su llegada. Al cabo de dos horas sale de allí y regresa al hospital Trousseau, donde seguramente dejará instrucciones en caso de que yo la llame por teléfono, y vuelve a casa con aspecto sereno, mirada cristalina y boca bermellón. Su actuación es impecable.

—¿No te pregunta si tienes noticias de Boulenger?

—No, aún no; pero todo llegará.

—En suma, a pesar de tu oposición, continúa trabajando con él.

—Sí. Schall, un amigo de Boulenger, les cede su despacho y allí pasan dos horas entre sus papeles.

—Comprendo —dije— que la mentira de Ivana te enerve. Pero piensa que, en definitiva, la ciencia es la única razón de sus encuentros.

—Lo pensaría de cualquiera menos de Roland; no tengo confianza alguna en ese hombre. Se las ingenió perfectamente para comenzar un juego con Ivana, y no va a detenerlo ahora; por otra parte, aun admitiendo que Ivana solo ha representado una comedia, añadiré que no hay razón por la que debiera haber renunciado a su papel. Al parecer, es preciso —cueste lo que cueste y antes de nuestra partida— llevar a buen término el famoso informe sobre la tuberculosis. Ya ves —añadió— que presento los hechos del modo más conveniente para mis intereses. Pero tú mismo dijiste que la representación de una farsa como esta tiene sus desventajas.

—¡Por supuesto! Prueba de ello es que después de haberla interpretado con tu consentimiento, ahora lo hace sin tu aprobación. ¿La señora Boulenger está al corriente?

—No lo creo; piensa que ha reconquistado a un nuevo Roland; me atrevo a jurar que se mostraría profundamente asombrada si llegara a sus oídos un nuevo flirteo de su esposo.

—¡Oh... con Ivana! En el fondo, vosotros sois los principales culpables. ¡No delires! Tú sabes que tu mujer no te engaña en el sentido más cruel de la

palabra. ¡Eso ya es algo! Os marcharéis muy pronto. No hagas una tragedia de la tuberculosis de las gallinas.

—Aseguras que mi esposa no me engaña. Yo no estoy tan seguro —dijo pausadamente Rouletabille, levantándose—. Cuando una mujer te miente, te está engañando. Te he dicho cuándo comenzó el engaño; tal vez la próxima vez que te vea te diré cómo acaba.

Dichas estas palabras, y tras un fuerte apretón de manos que puso en evidencia una emoción que su rostro no reflejaba, se marchó.

Habían transcurrido tres días cuando, gracias a una llamada de teléfono de mi amigo, supe que su partida hacia Asia Menor había sido adelantada y que la semana siguiente abandonaría Francia junto a Ivana. Le felicité por tan razonable decisión, y creí, desde entonces, que su matrimonio estaba a salvo.

Dos días más tarde me encontraba en un palco de la Ópera cómica con varios amigos, cuando estos me indicaron la entrada en el proscenio del señor Parapapoulos, el célebre Thessalien.

—¿Sabes —me dijo uno de ellos— que es el sucesor del príncipe de Albania en las atenciones a Théodora Luigi?

—Parece que no ha llorado largo tiempo a Henry II —dije.

—No es su estilo. Los príncipes y excelencias se la disputan. Tras la muerte del gran duque Michel Androvitch, del que fue amante durante diez años, aceptó los favores del príncipe Prozor, que le fue presentado el mismo día del entierro. ¡Y ahí la tienes!

En efecto, Théodora Luigi acababa de tomar asiento en un palco contiguo al proscenio del señor Parapapoulos, y ubicado frente al nuestro. Jamás la había visto con una belleza tan fatal. Sus ojos sombríos, su tez marmórea y su rostro pétreo no se iluminaron lo más mínimo cuando el señor Parapapoulos, inclinándose hacia ella, le dirigió las más adulatoras palabras.

No podíamos escucharlas, pero las adivinamos por la galantería en los modos de Thessalien. Tampoco Théodora parecía querer escucharle y, cuando hablaba, ni siquiera le miraba. Aquella mujer echó a perder mi velada. Intenté no dirigir la mirada hacia ella pero, muy a mi pesar, mis ojos la encontraban; me hacía estremecer, y no envidié en absoluto al señor Parapapoulos.

Durante los entreactos, salía a los pasillos para escapar de aquella visión; en ellos me crucé varias veces con un caballero vestido con un frac de línea bastante vulgar y cuyo rostro no me resultaba desconocido. En un determinado momento, nuestros ojos se encontraron. Entonces lo reconocí: era el agente de la *Sûreté*, Tamar, que nos había conducido, a Rouletabille y a mí, al interior de Villa Fleurie el día de la tragedia. Concluí que también era

conocedor de la sucesión del príncipe Henry y que ahora velaba por el bienestar del señor Parapapoulos.

Era sábado, la partida de Rouletabille estaba fijada para el miércoles siguiente. Se suponía que yo iba a cenar con ellos el martes. Sin embargo, el martes por la mañana recibí un mensaje de mi amigo, rogándome que acudiera a su casa a las seis. Llegué allí antes de lo que pensaba. El péndulo del salón indicaba que eran las cinco y media. Mi impaciencia era bien comprensible. Tomé asiento y comencé a hojear una revista ilustrada; entonces, alguien llamó al timbre del apartamento, escuché un murmullo y el criado, abriendo la puerta del salón, hizo entrar a la señora Boulenger. Me alegró verla de nuevo. Había ido a su casa en dos ocasiones, sin haber tenido la suerte de encontrarla. Le expresé mis disculpas por ello y me respondió que lo sentía tanto como yo.

La encontré muy cambiada, pero particularmente bella en su palidez. Aún no se había recuperado por completo físicamente de aquella terrible sacudida, pero desplegaba una coquetería que no me disgustó en absoluto, pues atestiguaba que aquella mujer había recuperado la dicha... o creía haberla recuperado, cosa que, a menudo, viene a ser lo mismo. Me habló de su esposo con una ternura admirable, y solo hizo alusión a la tragedia de Sainte-Adresse para explicarme que estaría de nuevo dispuesta a padecer igual tormento si el desenlace fuera igual de dichoso. Por un natural egoísmo de felicidad, se interesó solo superficialmente por nosotros, y no habló de Ivana más que para lamentar que no continuara trabajando junto a su marido en una investigación de la que también ella se había beneficiado.

—Rouletabille está un poco celoso —me dijo con bondadosa y triste sonrisa—. ¡No lo culpo! Pero encuentro a Ivana bastante sumisa. ¡Me encantaría verla y felicitarla!

De modo que aquella mujer, que nos había convencido de ser la mejor de las mujeres y a la que habíamos adornado de todas las virtudes y delicadezas, no tenía siquiera una palabra de agradecimiento por todo cuanto habíamos hecho por ella, y solo parecía mostrar por Ivana una cierta amargura al permitir que su marido continuara su esfuerzo en soledad. Resultaba evidente que no podía comprender cómo alguien que había tenido el honor de trabajar al lado de un hombre como Roland Boulenger, decidiera abandonarlo. ¡Ah! ¡Cuánto le amaba!

Rouletabille no llegaba. Eran las cinco y media. Ella se levantó y se despidió de mí, no sin antes pedirme que la disculpara ante mi amigo; quería estar en casa cuando Roland regresara.

Yo mismo empecé a impacientarme; recorría con cierto nerviosismo el salón cuando por fin Rouletabille se presentó. Parecía profundamente emocionado.

La señora Boulenger, que se lo había encontrado en la escalera, volvió a subir con él.

—¡Por fin! ¿Qué sucede? ¿No estará enojado? —preguntó ella—. Podemos hablar delante de Sainclair. Es inútil seguir mintiendo. Hace un momento intenté disimular ante su amigo, pero me rindo; haga conmigo lo que quiera. Sobre todo, no culpe a Ivana; ¡pobre muchacha! Acaba de arrojarme en la escalera un «buenas tardes» que me acusa de antemano. ¡Pues bien! Acepto la condena. Sí, yo misma organicé sus encuentros profesionales en la clínica del doctor Schall, visto que ahora es preciso que se oculten para trabajar. Ayer le vieron rondar por la clínica y he venido para ver cómo se encuentra. Está furioso. ¡Lo sabe todo! Antes lo sospechaba pero ahora estoy segura. Es terrible, ¿verdad? ¡Es espantoso! Antes de partir para un viaje de varios meses, Ivana ha consentido en recopilar junto a mi marido los resultados de sus investigaciones para que su trabajo no se pierda. ¡Es imperdonable! Lo que ignora usted, mi querido muchacho, es que los científicos son así. Usted vive de la imaginación y de la información diaria. Desconoce cómo funciona el cerebro de un científico y el alma que lo habita; el espíritu de perseverancia en la persecución de una idea. Un científico solo se detiene cuando alcanza su objetivo, es decir, cuando lo materializa completamente, o cuando muere. Naturalmente, hablo del genio. Y siempre a la sombra, en su vertiginosa carrera, arrastrará a sus discípulos, que serán tan tenaces como él si son dignos de su maestro. Y, he aquí a Ivana, sentada en el despacho del doctor Schall al lado de Roland Boulenger. ¡Qué crimen! Dígame ahora mismo que la perdona o yo no le perdonaré por la mentira que nos ha impuesto. ¡Tirano! Y apresúrese, porque llego tarde —concluyó, indicándonos el reloj de péndulo.

El vehemente apostrofe de la señora Boulenger, cautivando toda mi atención, hizo que me olvidara de Rouletabille. Le miré cuando espetó su última palabra. Tenía el rostro impregnado de la más dura impassibilidad. No respondió a la señora Boulenger.

—Veo —dijo la infeliz mujer— que me he equivocado al subir de nuevo —y se dirigió a la puerta.

Rouletabille, que siempre y en cualquier circunstancia se comportaba con impecable educación, no la acompañó. En cambio, yo la seguí; en la galería sufrió un leve desvanecimiento y casi se me escurrió entre los brazos.

—¡Vuelvo enseguida! —grité a Rouletabille—. ¡Voy a acompañar a la señora Boulenger!

Me dirigió una mirada de agradecimiento pues, en efecto, se sentía muy débil. Una vez fuera de la casa, detuve a un taxi, la ayudé a subir y le pregunté:

—¿Dónde quiere que nos lleve?

—A la clínica del doctor Schall —contestó con una tenue sonrisa—. ¡Ay! Roland y yo hemos perdido un amigo. Siento una inmensa pena por Ivana.

—¡Su viaje les hará olvidar! Y le devolveré a Rouletabille —le dije.

Me lo agradeció estrechando dulcemente mi mano.

La dejé en la clínica del doctor Schall; parecía recuperada.

—Le diré a Roland lo amable que ha sido usted y advertiré a Ivana del panorama que le espera.

Procuré tranquilizarla:

—Las mujeres saben hacerse perdonar. Rouletabille no es tan malo como parece.

Diez minutos más tarde había regresado a casa de Rouletabille. El reloj daba las seis. Le encontré en el salón, en la misma posición. Sin pronunciar palabra, me indicó que pasara a su despacho, tomó asiento en su escritorio de cilindro, lo abrió y de un cajón secreto extrajo tres cartas que me rogó que leyera. Eran cartas de Roland dirigidas a Ivana, en las que hablaba de todo menos de la tuberculosis de las gallinas.

El más ferviente amor se formulaba con ingenua audacia. Sería inútil que las transcribiera aquí, pues no recuerdo el texto exacto. Sin embargo, me dejaron la impresión, más bien la certeza, de que Ivana lo rechazaba con la mayor de las cortesías; en cualquier caso, no había sobrepasado los límites del juego. Así se lo intenté hacer comprender a Rouletabille, y solo entonces me percaté de la conmoción en la que se encontraba. Hasta ese momento se había controlado, pero de pronto estalló:

—¡Es una miserable!

Entonces, avergonzado de haber traicionado con un grito toda su desesperación, se cubrió el rostro con las manos y permaneció en silencio durante algunos instantes. Detrás de aquellas manos intentaba reprimir sus lágrimas, sofocar el sollozo que congestionaba su garganta. Cuando mostró de nuevo su cara vi un rostro demacrado, hundido, avejentado pero con una mueca de fría ironía. Vi a un nuevo Rouletabille: ¡uno que ya no creía en nada!... Ya no reconocía a mi amigo. Su juventud, su ferviente fe, aquella luz en la nobleza de su rostro, la ingenua confianza en un genio al servicio de la

verdad, sus ojos límpidos y radiantes, todo había desaparecido bajo una máscara de cenizas...

—No tengo nada más que indagar —me dijo—, he desmenuzado la infamia. Ahora conozco a los humanos. Una mujer era la portadora de la antorcha que me iluminaba en un tenebroso mundo que creía conocer y en el que me adentraba con paso ligero. Ahora me asustan las tinieblas y la luz me aterroriza. En pocos minutos verás entrar a esa mujer. Me ofrecerá su frente pura y estrechará tu honesta mano. Imagina que no te hubiera dicho nada: representará la dulce llama de mi hogar, el amor conyugal elevado al máximo exponente de la nobleza y el encanto. Se mostrará hermosa y tranquila. Tendrá un beso para el esposo y una sonrisa para el amigo. Hablará de su trabajo y nosotros la escucharemos. ¡Pues bien! Ese ángel querido apenas habrá dejado los brazos de Roland. Te he pedido que vinieras para que puedas presenciar la escena que aquí va a suceder. Desde que conocí mi infortunio hubiese podido matarla; pero he recorrido un largo camino para llegar a descubrir «toda la verdad»; he previsto claramente mi desgracia como para que ahora se desencadene la tormenta. Y, además, terminar con su vida demostraría que en cierto modo aún me importa y sería un triunfo para ella. ¡No! ¡Ella vivirá! Seguiré tu ejemplo, tú eres más fuerte. La despreciaste. Le expresaré mi repugnancia sin mostrarme sorprendido y luego continuaré mi camino dándole la espalda.

Sacó la pipa de su bolsillo, pero no consiguió rellenarla. Finalmente la arrojó violentamente sobre el escritorio y se levantó lanzando un suspiro aterrador:

—¡Ah! ¡Sainclair!

Nos echamos uno en los brazos del otro. Pero nuestra efusión fue corta: una sirvienta nos anunció que varios caballeros deseaban hablar con el señor Rouletabille. La doncella los tenía pegados a sus talones.

—¡Caramba, Mifroid! —dijo mi amigo, reconociendo al simpático comisario famoso en todo París—. ¿Qué le trae a usted por mi casa, mi buen amigo?

A pesar de lo trágico de las circunstancias, no pude dejar de admirar el arte con el que Rouletabille había logrado, en un segundo, ocultar su emoción. El comisario cerró la puerta tras él, dando con ella en las narices al resto de caballeros que le acompañaban, y entró en el despacho.

—Mi pobre amigo —dijo sin percatarse de que Rouletabille le tendía la mano—, tengo una terrible noticia que anunciarle. A otro le suavizaría la verdad. ¡Sea fuerte! ¡Su esposa ha sido asesinada!

Rouletabille lanzó un grito y se aferró a mi brazo.

—¡Asesinada! —dijo con voz ronca—. ¿Dónde?

—En Passy, en un callejón sin salida de La Roche. Tengo un coche esperando, si quiere acompañarme.

Rouletabille estaba como aturdido. Me miró con unos ojos a los que había abandonado toda lucidez. Supondrán que no podía abandonarle. Un cuarto de hora después nos encontrábamos en el corazón de Passy, frente a una villa rodeada de altos muros. Durante el camino interrogué al comisario, pero parecía no saber nada al respecto. Ni siquiera pudo concretarme la hora del crimen. Además, yo mismo me hallaba bastante aturdido por la brusquedad y la crueldad de los acontecimientos; vagamente recuerdo haber cruzado un jardín plantado de árboles frondosos, subir por una escalera, atravesar una sala donde, sobre un velador, se encontraban los restos de un refrigerio. Finalmente, en un dormitorio en el que se apreciaba un gran desorden, una tropa entera de hombres vestidos de negro nos abrieron paso y ante nosotros aparecieron dos cuerpos tendidos en la alfombra: los cuerpos de Roland Boulenger e Ivana.

La vestimenta del hombre no daba muestras de que se hubiera producido una lucha. Roland había recibido dos balas: una en el corazón, que no había penetrado al tropezar con el reloj de bolsillo de su chaleco; la otra le había atravesado el pulmón izquierdo, habiéndose realizado el disparo por la espalda. Ivana presentaba igualmente dos heridas de bala; una le había alcanzado la cadera izquierda. El disparo debió hacerse en el transcurso de un breve forcejeo; así lo atestiguaban los desgarrones de la hombrera derecha de su vestido, la manga destrozada y los rasguños de su muñeca derecha.

Una segunda bala cerca de la sien parecía haber sido disparada para rematarla, para saldar definitivamente su cuenta... Y, sin embargo, Ivana aún respiraba. Digamos de inmediato que se encontró una quinta bala en el techo, un nuevo testimonio de lucha con aquel o aquella que había llevado la muerte a esa casa. Ya he mencionado que Ivana seguía con vida. Volvió a abrir los ojos para mirar a Rouletabille con una última y quieta mirada. Vi claramente como se entreabrían sus labios como para lanzarle un beso.

Entonces se oyó un espantoso gemido y el impacto de un cuerpo contra el suelo. Era Rouletabille, que, dejándose caer de rodillas y haciendo a un lado al doctor, dio un último beso en los labios a su moribunda esposa. Así, recogió su último aliento. Tuvimos muchas dificultades para separarlo del amado cuerpo de su esposa.

Lo arrastramos, más que acompañarle, a la sala adjunta, donde uno de los hombres de negro le formuló bruscamente esta pregunta:

—¿Conocía usted esta casa?

Rouletabille levantó la cabeza y lanzó una profunda mirada al magistrado.

—La he visto hoy por primera vez —respondió.

—¿Y a qué hora la abandonó esa primera vez?

El infeliz vaciló, nos miró y, casi sin aliento, pronunció:

—¡No le comprendo!

—Ya se lo explico yo —replicó el juez—. ¡Usted salió de esta casa a las cinco de la tarde y el crimen se cometió a las cinco menos cinco exactamente!

Rouletabille se enderezó en una inmensa protesta de todo su ser.

—¿Acaso cree usted que yo la asesiné?

Esa misma noche durmió en la prisión de la Santé.

IX HIPÓTESIS

Pueden imaginarse fácilmente el impacto que tuvo esta noticia en París: «¡Rouletabille acaba de ser arrestado!». Y cuando, horas después, se conoció el crimen del que se acusaba al famoso reportero, puedo afirmar que toda la ciudad ya solo se preocupó de aquel trágico escándalo. Habiendo ocurrido poco tiempo después de la tragedia de Sainte-Adresse, que ya había despertado todo tipo de curiosidades, la horrible masacre de Passy terminó por conmocionar a la opinión pública. Los nombres de Rouletabille y Roland Boulenger estaban en boca de todos. Aún conservo los periódicos que aparecieron a la mañana siguiente. El fatídico evento copaba casi todas las páginas. En términos generales, aunque lamentaban la desaparición de una personalidad científica de la categoría del ilustre profesor, concordaban en que el habitual desprecio de Roland por la moral le había hecho correr esa suerte, y reservaban toda su compasión para la única víctima interesante de los disparos ejecutados por el revólver de Rouletabille: la pobre Thérèse Boulenger que, sin lugar a dudas, moriría de pena por ello.

En cuanto al reportero, en modo alguno condenaban sus actos, teniendo en cuenta el marco moral de la época. Un marido que sorprende a su esposa con un amigo en circunstancias que no dan lugar a dudas sobre la naturaleza del encuentro, elimina a los dos culpables: el caso no era una novedad.

Obviamente, el caso no sería novedoso si los hechos se hubieran desarrollado así. ¡Pero yo estaba convencido de que no era aquello lo que había sucedido! Yo, que momentos antes de su detención me encontraba con Rouletabille; yo, que —¡por supuesto!— recordaba sus desencantadas palabras, pero también su calma en la desesperación; yo, que aún parecía oírle decir: «He previsto claramente mi desgracia como para que ahora se desencadene la tormenta. Y, además, terminar con su vida demostraría que

aún me importa y sería un triunfo para ella. ¡No! ¡Ella vivirá! Seguiré tu ejemplo, tú eres el más fuerte. La despreciaste. ¡Le expresaré mi repugnancia sin mostrarme sorprendido y luego continuaré mi camino dándole la espalda...!». Yo, que recordaba todo aquello, sabía perfectamente que Rouletabille era inocente de toda aquella sangre derramada.


Pensarán, sin embargo, que se había guardado muy mucho de compartir conmigo su *visita* a la villa de Passy, a donde indudablemente había ido para constatar su infortunio. Pero yo prefería pensar que no lo había hecho por falta de tiempo. ¿Acaso no había llegado el comisario de policía Mifroid en el momento justo en que nos fundíamos en un abrazo fraternal después de aquellas primeras y atroces confidencias? Ciertamente, a aquellas, les seguirían otras. ¿Por qué ocultarme nada? Quiero decir, lo conocía lo suficiente como para saber que si él hubiera cometido el crimen, habría sido el primero en denunciar su propia autoría. Y, por el contrario, lo negaba.

Inmediatamente después de la impactante detención de Rouletabille, me dirigí a casa de la señora Boulenger. Es preciso recordar que ambos nos encontrábamos en casa de Rouletabille a las cinco y media, detalle de extraordinaria importancia porque, pese a que el juez adjunto anunció que el crimen se había cometido exactamente a las cinco menos cinco, pronto se demostró que el mismo se había verificado a las cinco y media. Igualmente, debe recordarse que al salir de la casa de Rouletabille, acompañé a la señora Boulenger a la clínica del doctor Schall. Dada la precipitación de los acontecimientos, era muy probable que no estuviera al corriente de los hechos. No entraré en los detalles de los abominables momentos que ambos pasamos. Cuando, finalmente, supo la verdad, estuvo tres días entre la vida y la muerte. Schall no abandonó la cabecera de su cama y logró salvarla. Ella lo culpó por ello, por cierto. ¡Pero, una vez a salvo, decidió vivir para vengarlo! También ella creía en la inocencia de Rouletabille. Yo sabía hacia quién dirigía sus sospechas. Iban en la misma dirección que las mías.

Su afán por desentrañar la verdad le hizo recobrar sus fuerzas con extraordinaria rapidez. Pero es preciso aclarar que su resurgimiento o su resurrección fueron más bien ficticios, pues el fundamento de la fortaleza de Thérèse, lo que realmente hizo que abandonara su cama, fue la idea fija que yo compartía con ella y a la que ya es hora de dar un nombre: ¡Théodora Luigi!

X

NUEVAS PRECISIONES Y NUEVAS DUDAS

onviene recordar que el sábado que precedió a la tragedia de Passy —que tuvo lugar un martes—, coincidí en la Ópera cómica con Théodora Luigi, quien ya había encontrado sucesor para Henry II y que flirteaba ostensiblemente con el célebre heleno Parapapoulos. Hice mis averiguaciones y me enteré de que la temible cortesana había abandonado Francia con su flamante amante el mismo día de la tragedia, a bordo del Orient-Express, a la una de la tarde. Dicha información, que obtuve por mediación de mis amigos de la *Sûreté*, me rompió todos los esquemas. Fui a la estación del Este donde, efectivamente, pude confirmarlo.

Entenderán mi estado de ánimo. Aquella era una situación patética. La única explicación posible del crimen parecía inculpar a Rouletabille, y las palabras del juez adjunto resonaron en mis oídos: «Usted salió de esta casa a las cinco de la tarde y el crimen se cometió a las cinco menos cinco exactamente». Debo recordar que, en aquel momento, aún se daba por buena la hipótesis que tan terriblemente acusaba a Rouletabille. Me invadían angustias, dudas y conjeturas que desgarraban mi alma.

La hora del crimen había sido fijada por los jueces basándose en el testimonio del reloj de Roland Boulenger, alcanzado por la bala y que se había parado a las cinco menos cinco. En cuanto a Rouletabille, había sido visto saliendo de la villa —por una puerta que se abría a un terreno baldío detrás del callejón sin salida de La Roche— y reconocido por un agente — todos los agentes conocían a Rouletabille— que, en aquel momento, conversaba con una vendedora de periódicos. A ambos —el agente y la vendedora— les había impactado la palidez y la mirada perdida del célebre reportero, que había pasado junto a ellos sin verlos siquiera. Iba hablando solo.

¿Cómo se había descubierto el crimen? Por el hijo de un carpintero que jugaba a las canicas junto a la fachada posterior de la propia casa, en un callejón que ni siquiera tenía nombre. Por encima de él, en el primer piso, y detrás de las ventanas con los postigos cerrados, había oído varios disparos y gritos que le hicieron huir de inmediato a su casa.

Su padre no prestó mucha atención a la historia del niño cuando regresó a casa una hora después. Sin embargo, cuando un agente de la policía pasó por delante de su taller, el carpintero le dijo al muchacho que repitiera su historia al representante de la autoridad. Y quiso la casualidad que este agente fuera el mismo que había visto salir a Rouletabille. Corrió al lugar indicado por el muchacho y creyó escuchar gemidos. Probablemente se tratara de una Ivana agonizante. Algunos instantes más tarde, entraba junto al comisario de la policía local en la aciaga villa de Passy. Ya conocen el resto. Pero las declaraciones del niño fueron bastante vagas en lo que a la hora del crimen se refiere. Le resultaba imposible, más de una hora después, especificar el momento exacto en que oyó los disparos. Al comprobar que el reloj se había parado a la cinco menos cinco, todos relacionaron provisionalmente la salida de Rouletabille sobre las cinco. En verdad, entiendo a los magistrados. Yo mismo, ante la imposibilidad de implicar a Théodora Luigi, ¡necesitaba ver de nuevo a Rouletabille...!

Pero, por el momento, el reportero se negaba a ver a nadie, ni siquiera a su abogado. Le habían dejado tranquilo desde su careo ante las víctimas y se había procedido a la autopsia, de la cual no se pudo extraer ninguna conclusión salvo la casi inútil confirmación de que no se trataba de un suicidio consentido por ambas víctimas. Además, no habían encontrado arma alguna en la escena del crimen. Finalmente, la somera investigación demostró que *la masacre, necesariamente, había sido provocada por un tercero*.

Prevaleciendo esta como verdad irrefutable de los hechos, no perderé ni un segundo en mencionar la hipótesis que, efímeramente, se publicó en el periódico *L'Epoque*: «Roland Boulenger e Ivana podrían haberse matado el uno al otro».

Así pues, como dije anteriormente, perdido en la profundidad de las tinieblas, necesitaba ver a Rouletabille.

XI

LA CASITA DE PASSY

Sabía por el juez de instrucción, el señor Hébert, y alguna filtración de la prisión, que el infeliz estaba devastado. No comía, no hablaba, permanecía acostado sin moverse de su litera. Todo el mundo le *animaba a confesar* argumentando que, seguramente, sería absuelto. Él no respondía.

Lo único que recibí de él fueron unas pocas líneas: «Ocúpate de su tumba. Dos espacios; uno para ella y otro para mí».

Y, heme aquí, impaciente ante la idea de reencontrarme con él en la segunda visita a la escena del crimen. Una vez me informaron, acudí allí con los magistrados. Rouletabille aún no había llegado.

Mantuve una breve conversación con el juez de instrucción y, naturalmente, le hice partícipe de todo aquello que podía favorecer a mi amigo y cliente; en especial, la actitud que había mostrado ante mí en los momentos posteriores al crimen, cuando, aparentemente, aún lo ignoraba. Pero el señor Hébert parecía tener su criterio bien definido.

Respondía a mis palabras únicamente encogiendo los hombros y acariciando, con gesto de enfado, sus canosas patillas arregladas a la antigua usanza.

Alrededor de la casa, incluso en el callejón sin salida y, a pesar del control policial, se había congregado una numerosa multitud. Los periodistas resultaban, como era habitual, un incordio. Pero ninguno había sido admitido en la casa.

Abrumado por los acontecimientos, en el momento en que se descubrió el crimen no di detalle alguno, ni siquiera superficialmente, de la escena del delito. Además, mi atención se había concentrado únicamente en Rouletabille y los dos cuerpos. Hoy, inspecciono la escena.

Aquella villa perdida en el fondo de Passy era encantadora. Sin duda, Roland Boulenger no la había alquilado el día anterior con la intención de distraerse del magnífico trabajo que realizaba en otros lugares. Estos detalles nos los fue revelando la propia investigación. Pero, apuesto cien contra uno a que había convencido a Ivana, como ya lo hiciera con Théodora Luigi, de que había adquirido, amueblado y arreglado aquel pequeño rincón para su amor del momento, el único que le importaba, como hacía siempre.

Ciertamente, aquella villa había sido lo que antaño se denominaba «casita». Edificada en el siglo XVIII, recordaba al estilo jesuita con las consolas invertidas y las columnas que añadían una pizca de ridícula majestuosidad al rococó del conjunto. En resumen, era de un mal gusto adorable bajo el crisol del transcurso del tiempo. Pensé, no obstante, que debía haber sido espantosa cuando se construyó, aunque, en el fondo de su nido de verdor, aquella vieja casita debía resultar agradable para los actuales amantes. La carpintería interior, bastante bien conservada y restaurada con cierto arte, era digna de admiración.

Las estancias de la planta baja, muy húmedas, estaban clausuradas. Al primer y único piso se accedía por una escalera de mármol cuya balaustrada de hierro forjado era formidable. Toda la planta resultaba muy elegante. En los parteluces, pastores y pastorcillas se arrullaban con un descaro apenas disimulado. En el comedor, un maravilloso tapiz de Beauvais^[32], realizado por F. Boucher^[33], acaparaba un panel entero. Los muebles y sillones estilo Luis XV estaban cubiertos de Gobelinos^[34] que representaban las fábulas de La Fontaine^[35], interpretadas por Oudry^[36]. Esta sala daba directamente al dormitorio, en el que dos de sus ventanas se abrían al jardín y las otras dos, con vistas al callejón del que ya tuvimos ocasión de hablar, permanecían aún cerradas, al igual que sus postigos. Había allí un enorme diván que hacía las veces de cama, una alfombra persa de valor incalculable y, en la pared, detrás del sofá, un dosel de satén blanco bordado con aplicaciones de terciopelo cereza del siglo XVI, con un efecto de lo más curioso.

Detrás del dormitorio, una *toilette* y un baño. Una de sus puertas conducía a una escalera de servicio que bajaba al jardín y a los sótanos donde se encontraba la cocina que, por cierto, no se debía usar muy a menudo. Los servicios de vajilla y cristalería aparecían colocados de modo ordenado en unos armarios cubiertos de polvo.

Me fijé en los restos de un refrigerio esparcidos sobre un velador del comedor; podría hablarse de un refrigerio completo, pues se encontraba casi intacto. Pasteles y una botella de vino español que, sin lugar a dudas, había llevado el mismo Roland Boulenger.

El jardín se veía bastante frondoso en la parte delantera de la villa, aunque aparecía muy descuidado con árboles mustios y añosos. Ya he mencionado que la parte posterior de la villa lindaba con un callejón. La parte más adelantada de los jardines daba al callejón de La Roche. Allí había una entrada con una gran verja que nunca se abría y que estaba protegida con

postigos de hierro y, junto a ella, una pequeña puerta de roble carcomido con una mirilla.

En la esquina del callejón sin salida de La Roche con la avenida Rameau había una barbería. Por mucho que el barbero tuviera su negocio saturado de clientes, o no le gustara matar el tiempo apostado en la puerta de la barbería, es impensable que no advirtiera las idas y venidas de aquellos que entraban y salían por la puertecilla de roble. La tienda tenía un cartel que anunciaba: «Marius Poupardin, barbero», entre dos bacías^[37].

La propiedad contaba aún con otra salida más, cubierta en sus tres cuartas partes bajo una extraordinaria espesura de hiedra y plantas trepadoras. Esta era la puerta por la que habían visto salir a Rouletabille; una puerta que comunicaba al exterior con un descampado abarrotado de escombros, un auténtico vertedero. En el interior, se abría a un pequeño camino pavimentado con ladrillos musgosos que atravesaba las altas hierbas del huerto frutal restaurado a su estado original, y que conducía directamente a una puerta baja de la villa por la que se accedía a la escalera de servicio.

Con esta descripción creo haber facilitado toda la topografía necesaria, si no para resolver el misterio —que permanece aún en la oscuridad—, al menos para conocer el lugar exacto donde se produjo. Y ahora, asistimos a la llegada de Rouletabille; así lo atestigua un gran alboroto en el exterior. Llegó en un taxi, escoltado por dos agentes de la *Sûreté*. De entre la multitud que se agolpaba alrededor de la villa surgieron gritos de «¡Viva Rouletabille!». Fue un espectáculo deplorable.

La puertecilla se abrió y apareció el joven. ¡Dios! ¡Qué pálido estaba! Parecía el fantasma de sí mismo. Sin embargo, tenía en sus ojos una llama ardiente que revelaba el fuego interior que lo devoraba y abrasaba a cuantos lo observaban. ¡Vi a unos cuantos girar la cabeza ante aquel fulgor insoportable! Su mirada, en ese momento, parecía decir: «¿Por qué estáis aquí? ¿En qué os concierne este drama que solo atañe a este caballero, a mi mujer y a mí? ¿A qué se debe todo este aparato de justicia? De sobra lo conozco. No me siento abrumado por ello».

XII

LA EXTRAÑA ACTITUD DE ROULETABILLE

De hecho, sin preocuparse por las personas allí presentes, sus ojos comenzaron a mirar a su alrededor sin perder, ni por un instante, la llama que lo consumía. Me había visto. Iba a precipitarme hacia él cuando una de esas miradas que tan bien conocía detuvo mi avance en seco. El juez de instrucción Hébert nos hizo subir enseguida al primer piso.

No nos detuvimos en el comedor, y fue en el dormitorio, aún caliente del asesinato, donde se reanudó el interrogatorio. Los cuerpos ya no estaban allí, pero aún podían apreciarse, por todas partes, sus sanguinolentas huellas: en la alfombra y hasta en el dosel de satén blanco del siglo XVI, al que se había agarrado una mano ensangrentada, probablemente la de Ivana. Cuando Rouletabille se encontró en aquella horrible estancia donde, tras un postrer beso, Ivana había exhalado su último suspiro, sufrió un desfallecimiento. Tuve que recogerlo en mis brazos.

—¡Confiese! —gritó el juez de instrucción.

Mi pobre amigo dirigió hacia él su aturdida mirada. El señor Hébert consideró aquel momento propicio para exponer cautelosamente todos los argumentos que podían decidir al acusado a cambiar su actitud y a confesar lo que todo el mundo, excepto yo, daban por cierto, es decir, su crimen; un crimen catalogado tradicionalmente como pasional y ante el cual el jurado del Sena siempre se había mostrado indulgente. No llegó a prometer a Rouletabille una absolución, pero sí algo parecido. De alguna manera, dio a entender que en su alma y en su conciencia de buena persona, buen juez y buen marido burgués que confiaba en la virtud de su esposa, absolvía a Rouletabille.

No era un mal hombre, el señor Hébert; como suele decirse, no haría daño a una mosca, aunque hubiera enviado a no pocos asesinos a la guillotina, pero

le parecía natural que un marido engañado matara como un salvaje. Es increíble que, en ciertos asuntos, aún nos comportemos como en la edad de las cavernas.

Los allí presentes tardarán mucho tiempo en olvidar el modo en que Rouletabille acogió tan singulares palabras. Por lo pronto, hizo una declaración que llenó a todos de estupor y no ocultaré que incluso yo me sentí molesto, por más que pudiera estar preparado para aquel arrebató merced a ciertas frases que le había oído pronunciar cuando a duras penas conseguimos arrancarlo del cadáver de Ivana.

—Caballero —espetó al juez con una voz hostil en la que se intuía una ira mal controlada—, habla usted de un esposo engañado. Lo primero que haré constar es mi fe ciega en la impoluta honestidad de mi esposa. En cuanto al papel que pretenden atribuirme en este asunto debo confesar que, tras la muerte del máspreciado tesoro que tenía en este mundo, poco me importa ya nada; de modo que, si me digno a responder a sus preguntas, no es por mí, sino para defender la memoria de quien me es tan querida. Escuche bien, señor Hébert: Ivana Vilitchkov, que me concedió el honor de convertirse en la señora Rouletabille, ha sido siempre la más leal y honesta de las mujeres. ¡Jamás faltó a sus deberes!

Aquella agresiva e inesperada proclamación produjo un gran sobresalto en el señor Hébert.

De hecho, los allí presentes no hubieran reprimido la sonrisa si la vida de aquel hombre no dependiera de aquellos dos cadáveres.

—Caballero —contestó el señor Hébert en un tono no exento de filosófica piedad—, nada me gustaría más que creer en su palabra, aunque mi opinión a este respecto es mucho menos importante que la suya; y permítame que le recuerde que no siempre ha estado tan categóricamente seguro de la virtud de la señora Rouletabille. Y, Dios mío, no le culpo, pues convendrá conmigo en que las circunstancias y las apariencias jugaban absolutamente en su contra. Su cita en esta romántica casita —donde el profesor Roland Boulenger acostumbraba a distraerse de su importante trabajo—, esta cena interrumpida y esta sala —donde encontramos los dos cuerpos del señor Boulenger y de su esposa— son motivos suficientes para perturbar la mente del esposo menos receloso e incluso desencadenar —tenemos la prueba, por desgracia— su cólera...

—Es tristemente cierto —respondió Rouletabille con voz sorda— que por un momento pude creer que mi desafortunada Ivana había estado dispuesta a ceder a las pretensiones del profesor Boulenger quien, por su parte, estaba

profundamente enamorado de ella. No entraré ahora en detalles que le harían entender muchas cosas a usted, y que motivaría que todos en general juzgaran la conducta de mi esposa bajo una luz totalmente nueva, casi sublime, su señoría. Se trataba, tanto para ella como para la ciencia, de salvar al maestro de una influencia nefasta, terrible. Que semejante plan, tan difícil y peligroso, hubiera llevado a mi esposa a aceptar, sin mi conocimiento, una cita en esta casita de Passy, me conmocionó hasta tal punto que comencé a espiarla; un espionaje por el que públicamente pido perdón en memoria de aquella que merece todos los respetos.

Hubo un breve y glacial silencio por el sentido que tomaba la declaración de Rouletabille y que parecía acertado, y continuó:

—De modo que la espié e hice que la espieran; yo sabía que vendría a esta casa aquel martes. Desde el lunes tenía en mi poder una llave que me permitía abrir la puerta que da acceso al descampado, conocía la hora de la cita y llegué un cuarto de hora después de mi esposa. Roland Boulenger ya estaba aquí. Caballero, ¡le juro que no tenía armas! ¡No soy de esas personas que se arrojan el derecho de matar a una mujer porque sonrío a otro! Señor, semejante salvajismo no entra en mi cabeza, y no sabe cuánto lamento que siga persistiendo en una época que pretende ser civilizada. Vine para constatar una horrible mentira, ¡pero no se mata a una mujer porque mienta! Si quebranta sus votos, si incumple sus sagradas promesas... ¡aléjese de ella! No se convierta en su verdugo. Domine el instinto de propiedad de la carne, que no es más que el corolario de la antigua esclavitud, o acate las leyes justas. Caballero, si usted me demuestra que yo la maté, exigiré la guillotina y su destitución por inducir, con sus anteriores palabras, al asesinato.

¡Oh! ¿Cómo íbamos a esperar algo así? ¡Rouletabille se había vuelto loco!

Boquiabiertos, nos quedamos boquiabiertos... es preciso decirlo. En cuanto al señor Hébert, hubiera querido mostrar su enfado, pero temía parecer ridículo. Su rostro se contrajo y, con un tono lleno de amargura, acertó a rebatirle con argumentos que, más o menos, reflejaban el sentimiento general:

—Caballero, no encuentro palabras que puedan describir su profunda consternación, por no decir más. Inocente o culpable, su conmoción es comprensible. Únicamente lamento que esta le impida poner en práctica para sí mismo esa metodología tan clara, fiable y desprovista de discursos que tanta luz arroja sobre los asuntos de los demás.

—¡Señor, tenga piedad de mí! ¡Han asesinado a mi esposa!

Y Rouletabille rompió a llorar.

XIII

LO QUE VIO ROULETABILLE EN LA CASITA DE PASSY

Sus lágrimas nos conmovieron más que cualquier discurso que hubiera pronunciado anteriormente, bastante incoherente, por cierto; o, al menos, así lo juzgamos.

Entonces, el señor Hébert dijo con voz suave:

—Veamos, cuando usted entró por la puertecilla secreta, subió directamente por la escalera de servicio al primer piso; el mismo recorrido que, por otra parte, había hecho su mujer —hemos seguido sus huellas hasta el baño—. La señora Rouletabille no había querido entrar por la puerta del callejón sin salida de La Roche, por temor a ser vista.

—¿Descubrieron huellas más en la escalera de servicio? —interrumpió Rouletabille que, de pronto, había recuperado el interés por aquel riguroso interrogatorio.

—¡No! —respondió el señor Hébert—. Pero, en honor a la verdad, dada la facilidad del señor Rouletabille para encontrar el rastro de los demás, no debe resultarle muy difícil ocultar el suyo.

—Le demostraré —continuó mi amigo— que no he intentado encubrir nada en absoluto. ¡Mis huellas saltan a la vista! Pero, si pretenden buscarlas allí donde a ustedes les conviene, no las encontrarán. En cambio, las localizarán allí —dijo señalando la calle que discurría junto a la villa bajo las ventanas mismas de la estancia y otra de las ventanas del comedor.

»Su señoría —prosiguió el reportero—, si se hubiera ofuscado en menor medida con la idea de la escalera de servicio, podría haber observado que mis huellas, casi imperceptibles en el camino de ladrillos musgosos que va desde la puerta trasera a la propia escalera de servicio, aparecen de repente a la izquierda y a lo largo de la casa; es decir, una vez desaparecen del camino de

ladrillo, se muestran claramente impresas en la tierra blanda y recientemente desdibujadas por las lluvias. Probablemente, con sus idas y venidas durante la investigación, los agentes las habrán contaminado, pero mis huellas deberían permanecer allí. Por ahí entré y por ahí me fui.

—Ya lo veremos más tarde —concedió el señor Hébert que, por el momento, apenas otorgó importancia a aquellos detalles... al igual que yo, debo confesarlo—. En el fondo, es indiferente que haya accedido a la casa por la escalera de servicio o por cualquier otra vía; lo cierto es que usted vino en busca de las dos víctimas.

absoluto trágico, al menos no en el sentido al que usted pretende aferrarse. Y prueba de ello es que, repito, estaba desarmado.

—¡Eso es lo que dice usted!

—¡Lo juro! Parecía tan impensable mi desgracia, que quería comprobarla con mis propios ojos. Sin embargo, no tenía más llave que la de la puerta de la tapia pequeña, y ahí estaba yo, deambulando en torno a la casa. Sabía que mi esposa se encontraba allí con Roland Boulenger... ¡qué infierno! De repente, oí una voz; procedía de la ventana del comedor. Era la voz de Roland Boulenger diciendo: «Si no hubieras venido, no sé qué habría sido de mí. ¡A nadie en el mundo he amado más que a ti!». En ese momento, alguien cerró la ventana. Y entonces, caballero, huí... ¡precisamente para no matar! Fue providencial que viniera desarmado y que lograra contener mi bestia interior... En ocasiones, el animal que llevamos dentro galopa de un modo terrible. Pues bien, ¡yo tuve la fuerza de detenerlo! Esa es toda mi historia. Y ahora, señor, le diré que lamento haberme ido al escuchar aquella frase... aquellas palabras... aquel tuteo. A menudo, el maestro tuteaba a sus alumnos, y muchas veces escuché a Roland Boulenger dirigirse en esos familiares términos a mi esposa en mi presencia. Si me hubiera quedado, si hubiera intervenido, ¡Dios mío! ¡Aún viviría! Pero todo lo que hice fue dirigir a la bestia hacia esa puerta y huir con aquellas frases retumbando en mi cabeza.

—¡Sí! Ya tenía suficiente información —sostuvo el señor Hébert con una afectada tristeza que apenas enmascaraba su amarga ironía.

Rouletabille palideció de un modo pavoroso.

—Tiene usted mucho ingenio, señor Hébert —dijo lanzándole una terrible mirada—, pero es un pésimo juez de instrucción. Afortunadamente, estoy aquí para ahorrarle otra lamentable torpeza, como aquella que le evité durante el proceso Madieu. Pero, tranquilo, puede contar conmigo. En este caso se trata de salvar el honor de mi esposa, y lo conseguiré a pesar suyo.

Y cuando el juez intentó replicar, Rouletabille lo silenció con un gesto. A decir verdad, parecía que él estuviera al mando y que los demás se limitaran a acatar sus órdenes.

—No, su señoría, no me fui porque tuviera suficiente información; al contrario, me fui engañado por las apariencias como un magistrado cualquiera. En cualquier caso, cuando huí, las dos personas que se habían dado cita en la casita de Passy seguían vivas. Eran exactamente las cinco de la tarde.

—¡El reloj del profesor, destrozado por un proyectil, se paró a las cinco menos cinco!

—¡Obviamente! ¡Qué bochorno para usted aferrarse a tan errónea conclusión! ¡El reloj se detuvo a las cinco menos cinco! ¿Qué quiere que le haga? No puedo impedir que un reloj se pare a las cinco menos cinco. Tal vez, el señor Boulenger se olvidara de darle cuerda y después recibiera una bala que lo destrozó. Una lamentable coincidencia que nada prueba.

—Rouletabille, se olvida usted de una hipótesis muy factible en lo que al reloj del señor Roland Boulenger se refiere. ¿Por qué suponer que se había parado? Aunque el crimen se cometiera un cuarto de hora o media hora más tarde, ¿no podría ser que la bala alcanzara a las cinco y media, por ejemplo — y repito, es tan solo una hipótesis—, un reloj que estuviera retrasado media hora?

—¡Es posible! —gritó Rouletabille, extrañamente exaltado—. ¡Es posible, su señoría! ¡Pero yo me fui a las cinco en punto!

—Se marchó de aquí como loco, hablando solo y en voz alta, absolutamente desorientado. Rouletabille, puede que usted viniera aquí desarmado, y sí, puede que se marchara, pero tal vez solo lo hiciera para ir en busca de un arma y regresar más tarde.

XIV

UN GIRO DRAMÁTICO

Ante aquella espontánea réplica del juez, de la que jamás hubiera creído un resultado tan fulminante, Rouletabille enmudeció por un instante. Yo, que lo conocía bien, lo vi de pronto desamparado. Buscó mi mirada y sentí helarse mi corazón. ¡Dios mío! ¿Era posible? ¡Ah! En varias ocasiones, durante el transcurso de aquel doloroso proceso, me había resultado imposible reconocer a mi amigo Rouletabille. Parecía como si quisiera enajenarse y enajenar a los demás, pues obviamente él mismo se encontraba muy perturbado.

—Rouletabille —prosiguió con rudeza el juez de instrucción—, hemos intentado averiguar lo que hizo exactamente desde que salió de esta casa a las cinco y regresó a ella más de una hora después.

—Es un lapso de tiempo muy corto para alguien que hubiera abandonado la casa en el estado de ánimo en que yo me encontraba —respondió frunciendo el ceño y afianzando su voz—; obviamente, debí perder media hora vagando como un desgraciado por... no sé... por los alrededores; no podría afirmarlo.

—¡Yo tampoco podría! —remató el juez quien, indudablemente, parecía querer tomarse su revancha en el momento en que él menos lo esperaba—. Lo cierto es que, si por ventura regresó a la casa —hecho que, dado su estado, podría haber olvidado—, ¡es algo que aún desconocemos!

—Señor —dijo Rouletabille—, no tengo nada más que añadir por el momento, pero sí tengo una petición que hacerle. ¿Me permite llevar a cabo una investigación en esta casa como eventualmente hacía antes de que me arrestaran?

—Se lo ruego —transigió el señor Hébert, no sin antes añadir irónicamente—: ¡Trabaje por los dos e intente evitar que cometa un error,

porque esta vez podría resultar nefasto para usted!

Rouletabille pasó la siguiente media hora examinando la casa, desde el jardín a la buhardilla. Pudimos verle a cuatro patas registrando bajo los muebles, olfateándolo todo como un perro de caza, tal y como le había visto por vez primera en los lejanos días de *El misterio del cuarto amarillo*. Nos extrañó verle pasar rápidamente por delante de aquellas estancias que habían sido escenario del drama. Por el contrario, subió, bajó y volvió a bajar varias veces y a cuatro patas la escalera de servicio, hizo abrir todos los armarios de la cocina y del sótano y, finalmente, se tomó su tiempo inspeccionando la calle central que unía la fachada de la villa con el callejón de La Roche, que se hallaba sin pavimentar a diferencia del pequeño callejón de servicio que conducía al descampado. Cientos de huellas se habían impreso allí, en la tierra blanda, y nos preguntábamos cómo podía distinguir el periodista, de entre todas ellas, las primeras improntas.

El señor Hébert pareció compadecerse de él.

—Sepa, caballero —le dijo—, que en la primera inspección de la fiscalía a este callejón se descubrieron varias huellas de pisadas masculinas que iban directamente del callejón sin salida de La Roche a la villa, pero ni rastro de huellas en sentido contrario. Dichas huellas pertenecían a Roland Boulenger. Eran las únicas. Ni una sola huella de pisadas femeninas. De ahí que anteriormente le dijera que, seguramente, la señora Rouletabille había entrado por la puerta trasera, al igual que usted; hecho que, por otra parte, carece de importancia.

Rouletabille se alzó de pronto; se encontraba lleno de barro, sucio, despeinado, desastrado.

—Caballero —dijo—, imagino que habrán interrogado a ese tal Poupardin, el barbero de la esquina del callejón de La Roche... Pudo haber visto algo.

Uno de los agentes de la *Sûreté* que se encontraba allí, respondió:

—Yo mismo intenté interrogar a Poupardin, pero su barbería está cerrada. Se marchó el lunes, es decir, la víspera de la tragedia. Hacía tiempo que había anunciado un viaje a su país. Así pues, Marius Poupardin nada pudo ver.

—Y usted, caballero, ¿ha descubierto algo? —preguntó por última vez el señor Hébert a Rouletabille.

—No, señor —contestó este con voz apática y mirada perdida.

—Pues bien, es suficiente por hoy. Vayámonos de aquí —ordenó el juez de instrucción.

Fui a estrechar la mano de mi amigo, que respondió a mi apretón con aire distraído. Los agentes le hicieron subir al taxi. Aún se oía alboroto fuera, pero todos nosotros nos separamos sin pronunciar palabra, a pesar de sufrir el acoso de los periodistas. Regresé a mi casa abrumado. No abandoné mi postración hasta las ocho de la tarde, cuando escuché el clamor de los vendedores de periódicos: «¡Última hora del crimen de Rouletabille! ¡Encontrada el arma del asesino!».

Yo mismo bajé corriendo a comprarlo.


Entonces, leí la última y más sensacionalista de las noticias. Se acababa de localizar al armero del distrito de la *Étoile* al que Rouletabille, el martes del crimen, a las cinco y cuarto de la tarde, había acudido para comprar un revólver. Ya no había duda alguna: el señor Hébert, por pura casualidad, lo había adivinado. Rouletabille había entrado desarmado en la casita de Passy y solo la había abandonado para comprar un arma en la primera armería que había encontrado. Se confirmaba así que la hora en que se había parado el reloj no probaba nada, como afirmaba Rouletabille y como, por desgracia, demostraba la hora en que había comprado el arma, en el barrio cercano al crimen.

Se estableció la hora de la masacre a las cinco y media; hora que, más tarde, quedó demostrada.

¿Rouletabille era entonces culpable?

XV

ROULETABILLE EN PRISIÓN

ómo podía no estar convencido de ello? Cuando escribí: «¿Rouletabille era entonces culpable?», lo hice porque, en aquel momento, pensé que así era. Y así iré desgranando las fases de este relato intentando trasladar al lector el estado de ánimo en que me encontraba en cada momento que vaya describiendo, al igual que las hipótesis, certezas o «cuasi certezas» sobre el papel de Rouletabille en el crimen que acabó tomando su nombre. Así pues, en aquel entonces, pensaba que Rouletabille era culpable, aunque es cierto que mi cabeza no se encontraba en su mejor momento de lucidez. Al contrario, no encontraba explicación alguna para la conducta de mi amigo —en el caso de que este hubiera actuado como un vil justiciero—, ni para sus mentiras —especialmente aquellas dirigidas a mí— si, por desgracia, hubiera obedecido, sin oponer resistencia, al impulso de la bestia.

Finalmente, pensé que debía de estar sumido en una profunda tristeza y resolví ir a verle a la prisión a la mañana siguiente. Disponía de un «permiso de comunicación» firmado el día anterior por el señor Hébert. Después de una noche en la que apenas dormí, me dirigí a la prisión donde se hallaba recluido Rouletabille, pensando en esta amarga reflexión: ¡cómo pueden los dramas amorosos cambiar la vida de los hombres, incluso la de aquellos más fuertes!

—¿Por qué no confiesa noblemente su crimen si no tiene defensa posible? —suspiré—. Todo el mundo le perdonaría. A día de hoy es objeto de compasión.

Pero todavía estaba lejos de imaginar la sorpresa que se me reservaba y que, tanto para mí como para el resto, no haría más que corroborar el veredicto general de culpabilidad del famoso reportero en aquellas infaustas horas.

Me acababan de sellar en la intendencia el permiso de comunicación y, acompañado de un guardia, me dirigía a la celda de mi desgraciado amigo, cuando me encontré con el director de la prisión, el señor Mazeau, a quien conocía desde hacía tiempo. Realizaba una ronda general y se detuvo para hablarme de Rouletabille y contarme que el panorama pintaba mal para mi amigo. ¡Ay! Yo sabía tanto como él, o al menos así lo creía. El señor Mazeau era un hombre agradable, muy popular en París y que, antes de ingresar en la administración penitenciaria, se había hecho un hueco en el mundo de las letras.

Era una figura del antiguo Montmartre^[38]. Formaba parte de la noble falange que rodeaba a Salis^[39], en el *Chat-Noir* de la calle Laval, hoy conocida como calle Victor-Massé. El señor Mazeau gozaba de una hermosa barba dorada, un lenguaje florido, espiritual y pomposo a semejanza de su maestro. Salis ha formado discípulos que han logrado un gran éxito. Algunos han llegado a la Academia; otros, como Mazeau, ocupan puestos de plena confianza en la administración superior; otros se han labrado camino en el mundo de la publicidad literaria. Una figura tan parisina como la suya no podía ignorar, como bien se pueden imaginar, quién era Rouletabille. Sin llegar a cultivar una íntima amistad, se reunían con la suficiente frecuencia en torno a un montón de platos en las tabernas góticas, como para considerarse simples camaradas. Esto explicaba el tono verdaderamente apesadumbrado con el que el señor Mazeau me hablaba de la cruel situación en la que se hallaba el reportero de *L'Époque*.

Caminando mientras charlábamos, llegamos a la celda de Rouletabille. Y cuando el guardia abrió la puerta, no fue poca mi sorpresa al descubrir que se encontraba vacía. Debo añadir que el señor Mazeau se hallaba aún más asombrado que yo. Se podía pensar que era la hora del paseo por el patio, pues no había razón alguna para imaginar que al no hallarse Rouletabille en su celda, este se hubiera fugado. Pero el director, que sabía perfectamente que el recluso debía estar confinado en su celda y no entendía el motivo de su ausencia, palideció al instante. Llamó a los guardias, a los vigilantes penitenciarios y, en resumen, armó un alboroto infernal que en principio juzgué como una torpeza, pues, de haberse cometido alguna negligencia, su interés primordial debería haber sido intentar subsanarla sin que esta trascendiera públicamente. Después de todo, Rouletabille podía encontrarse aún dentro de los muros de la prisión.

Pero el señor Mazeau actuaba como si todo estuviera perdido y quisiera hacer gala de su ira y estupefacción. Recapacitando más tarde sobre su

actitud, extraje la conclusión de que probablemente intentara disipar cualquier sospecha de complacencia o complicidad que pudiera recaer sobre él. Pero, sobre ese punto, nunca supe la verdad. Cuando tuve ocasión de interrogar a Rouletabille al respecto, respondió con cierta ambigüedad y una pizca de amistosa ironía dirigida hacia el pobre señor Mazeau, a quien habían destituido tras el escándalo de aquella fuga espectacular. No obstante, como el señor Mazeau, algún tiempo después, fue nombrado director de uno de los principales penales del sur de Francia —el sueño de su vida—, no creo que lamentara la mala pasada que le había jugado Rouletabille.

Lo cierto es que se estableció que el preso había franqueado las puertas de la prisión ataviado con el amplio abrigo, el sombrero de fieltro flexible y la bufanda del alcaide, de los cuales apenas se desprendía en aquel final de estación. Aunque también habría podido contar con la connivencia de varias personas. Por su profesión, Rouletabille conocía no solo a todo el personal de la policía, sino a los veteranos guardias y carceleros de la prisión. Y entre estos últimos tenía fieles —casi fanáticos— admiradores.

Para concluir, es preciso explicar, *grosso modo*, los detalles de una evasión que Rouletabille jamás accedió a esclarecer de manera detallada. De lo contrario, la fuga rozaría lo fantasmagórico. Si nos atuviéramos a la versión de los guardias, ninguno de ellos habría faltado a su deber y Rouletabille habría atravesado paredes y puertas como una simple radiografía.

¡Nunca antes se había escapado preso alguno de aquella prisión! Así pues, es fácil imaginar el desconcierto que provocó en el interior y la repercusión que obtuvo en el exterior. El rumor de la fuga comenzó a extenderse alrededor del mediodía. Decidí dar un paseo por el bulevar; me paraban casi a cada paso del camino. Se palpaba, entonces, un entusiasmo general ante la proeza de Rouletabille. Relegada al olvido quedaba la tragedia en sí misma, así como la deplorable actitud del inculcado, en pro de aquella hazaña extraordinaria. Sin embargo, Rouletabille había huido de los jueces como un vulgar criminal. Execrable, ¿verdad?... Pues bien, en el bulevar lo calificaban de sensacional.

XVI UNA CARTA CERTIFICADA

Los periódicos publicaron ese día ediciones extraordinarias con gran profusión. Los periodicuchos de la tarde hicieron su agosto, inventando los sucesos más absurdos y grotescos, dando detalles tan extraordinarios como concretos sobre el modo en que Rouletabille se había desembarazado de sus guardias. *El Courrier* de las cinco afirmaba que se había visto a Rouletabille paseando tranquilamente por el bulevar. *Le Paris* aventuraba que nada de aquello podría haber ocurrido sin la connivencia del gobierno, que tenía interés en proteger, no tanto al periodista de *L'Époque*, como a *L'Époque* mismo, un periódico de gran tirada. En cuanto a *L'Époque*, se limitó a informar sobre los hechos absteniéndose de publicar cualquier tipo de comentario.

No transcurrió mucho tiempo antes de que la fuerza policial pusiera en marcha un dispositivo de búsqueda para dar con Rouletabille. Yo mismo recibí la visita de un agente de la *Sûreté* que me hizo algunas preguntas a las que no pude responder. Le dije a todo el mundo que lamentaba aquella fuga.

Mi domicilio estaba estrechamente vigilado. Hacia las siete de la tarde, al levantar la persiana de mi ventana, descubrí dos figuras apostadas en la acera de enfrente de inconfundible naturaleza. Dejé caer de nuevo la persiana y, encogiéndome de hombros, pensé en voz alta:

—¡La policía, tan estúpida como siempre! ¡Este es el último lugar al que vendría Rouletabille!

entrar. El cartero entró y me entregó una carta que ojeé en un acto reflejo. Me sorprendió no ver en el sobre ningún nombre familiar y, además, la dirección era bien singular: *Para mi buen amigo Sainclair...* y mis señas. Reconocí la escritura de Rouletabille. Miré al cartero, que permanecía inmóvil con la cartera apoyada en su barriga tan abarrotada de pliegos y paquetes que apenas podía sujetarla.

—Pero esta carta no está certificada —dije sorprendido.

No me contestó. Cada vez más intrigado, abrí el sobre. Dentro, encontré una hoja de papel en blanco que giré una y otra vez.

—¡Eh! ¿Qué broma es esta? —exclamé.

—¡Silencio, Sainclair! ¡No grites! —me dijo el cartero.

Me levanté estupefacto. ¡Había reconocido la voz de Rouletabille! Más trabajo me costó reconocer al propio Rouletabille bajo aquel uniforme, bajo aquella canosa barba que ocultaba gran parte de su rostro, bajo aquella mugrienta gorra cuya visera calaba casi hasta los ojos. ¡Oh! ¡No! Y, sin embargo, ¡era él!

Posó un instante la cartera, tomó mi mano, la apretó con fuerza y me dijo:

—Tú no crees que soy culpable, ¿verdad?

Cobardemente respondí:

—¡No lo sé! ¡Te lo juro! ¿Por qué te escapaste? ¿Y por qué compraste el arma?

—¡Para eso he venido, mi querido maestro! ¡Para explicártelo! ¡No te he mentado! Salí de la casita de Passy siendo el más desgraciado de los hombres, abrumado por la fatalidad y convencido de que Ivana había acudido allí obligada por la fuerza de unas circunstancias que tenían una única culpable. Para alcanzar su quimera, había sacrificado mi felicidad y la virtud de Ivana; me invadió una iracunda aversión. Compré aquel revólver, en el fulgor de mi dolor, para matar a Thérèse Boulenger. ¡Me volví loco! Pero mi locura era lógica, pues ella era la causante de todo. Me dirigí a su casa, pero me detuve a mitad de camino. El arrebato había pasado. Invadió mi cuerpo una inmensa repugnancia hacia todo y, cuando al regresar a casa encontré allí a la desventurada Thérèse —que nada sabía aún de lo ocurrido y que, sin embargo, mostraba un pálido semblante consecuencia de soportar mi mismo dolor—, y comenzó a hablarme de las citas en la clínica del doctor Schall, solo pude compadecerla como me compadecía a mí mismo. La traté con rudeza, pero se había acabado. Había recobrado la calma y te dejé marchar con ella. Solo me quedaban fuerzas para esperar a que volvieras y confesarte

mi miseria y desamparo. Y esta es la historia, mi viejo amigo, del por qué compré un arma cuando encontré un armero en mi camino.

Sin duda fue un espectáculo extraño el que siguió a aquella confesión. Si en aquel momento hubiera entrado el criado, ¡me habría encontrado besando al cartero! Rouletabille se ajustó la barba, la gorra y la cartera, y se despidió:

—Debo irme. Tu criado encontrará insólita esta entrevista con el cartero; un nuevo cartero al que nunca antes había visto. Al parecer, el auténtico está enfermo, pero como podría llegar en cualquier momento, mejor me voy.

Y se fue, recomendándome que al día siguiente saliera del Palacio de Justicia por la escalinata que daba al muelle de los Orfebres, sorteando así cualquier seguimiento policial, y que me reuniera con él en una taberna de la calle de Charonne, de la cual me facilitó la dirección.

Al día siguiente, me presenté allí al caer la noche. Se trataba de un pequeño antro de nombre *À la Peau de Lapin*^[40]. No había ni un solo cliente. Una anciana que tejía compulsivamente detrás de la barra no me hizo la menor pregunta. Y a la sombra de un pequeño cuarto adyacente, distinguí a mi cartero apoyado en una mesa. Nadie nos molestó y pudimos conversar.

—Entiende —me dijo enseguida Rouletabille— que no podía seguir en prisión. Con esa historia del revólver se estaba volviendo todo en mi contra y, por consiguiente, *contra ella*. En lo que a mí concierne, me tiene sin cuidado, pero no quiero que nadie piense que la maté porque la creía culpable. *¡Yo no la maté y ella era inocente!* Y eso es lo que debo hacer comprender al mundo entero. No dejaré que este asesinato quede impune. ¡El ser, hombre o mujer, que haya matado a mi pequeña Ivana como a un perro, correrá la misma suerte que ella, te lo juro!

—¿Dónde te escondes? —le pregunté—. Tendrás falta de todo.

—No me falta de nada.

—Te he traído algo de dinero; pensé que lo necesitarías.

—No me hace falta, pero lo tomaré; nunca se sabe lo que puede ocurrir.

Le di los cinco mil francos que había llevado por si acaso.

Seguidamente me contó en pocas palabras que se escondía en casa de un cartero del barrio, al que le había hecho el gran favor de colocar a su hijo en el departamento de electricidad de *L'Époque*. Con aquel uniforme y su barba postiza podía pasearse por ahí, incluso a plena luz del día, sin correr riesgo alguno. Además, desde aquella misma mañana, se había procurado varios disfraces más.

—No he perdido el tiempo —me dijo—. ¿Adivinas dónde he pasado parte de la última noche?

Había escapado de la prisión a las diez de la noche del día anterior.

—¡No tengo ni idea!

—Pues en la casita de Passy; aunque no descubrí nada que no hubiera descubierto ya ante el juez de instrucción.

—¡Pero dijiste que no habías visto nada!

—¡Tenía mis razones! ¿No crees que la policía mantiene una extraña actitud en este caso?

—¡No! ¿En qué sentido?

—¿Cómo? ¿Recuerdas mi pregunta al señor Hébert sobre Marius Poupardin, el barbero de la avenida Rameau?

—¡Perfectamente! Te contestó que...

—¡Disculpa! No fue él quien contestó sino un agente de la *Sûreté*, un tal Page, un tipo que me sorprendió encontrar allí, por cierto, pues sé que estuvo involucrado en varios trabajos sospechosos y que a menudo le encargan ciertas investigaciones secretas y políticas. Page respondió con firmeza que la barbería permanecía cerrada desde la víspera del crimen. ¡Pues bien! ¡Es falso! ¡El negocio se cerró el día posterior al crimen!

—Entonces me parece absurda la afirmación de Page, porque al final la verdad será fácilmente restablecida.

—¡Obviamente! Pero la policía secreta habrá ganado tiempo... parece que lo necesitan.

—¿Acaso hay intereses políticos en este caso?

—En algún aspecto —respondió Rouletabille—. Y ahora te diré lo que descubrí en la villa. Al examinar meticulosamente la pequeña escalera de servicio, no solo encontré huellas descendentes, muy desdibujadas y apenas perceptibles, sino también huellas ascendentes mucho más marcadas, lo cual probaría que las habrían estampado unos pies todavía húmedos por la tierra o, mejor dicho, el musgo del jardín.

—Entonces, ¿Ivana volvió a bajar?

—Ivana entró por la puerta del callejón de La Roche y ahora mismo te lo demostraré. Más tarde, después de su entrevista, bajó por la escalera de servicio —de ahí las tenues huellas descendentes— y se fue por el camino que da a la puerta secreta cuando, cambiando de opinión, subió por la escalera de servicio —de ahí las huellas más marcadas, frescas del jardín—. ¿Por qué volvió por aquel acceso de servicio? Primera cuestión que más tarde resolveré cuando deje de ser una simple hipótesis en mi cabeza. ¿Y por qué volvió a subir Ivana? ¡Segunda cuestión que resolveré *ipso facto*! Pues, querido amigo,

el drama ya había comenzado allí arriba. ¡Y qué alboroto provocó aquel drama!

—De modo que había una tercera persona.

—¡Sí! Como tú bien dices, ¡había una tercera persona!

—¿Hay pruebas?

—¿Recuerdas el tiempo que me llevó encontrar huellas en la calle central, la que une la puerta del callejón sin salida de La Roche con la fachada de la villa?

—¡Sí! No se encontraron huellas de mujeres allí. ¿La tercera persona era, entonces, un hombre?

—¡No! ¡Era una mujer!

—¡No entiendo nada!

—¿Alguna vez te has fijado cómo caminan las mujeres por la calle, cuando llueve o hace mal tiempo?

—Por supuesto. Y siempre me maravilla su habilidad para mantener sus botines immaculados, cuando nosotros, los hombres...

—Bien. ¿Recuerdas que había llovido y que el sendero central estaba empapado? Cualquier dama elegante se lo pensaría antes de poner un pie en él, pero el sendero está bordeado por dos bandas de ladrillos musgosos en los que yo encontré huellas que resultaron invisibles para los demás, pues los demás no las estaban buscando.

Aquí reconocí el famoso sistema de Rouletabille, que consistía en partir de una idea únicamente necesaria, una idea que se imponía, fatal en cierto modo, para, a partir de ella, buscar los indicios que corroboraran dicha idea, lo que diferenciaba su sistema del método inductivo de todos los Sherlock Holmes que son víctimas de pistas o huellas que se encuentran por casualidad, y que les conducen a donde ellas quieren, es decir, a un error a menudo planificado de antemano por las partes interesadas.

—Ahora bien —continuó Rouletabille—, esas pisadas eran de una mujer. Encontré la huella de Ivana y otra de un pie más largo, más sólido, embutido en un botín de punta afilada de tipo americano.

—¡Dios mío! —suspiré al recordar la hechura de los zapatos (que parecía tan excéntrica en aquel momento, pues todos los fabricantes de zapatos confeccionaban sus botas con la punta redondeada) que cierta dama había calzado el verano anterior en Deauville; aquello explicaba muchas cosas, por desgracia.

Rouletabille me interrumpió prosiguiendo con su idea o, más bien, su exposición:

—Aquellos pasos del jardín fueron y volvieron por el mismo camino, y convendrías conmigo en que no lo hicieron sin motivo. Sin embargo, no encontré ningún rastro de ellos en la villa; aunque fuera de un modo superficial, deberían haber dejado allí su impronta debido a la humedad del exterior; prueba de ello es que en la escalera del vestíbulo encontré tres huellas del botín de Ivana; un rastro que pasó inadvertido para la instrucción, básicamente, porque no lo buscaban. Es lo mismo de siempre: como descubrieron huellas de Ivana en la escalera de servicio, esos caballeros fabricaron su hipótesis de investigación centrándose exclusivamente en ellas. ¿Para qué buscar en la escalera del vestíbulo un rastro que diera al traste con su teoría? Llevo años intentando enseñar a esa gente a guiarse por la recta senda de la razón. ¡Me rindo! Pero volvamos a las huellas puntiagudas cuyo rastro no pude encontrar en el interior de la casa. Una explicación viable de su ausencia sería que el autor de esos pasos quisiera hacer el menor ruido posible, por lo que se habría despojado de sus zapatos y, solo una vez terminado su trabajo, habría vuelto a calzarlos.

—¡Horrible! —exclamé sobrecogido.

—Solo es una hipótesis. No caigamos en el mismo error que los caballeros de la policía y la fiscalía —continuó Rouletabille—. Pero es una teoría que debe ser tenida en cuenta, aunque no me impide considerar otras vías.

—Sé por dónde vas —dije—; por desgracia, no hay indicio alguno que demuestre que estos pasos cruzaron el jardín en el momento preciso que nos ocupa.

—Eso es lo que debemos averiguar —murmuró Rouletabille.

Tomé de nuevo la palabra, acercándome a su oído:

—Yo mismo realicé una investigación en ese sentido, y pude constatar que Théodora Luigi abandonó París a la una de la tarde del día de la tragedia. ¡Antes de que se cometiera el crimen!

—Sí, sí. Abandonó París el día de la tragedia, a la una de la tarde —Rouletabille rio sarcásticamente—. Del mismo modo que Poupardin cerró la barbería la víspera del crimen. ¿Quién te ha informado tan bien, Sainclair?

—¡Pues bien! Me enteré en el Palacio de Justicia por mediación de Giraud, el secretario judicial del noveno distrito, y que es íntimo amigo del subdirector de la *Sûreté*.

—¡Qué espléndido favor! —exclamó Rouletabille—. ¿Sabían que eras tú el destinatario de la información?

—Probablemente.

—¡Mi pobre Sainclair! —respondió Rouletabille.

—¡Disculpa! —espeté un poco ofendido (ya mencioné que soy muy susceptible, sobre todo en lo que concierne a Rouletabille, a quien conozco desde muy joven)—. Yo mismo me dirigí a la estación, donde me confirmaron la información.

—¿Qué te dijeron en la estación?

—¡Que Parapapoulos había partido en el Orient-Express de la una de la tarde de aquel mismo día, es decir, el martes!

—¿Y qué?

—¡Pues eso! Como Théodora Luigi iba con Parapapoulos...

—¡No! ¡No se marchó con Parapapoulos! ¡Se reunió con él al día siguiente, el miércoles!

—¿Estás seguro de eso?

—Tan seguro como de que Marius Poupardin no había cerrado aún la barbería el día de la tragedia. ¡Ah! ¡La *Sûreté* nos miente! Hay un extraño misterio en torno a Théodora Luigi. Y no es la primera vez que me lo planteo. ¿Comprendes ahora por qué no informé al juez de instrucción de lo que habían visto mis ojos? Debo tenerlo todo bien atado antes de mostrar mis cartas, pues ahora estoy seguro de que hay muchas personas interesadas en echar por tierra mi investigación.

—Es terrible —suspiré—. ¿Cómo es posible que esa gente pretenda inculparte sabiendo que eres inocente?

—¡En primer lugar, no estoy seguro de que sepan que soy inocente...! Y, en segundo lugar, la policía secreta es capaz de cualquier cosa.

En ese momento interrumpimos la conversación; escuchamos un ruido de pasos en la habitación contigua.

—Buenas noches, tía —exclamó una voz ronca.

Y, de repente, la puerta de la estancia donde nos encontrábamos se abrió bruscamente y dos personajes que apenas pudimos distinguir en medio de aquella oscuridad se abalanzaron hacia nosotros sin ceremonias de ningún tipo. Aferré con preocupación la mano de Rouletabille, que permanecía impasible. Estaba tan oscuro como en el interior de un horno.

—¡Por el amor de Dios! ¡Que alguien encienda la luz! —gritó la voz ronca. Acto seguido, escuchamos el chasquido de un fósforo.

De inmediato, percibí dos siniestras figuras. El hombre que encendía un quinqué suspendido del techo parecía enorme, de anchas espaldas y puños formidables. Vestía un mugriento gabán con el cuello alzado y un sombrero de fieltro deformado cuyas alas bajas cubrían gran parte de su rostro. El otro,

de complexión delgada, iba enfundado en un anticuado traje que, tal vez en su día, fuera un modelo de elegancia; llevaba una gorra calada hasta las orejas y una colilla pendía de su labio inferior. Era la viva estampa de un *gigoló* en su estadio más zafio. Se me encogió el corazón.

Sin contemplaciones, el gigante tomó asiento en la mesa, frente a nosotros. Me tendió la mano y, dejando de disfrazar su voz, dijo:

—Y bien, señor Sainclair, ¿no me reconoce usted?

—¡La Candeur!^[41] —exclamé.

—¡Chist! ¡No hay nada que se le escape! —dijo el buen muchacho.

Y, sin preocuparse más por mí, comenzó a charlar con Rouletabille.

Conocía la devoción que le profesaba; lo había seguido en las peores aventuras, agradecido como un perro fiel del cobijo y alimento que Rouletabille le había procurado al ofrecerle un puesto en el periódico *L'Époque* en un momento en que, recién llegado a París, decidido a hacerse un hueco en el mundo de la literatura —La Candeur había sido profesor—, casi se moría de hambre.

Le oí susurrar a Rouletabille:

—¡Tengo novedades! La barbería de Marius Poupardin ha abierto de nuevo, pero ha traspasado su negocio y ahora su asistente está al frente.

—En realidad —dijo Rouletabille visiblemente satisfecho con la noticia—, Poupardin quiere poner tierra por medio.

—Sí, se trasladará a Marsella, la ciudad que le vio nacer, cosa que, por otra parte, no es de extrañar. ¡Eso es todo lo que pude averiguar!

—Ya es mucho, mi buen La Candeur. ¿De modo que Poupardin ha hecho fortuna de pronto?

—¡Probablemente!

—¿Y la huella?

—¡Vladimir te dará noticias de ella!

El apuesto caballero que acompañaba a La Candeur no era otro que el ilustre Vladimir^[42], de quien tanto había oído hablar y que había compartido con los dos reporteros pintorescas aventuras durante la guerra de los Balcanes. Un joven atractivo, de dudosa moralidad pero valiente y, al igual que La Candeur, capaz de hacer el mayor de los sacrificios por Rouletabille. También sabía que, como viudo de una anciana millonaria que había traicionado sus esperanzas llegado el momento de la apertura del testamento, cortejaba —con la mejor de las intenciones— a una joven y adinerada artista del *Théâtre des Capucines*^[43], deslumbrada ante el *glamour* de un prometido que afirmaba descender de una de las familias más nobles y ricas de Kiev y a

la que la paz mundial y la ruina del bolchevismo devolverían muy pronto su antigua prosperidad. Mientras tanto, la señorita *Michelette des Capucines* le pagaba sus cigarrillos.

Vladimir, que se había ausentado, subía en aquel momento de la bodega cargado de botellas, para gran satisfacción de La Candeur.

—¿Te ha visto la vieja? —preguntó el gigante asustado.

—Las mujeres no son capaces de negarme nada —dejó caer el joven eslavo con encantadora indolencia.

—No estarás cortejando a mi tía...

—Amigos míos —interrumpió Rouletabille—, ya degustaréis el borgoña de la señora cuando me vaya. Hasta entonces, te escucho, Vladimir.

El atractivo malhechor no esperó a que se lo repitiera. Sin ocuparse del precioso líquido que quedó bajo la custodia de La Candeur, sacó del bolsillo interior de su chaqueta una elegante cartera, reciente obsequio de su complaciente prometida, y puso un trozo de papel sobre la mesa. Aquella era la medida —según me explicaron— de la huella que el propio Rouletabille había descubierto la noche anterior en la casita de Passy.

—¡Bien! ¿Has traído también la medida del pie de Théodora? —preguntó ansioso Rouletabille.

—Bueno... no, señor —contestó Vladimir, quien, a pesar de sus muchas aventuras comunes, nunca había intentado traspasar los límites de una muy respetuosa camaradería con Rouletabille (tenía honestas razones para ello)—, pero no se enoje... ¡Creo que lo he hecho aún mejor! Esto es lo que le traigo.

De otro bolsillo sacó un elegante zapato de calle que depositó sobre el recorte de papel.

—¡Observe cómo encaja! —exclamó con orgullosa satisfacción.

—¿Y este zapato pertenece a Théodora Luigi? —preguntó Rouletabille sin aliento.

—¡Señor, ahora ya no! La bondadosa dama se lo regaló a su doncella hace algunas semanas. Es más, la generosidad de Théodora la llevó incluso a deshacerse del par a juego. Su agradecimiento no fue el esperado, pues le diré que recientemente abandonó su difícil y poco satisfactorio servicio para convertirse en la doncella de la señorita *Michelette*, que tantas deferencias tiene conmigo. A propósito, señor, creo poder anunciarle que mi matrimonio con la joven artista, al que le auguro un magnífico futuro, es cosa hecha.

—¡Te deseo mucha felicidad! —exclamó Rouletabille, guardando el zapato y el trozo de papel en su bolsillo—. ¡Has hecho un buen trabajo, muchacho!

Y, volviéndose hacia mí:

—Sainclair, ahora déjanos solos. Vuelve aquí pasado mañana a las once de la noche. ¿Es mucho pedir?

—Solo temo una cosa —dije—: que me sigan y ello os cree problemas.

—Hazte ver en el ensayo general del *Renaissance*, invita a amigos, te conseguiré un palco. Durante el entreacto acércate a saludar a Cora Laparcerie de mi parte, sal por el pasaje de la calle de Bondy. Un taxi, cuyo conductor no será otro que La Candeur, te estará esperando. Obviamente, no es preciso que le aclares al decano de abogados cómo y dónde desempeñas tu asesoramiento jurídico.

—¡Oh! —exclamé—. Desde la muerte del pobre señor Cresson, la vida en el Palacio de Justicia es mucho más fácil.

Y en ese punto, le estreché la mano con gran emoción, y nos separamos.

Mientras cerraba la puerta, escuché decir a La Candeur y Vladimir:

—Estamos en guerra a muerte con la Torre Puntiguda^[44].

XVII NUEVAS HIPÓTESIS

Regresé a mi casa sin incidentes, pero aquellas últimas palabras me atormentaron toda la noche. La fatalidad, que tan terriblemente se había ensañado con Rouletabille en este misterioso asunto, redoblaba especialmente sus golpes. Para mi desgraciado amigo, ya no se trataba de luchar contra un error, sino de medirse consigo mismo en las sombras donde le habían acorralado, y bajo la omnipotencia de una policía secreta interesada en mantener aquel error a toda costa, con todos los medios visibles e invisibles a disposición de las razones de Estado.

Théodora era una mujer terrible, pero debía ser también —pues es preciso llamar a las cosas por su nombre— una extraordinaria espía que prestaba tan importantes servicios a su país que resultaba inconcebible que pudieran ser interrumpidos por circunstancias ajenas a ellos, por muy importantes que estas fueran.

¡Ciertamente, la policía debía vivir horas complicadas con aquella temible cortesana de ardientes pasiones! Pero, ¿acaso no era para la policía un modo extraño de pagar por sus servicios la forma en que encubrían sus deslices y la mantenían al margen de cualquier escándalo, incluso, y por encima de todo, cuando tenía las manos cubiertas de sangre? En este sentido, a mí, que había visto o adivinado demasiado; a mí, que vivía desde hacía treinta años a la sombra de la Torre Puntaguda, nada podía sorprenderme.

Así pues, el papel que representaba Théodora Luigi en todo aquello se me reveló después de mi última conversación con Rouletabille; era de tal magnitud que llegué a asustarme; a pesar de todas las experiencias pasadas en las que habíamos visto a Rouletabille salir victorioso ante las más duras adversidades, sospechaba que pronto acabaría aplastado en este proceso en el que contaba con insignificante peso.

Con qué ansiedad, transcurridos dos días, me lancé al coche que me esperaba en la oscuridad de la calle de Bondy. Pedí noticias de mi desventurado amigo. La Candeur me respondió que su salud seguía siendo excelente, «pero que había regresado de un viaje con novedades que lo echaban todo por tierra...».

Dicho esto, el buen muchacho cerró la puerta y continué devanándome los sesos hasta que nos detuvimos ante la taberna de la calle de Charonne. No tuve tiempo de bajar. Se escuchó un silbido en la noche, Rouletabille saltó precipitadamente al auto y se sentó a mi lado.

—¡Larguémonos de aquí! Hay mucha *poli...* esta noche. Tendremos que elegir otro cuartel general.

E, inclinándose sobre la mampara del taxi, le dijo a La Candeur:

—En zigzag; ¡a la esquina del muelle con la plaza Saint-Michel!

—¿Nos siguen? —pregunté.

—Sí —dijo, encogiéndose de hombros—. ¡Vladimir!

Respiré aliviado. Y comenzó:

—Acabo de regresar de El Havre...

—¿El Havre? ¿Para qué fuiste allí?

—Llegó a mi conocimiento que Théodora Luigi había hecho un breve viaje allí antes de cometerse el crimen...

—Yo vi a Théodora Luigi en la Ópera cómica el sábado anterior a la tragedia.

—... cumpliendo la misión de mantenerse cerca de Parapapoulos. Pero a la mañana siguiente, dejándolo todo —para gran estupor, por cierto, de determinadas personas—, partió hacia El Havre y fue a recluirse en Sainte-Adresse, donde advirtió a la madre Merlin —la guardesa de Villa Fleurie— que, pasara lo que pasara, no estaba para nadie. Théodora había alquilado la casa del acantilado y en ella se encerró con sus recuerdos. Al parecer, tenía un aspecto cadavérico, pues desde el domingo solo se había alimentado de frutas y opio, pero recibió una carta que, de pronto, la devolvió a la vida. Una hora después de la recepción de aquella carta, el lunes por la noche, emprendió el regreso a París, radiante, irreconocible. La guardesa no daba crédito. Sin embargo, el miércoles —el día posterior a la tragedia de Passy—, Tamar, el agente de la policía secreta que encontramos por doquier, llegó a El Havre y puso todo patas arriba en Villa Fleurie. Intentaba localizar la carta que Théodora había recibido y que le había hecho abandonar con premura Sainte-Adresse. La dama, en su precipitación, la había olvidado. Sin duda, la carta tenía cierta importancia. Ahora bien, esta carta que Tamar no pudo encontrar

—pues erró al buscarla como si estuviera guardada y no como si se hubiera perdido—, la encontré yo, y no en el interior de la villa sino delante de esta, en la cuneta de la carretera. Debió deslizarse del guante o del manguito cuando Théodora subió al auto. Aquí está.

Y sacó de su cartera un papel arrugado pero cuidadosamente doblado.

—No puedo leer con esta oscuridad —dije—, pero tú la conocerás de memoria.

—Me gustaría que la leyeras —insistió.

Y, de pronto, sobre el papel, se proyectó el rayo de luz de una pequeña y muda linterna.

—¡Es la letra de Roland Boulenger! —exclamé inmediatamente.

En efecto, eran caracteres inconfundibles, muy juntos entre sí, con pequeños y singulares corchetes a modo de rúbrica en todas las letras mayúsculas.

—¡Lee!

Y leí.

Amada mía, ven pronto. Ya no puedo vivir sin ti. Solo vivo por ti. El amor, la muerte, lo que sea, ¡pero en tus brazos, contigo! ¡El resto no cuenta! Martes... Passy... A nuestra hora... sé puntual, contaré los minutos.

Tu Roland.

—Dios mío —balbuceé—, estoy muy desconcertado. Necesito pensar. ¡Esta carta es tan inesperada!

—¡Pero di lo que piensas! —estalló Rouletabille—. Di que era Théodora con quien Roland tenía una cita aquel martes en Passy. ¡La tercera persona que apareció trágicamente para perturbar su cita era Ivana!

El argumento era tan irrefutable que no sabía qué contestar. No obstante, objeté:


—Pero ella fue la asesinada, no lo olvides.

—No es la primera vez —replicó Rouletabille, riendo con sarcasmo y haciendo de abogado del diablo— que las personas con malas intenciones terminan pareciendo las víctimas. No creo que el arma que acababa de disparar a Roland estuviera pegada a la mano de la intrusa y que la bella Théodora actuara como un cordero en el matadero sin revolveerse ante el peligro, resignándose a recibir un disparo, sin más reacción que un temblor de piernas. ¡Y eso lo explica todo! ¿Acaso esa bala en el techo no atestigua la lucha? ¿Y esa manga destrozada y los rasguños de su muñeca? ¡Vamos, caballeros! ¿Debo continuar? —agregó aquel extraordinario hombre como si dirigiera sus palabras a un jurado ya convencido—. Tras pasar de la frágil muñeca de la intrusa a la mano vengativa de Théodora, el arma abatió rápidamente a la culpable, tumbándola junto a su víctima. Después de aquel afortunado disparo, Théodora solo podía huir; lo cual hizo, por cierto, con precipitación. Y ahora a ustedes, caballeros, no les queda más que absolver a Rouletabille. ¡Gracias, Sainclair! —concluyó el infeliz estrechando fuertemente mi mano.

En aquel instante se detuvo el coche y Rouletabille me empujó con violencia fuera de él. De repente, me vi solo en medio de la acera. Intenté orientarme, estaba un poco perdido. Me hallaba en la plaza Saint-Michel, a pocos pasos de mi casa...

XVIII

LA EXTRAÑA AVENTURA DE ROULETABILLE EN UN COCHE-CAMA

 l día siguiente, La Candeur me informó de la partida de Rouletabille hacia Marsella, y comprendí que seguía tras la pista de la peligrosa amiga de Parapapoulos. Resultaba evidente que trataba de averiguar el paradero del barbero de la esquina del callejón sin salida de La Roche, pues Marius Poupardin debía saber mucho de lo acontecido aquella tarde en la casita de Passy. Le dije a La Candeur —que se las había arreglado para hacerse el encontradizo conmigo en el Palacio de Justicia— que no le dejarían llegar hasta Poupardin. ¡Que temía cualquier cosa! ¡Que no me sorprendería que, al día siguiente, me enterara de que Rouletabille había fallecido en un accidente!

Viendo que, al pronunciar estas palabras, mis ojos se llenaban de lágrimas, La Candeur, que estaba tan preocupado como yo, intentó tranquilizarme:

—No quiso que le acompañara... ¡maldita sea mi estatura! Al parecer, fue mi talla lo que nos delató. Sepa usted que, cuando nos reunimos ayer en la calle de Charonne, hacía veinticuatro horas que esos caballeros estaban al corriente. Podrían haberlo detenido si hubieran querido; sin embargo, no lo hicieron. Eso me hace confiar en que todo se arreglará.

—¡Dios te oiga! —suspiré—; no obstante, el hecho de que no se efectuara el arresto es, precisamente, el motivo de mi intranquilidad.

En aquel mismo instante, extraños acontecimientos se desarrollaban en torno a Rouletabille. En el transcurso de su viaje en coche-cama, se produjo un suceso ciertamente único y que inmediatamente procederé a relatar tal y como él mismo hizo conmigo, horas más tarde.

Durante sus días de prófugo, Rouletabille recibió una efectiva ayuda de todos aquellos que se sentían en deuda con él. Entre ellos, había un tal señor Teulat, un hombre muy distinguido que había ingresado tardíamente en la carrera consular y a quien Rouletabille había conseguido que nombraran cónsul en Barcelona. Este señor Teulat, que estaba de paso en París, debía estar en su puesto de trabajo al día siguiente de la última visita que le hice a Rouletabille en las circunstancias que ya se conocen. El señor Teulat había reservado un billete en el vagón-cama —viajaba a Barcelona a bordo del P.L.M.^[45] destino Portbou^[46], con trasbordo en Aviñón—. A las ocho de la tarde, Rouletabille se encontraba en la estación de Lyon con la documentación del señor Teulat y todo lo necesario para hacer creer que él era el señor Teulat, es decir, una espléndida peluca rizada de cabello entrecano, un soberbio bigote negro, unos binoculares de oro, tacones en sus zapatos que aumentaban su estatura, un holgado abrigo que redondeaba su figura y una gorra de viaje a cuadros.

corrió hacia su vagón. Cuando estaba a punto de alcanzarlo, distinguió una figura que le daba la espalda y en la que creyó reconocer al agente Tamar. Se deslizó en su compartimento evitando ser visto por el policía para, a continuación, regresar al pasillo del vagón y echar un vistazo al andén. Observó al hombre de perfil y ya no reconoció a Tamar. Definitivamente, su obsesión por Tamar le perseguía; algo natural, por otra parte. El hombre no prestaba atención alguna a los viajeros pero charlaba sin cesar con un tipo larguirucho —en el sentido etimológico de la palabra *hupogrupos*^[47] que significa encorvado— de piernas arqueadas, brazos larguísimos, espalda con una leve joroba, aspecto atormentado, coronado todo el conjunto por un gran rostro sonrosado y perfectamente afeitado, unos ojos muy dulces, serenos y pensativos, y un cabello rubio apagado cubierto por una gorra a cuadros.

He mencionado que Rouletabille no reconoció a Tamar, pero reparó al instante en que había visto al tipo larguirucho en alguna parte.

El tren partió. Rouletabille cerró la puerta de su compartimento, feliz de constatar que, aparentemente, no tendría un compañero de viaje, y decidió salir de su habitáculo lo mínimo imprescindible. Por desgracia, y casi al instante, se abrió la puerta y por ella entró el tipo larguirucho, seguido por el empleado del coche-cama portando su bolsa.

Y ahora, cedo la palabra a mi amigo:

—En aquella guerra con la policía —dijo Rouletabille—, había algo que me tranquilizaba: podrían haberme detenido el día anterior, ¿por qué no lo habían hecho? Casi me atrevía a responder, sin temor a equivocarme, que se debía a que la policía sabía que la carta que Roland había escrito a Théodora Luigi estaba en mi poder; una carta que yo encontré después de que Tamar la buscara en vano en Villa Fleurie, y que era terriblemente comprometedor para Théodora. Mientras custodiara aquella carta que involucraba de modo trágico a la célebre cortesana —valioso instrumento de la policía secreta— en el drama de la casita de Passy, estaba seguro de que nadie me pondría una mano encima. Aquel trozo de papel podía provocar un escándalo y dar al asunto un giro decisivo. Era mi mejor salvoconducto. Necesitaban recuperar la carta antes de arrestarme. Estaba convencido de que preferían matarme antes que cogerme vivo con aquel documento en el bolsillo. No obstante, como creía que solo llegarían a ese punto en último extremo —si resolvían hacerlo—, aquello me dejaba cierta libertad, máxime cuando, desde la víspera, creía haber despistado definitivamente a aquellos caballeros. Sin embargo, la presencia del hombre parecido a Tamar, añadida a la entrada de su compañero en mi compartimento, hizo que me replanteara la situación.

se acomodó, me miró con cierta indiferencia con aquellos ojos mansos y me pidió permiso para levantar la ventanilla. También reconocí su voz; una voz que no había oído desde hacía mucho tiempo. Tenía un ligero acento belga; pero, ¿dónde...? ¿Dónde la había escuchado?

»En ese momento, el empleado del vagón restaurante pasó anunciando el primer servicio. A pesar de no haber reservado mesa, me levanté de inmediato. Necesitaba alejarme de aquel hombre por unos instantes para poder pensar. Salí al pasillo; me hallaba en uno de esos puentes-fuelle que conectan los vagones entre sí, cuando una ligera sacudida me arrojó contra uno de los pasajeros que se encontraba en el pasillo y que, como yo, se dirigía al restaurante. Me disculpé, girando un poco la cabeza. Era el larguirucho. Llegué sin más incidentes a mi destino; esperé a que mi perseguidor se acomodara en su mesa para instalarme yo en otra diferente, pero todos los asientos estaban ocupados excepto el que se encontraba frente a él. Definitivamente, la suerte me había abandonado. No solo estaba condenado a dormir con aquel hombre, sino que me veía obligado a cenar frente a él. Todo cuanto hacía por aparentar indiferencia hacia mí, me resultaba cada vez más sospechoso. Me senté, desplegué mi servilleta y adopté ese instintivo gesto de los portadores de grandes sumas que, con sus sebosos brazos, se palpan el pecho para asegurarse de que el colchón de dinero continúa allí. ¡Y entonces, tuve la clara revelación de que no tenía mi billetera...! ¡La billetera en la que había guardado la carta de Roland Boulenger a Théodora Luigi!

»En aquel mismo instante, un nombre grabado con letras de fuego acudió a mi memoria: ¡Léopold Drack!

»Y reviví una escena que se remontaba diez años atrás. En una pequeña sala de la Prefectura, una treintena de agentes y algunos altos cargos de la Administración se divertían asistiendo a una excepcional conferencia de Léopold Drack, uno de los más habilidosos carteristas que haya existido jamás; habiendo hecho fortuna en América, y una vez retirado de sus negocios, desvelaba voluntariamente todos sus trucos, poniendo su experiencia al servicio de la protección de la propiedad después de haberse dedicado al saqueo de la misma. Resultaba encantador, a la par que sorprendente; como si se tratara de una exitosa sesión de prestidigitación llevada a cabo por un elegante maestro que realizara los más complicados trucos sin evidenciar el menor esfuerzo y siempre con una sonrisa. Pero Léopold Drack no sonrío; solo habla. Con un tono monótono y parsimonioso te cuenta cualquier cosa, te formula las más ordinarias preguntas que te sorprenden por su banalidad y, antes de que respondas, ya te ha vaciado el

bolsillo. Mientras tanto, no te habrá quitado los ojos de encima y, fijando sobre ti su dulce, amable y ligeramente estúpida mirada, te habrá ofrecido un cigarrillo, pedido una linterna o preguntado la hora. Advertido por un amigo de la *Sûreté*, entré en aquella sala sin atraer la más mínima atención y me escabullí sin que Drack se percatara. Y aquel era el hombre que habían lanzado sobre mí. Ya había hecho su trabajo; no le había llevado mucho tiempo. ¡Estaba perdido!

»Sin embargo, el resorte que se acciona siempre en mi cabeza en los momentos más críticos, tampoco me falló en esta ocasión. No debía dejar translucir mi consternación —¡podría escribir páginas y páginas acerca de la desesperación que me asaltaba!—. Me dispuse a cenar con un gran apetito y, ¡Dios mío!, la conversación surgió con la mayor naturalidad del mundo. Concordamos en los temas más banales y descubrimos nuestra mutua afición por la ópera cómica clásica. Sin llegar a ser amigos, nos tolerábamos fácilmente. Nos presentamos. Comentó que era representante de una importante compañía de champán y se empeñó en que probara su marca, la cual degusté como buen experto. Incluso se ofreció a pagar la cuenta antes de que yo pudiera protestar.

»Por lo demás, no quise insistir, pues acababa de reparar en que no tenía suficiente efectivo en los bolsillos y que no tendría más remedio que recurrir a mi billetera, una acción que quería evitar a toda costa. Dado que su generosidad se debía, principalmente, al temor —un temor equiparable al mío— de que yo echara mano de mi billetera, todo discurrió felizmente y él mantuvo su convicción de que yo seguía ignorando mi infortunio.

»Al salir del restaurante tuve buen cuidado de dejar que caminara delante de mí, pero una pequeña aglomeración en la puerta provocó que, por un momento, me separara de él; pocos segundos más tarde, le pisaba de nuevo los talones cuando se disponía a entrar en nuestro compartimento. Conversamos durante media hora más. Mi plan era muy simple. Estaba resuelto, cuando nos encontráramos allí encerrados por la noche, a poner mi arma en su cabeza y a exigir la restitución de mi billetera. Pero los acontecimientos discurrieron de modo muy diferente, como ahora se verá, y, por mi honor, fue aún mejor así porque un acto violento por mi parte hubiera sido previsible y lo hubiera echado todo a perder. Máxime cuando podría haberse desembarazado de mi billetera tras incautarse de la carta. Me encontraba allí, absorto en mis reflexiones, cuando advertí que la billetera había regresado al bolsillo de mi chaqueta.

»Al parecer, sí que se había deshecho de mi billetera, pero no encontró mejor opción que devolverla a mi bolsillo. No tenía nada más que decir.

»Pero, la carta, ¿dónde habría ido a parar? Sin duda, la ocultaba en su cartera.

»Ya no sentía desesperación alguna pues, a fin de cuentas, disfrutaba ahora de una ventaja sobre mi carterista. El hecho de que creyera que yo ignoraba el robo, me colocaba en una excelente posición para robarle yo a su vez.

»Creo que jugué una de las mejores partidas de mi vida; pero en esta partida, la máscara de la perfecta y casi estúpida confianza con la que tan herméticamente camuflé mi frenética preocupación no fue, en absoluto, una de las artimañas menos notables del juego. Tanto es así que, en efecto, mi hombre cayó en la trampa. Se acostó antes que yo; no quería dejarle solo en el pasillo ni perderle de vista un solo instante.

»Mientras me desnudaba, constaté con satisfacción que no había colgado su chaqueta en el perchero común. Mi ladrón ocupaba ya la litera superior cuando observé, echando un vistazo a través del espejo del lavabo, que acababa de colocarla sobre la malla colgante, al alcance de su mano, en lo que podríamos denominar su alcoba. Definitivamente, me superaba en fuerza física, pero desde el punto de vista psicológico, ¡el larguirucho no era rival para mí!

»Cinco minutos más tarde, tras tomar todo tipo de precauciones — intencionadamente destinadas a que no pasaran desapercibidas— a la hora de colocar mi billetera en la red reservada para mis efectos personales, ubicada al fondo de mi litera, y aparentar que era de vital importancia para mí, le deseé buenas noches y me dediqué a roncar concienzudamente.

»No se durmió profundamente hasta llegar a Mâcon^[48]. Empleé todo el tiempo y cuidado precisos para cerciorarme de ello. Pero no tuve la certidumbre hasta que hube concluido mi delicada operación. A pesar de mis pausados movimientos, nunca he sudado tanto en toda mi vida. ¡Ah! ¡La lenta descomposición de los movimientos es una tarea de gigantes y el peor de los martirios!

»Por fin, pude acceder a la chaqueta y la cartera y, cuando el tren llegó a la estación de Lyon, estaba de nuevo en posesión de mi carta. Justo a tiempo, pues los gritos de los empleados y el ajetreo de la estación despertaron a mi hombre. Pudo constatar que mis ronquidos no habían perdido su regularidad. Cuando el tren partió de Lyon, y sin albergar en apariencia sospecha alguna, se giró contra la pared y volvió a dormirse.

»Me juré a mí mismo no cerrar los ojos, ni siquiera por un instante. Obviamente, tras la experiencia de la billetera, no volví a guardar la carta en ella. La oculté en un pliego de papel doblado por la mitad que introduje en un sobre que apenas tenía restos de goma y que no intenté precintar pues, en cuanto me encontraba a solas, extraía de él la carta para analizarla más a fondo —lo que me permitió descubrir algo nuevo, cada vez—. Así pues, mi mano custodiaba ininterrumpidamente el sobre.

»Pasé mi mano bajo la almohada —tengo la costumbre de dormir boca abajo, con los brazos abrazando la almohada, como si fuera a *comérmela*; así tengo la sensación de dormirme más rápido, de abarcar más en el menor tiempo posible—, pero repito, no quería dormirme. ¡Desgraciado de mí! Olvidaba que, desde hacía tres días, no disfrutaba de una cama; que, desde hacía tres días, no me *comía* una almohada y... tenía hambre. Inconscientemente degusté un poco, luego más... ¡Era el paraíso! ¡Una delicia! ¡Aníbal en Capua!^[49] ¡Me dormí en mi victoria!

»Cuando desperté, los primeros rayos de sol se filtraban a través de las cortinas de las ventanillas y un hombre en camisón se hallaba en pie junto a mi cama. ¡Al instante me percaté de la situación! Maldije mi debilidad, pero una ligera contracción de mi mano apretando el sobre —que aún conservaba— me tranquilizó.

»Debí hacer algún movimiento al despertarme porque el hombre del camisón se escabulló velozmente, refugiándose en el lavabo con su bolsa y procurando, además, hacer el menor ruido posible. Palpé de nuevo mi sobre. Ahora me encontraba totalmente despierto. Me pareció advertir algo raro en él, como si abultase menos. Intenté introducir el dedo pero, tal vez debido al efecto del calor de mi mano, el sobre estaba sellado. Lo rasgué. En efecto, allí estaba el pliego doblado, ¡pero la carta había desaparecido!

»Definitivamente, mi larguirucho no era tan ingenuo como parecía ni estaba tan desprovisto de sentido psicológico como yo creía. Debió percatarse en Lyon —al despertarse y dirigir su primera mirada a la red— de que alguien había tocado sus pertenencias, y me la jugó volviéndose contra la pared y fingiendo a su vez estar dormido mientras yo me dormía, esta vez de verdad.

»¡Caramba! ¡Somos dignos adversarios el uno del otro! Yo había ganado el primer tanto. ¡Él se había anotado el segundo! ¿Quién ganaría la partida?

»Pero el juego se había vuelto terriblemente complicado para mí, ahora que *yo sabía que él sabía que yo sabía que él tenía la carta*.

»Y no disponía de mucho tiempo para recuperarla, si es que aún era posible hacerlo.

»Fingí no haberme despertado y solo simulé despabilarme cuando volvió a aparecer, saliendo del minúsculo baño, bolsa en mano. Me las arreglé para que no se perdiera ninguno de mis movimientos, misión esta más sencilla que intentar encubrírseles, y para que me viera por el rabillo del ojo guardar apresuradamente el sobre que acababa de poner bajo la almohada como si siguiera convencido de que poseía un tesoro.

»No obstante, dudaba que cayera en la trampa de aquella burda comedia. En lo que a mí concernía, mantenía todas mis facultades en alerta intentando adivinar qué había sido de la carta. Debía haberme despertado en el momento justo en que devolvía el sobre a mi mano; imaginé que su repentina desaparición era prueba evidente de su sorpresa, y no albergué duda alguna de que había entrado en el lavabo con el precioso documento en la mano. De lo contrario, no hubiera reaccionado como lo hizo cuando me rebullí en la cama.

»Así pues, había entrado en el baño en camión, con la carta y la *bolsa abierta*. En cambio, salió de allí con ella cerrada. Había una gran probabilidad de que la carta estuviera en la bolsa. Se apresuró a vestirse para dejarme el espacio libre.

»Entre tanto, intercambiamos las frases matutinas de rigor entre aquellas personas que pernoctan en la misma cabina. Nos congratulamos mutuamente por nuestro plácido reposo nocturno. Al igual que a mí, según decía, el balanceo del tren lo arrullaba y por eso, cuando viajaba, dormía mejor que nunca. Terminó al fin de vestirse y, tras cerrar con un candado su bolsa, salió del compartimento.

»Salté de mi litera y eché el cerrojo de la cabina. Estaba solo, no había sorpresa posible. Me lancé a la bolsa. Ninguna de mis llaves la abría, pero tenía una pequeña herramienta con la que forcé las cerraduras, sin preocuparme ni por un segundo de las consecuencias de aquel allanamiento. Vacié su bolsa, la saqueé, la registré hasta el último recoveco: ni rastro de un bolsillo secreto... ni de la carta. Así pues, la llevaba encima, la portaba consigo. Sin miramiento alguno, volví a colocar las pertenencias del maldito Drack en su condenada bolsa para después arrojarla al fondo de la red donde la había dejado; a continuación, me vestí en cinco minutos, tras lo cual, frente al espejo, recompuse mi rostro, le ordené sonreír y mostrar indiferencia y salí al pasillo creyendo que allí encontraría a mi hombre; pero ni rastro de Drack en el pasillo.

»Me deslicé como una flecha hacia el vagón restaurante. Drack disfrutaba tranquilamente de su café con leche.

»En esta ocasión no le rehuí; al contrario, celebré comprobar que había un asiento disponible frente a él. Me senté. Me sonrió, le sonreí. Nos mostramos tan risueños el uno como el otro.

»*Yo sabía que él sabía... Él sabía que yo sabía que él sabía...* Qué situación la de estos dos individuos que, desde la noche anterior, no habían dejado de robarse el uno al otro sin que nada, en su proceder o en sus palabras, traicionara sus más íntimos pensamientos, la alegría de la victoria o la contrariedad de la derrota, ni la frenética esperanza de la venganza.

»Yo había pedido dos huevos al plato. Él untaba su tostada con mantequilla. Nos aproximábamos a Aviñón. Me quedaban, tal vez, veinte minutos.

»—¿Tiene usted calor? —me preguntó.

»Sí, tenía calor. Grandes gotas de sudor perlaban mis sienes. Lancé mi gorra sobre la red que pendía sobre nosotros, al lado de la suya.

»—¡El calor es excesivo en estos vagones de lujo! —exclamé.

»—Depende de la naturaleza de cada uno —contestó—. Yo nunca tengo demasiado calor. Con su permiso.

»Con estas palabras, tomó su gorra y se la puso con firmeza.

»Entonces lo supe. ¡La carta estaba en su gorra!

»La mirada que le dirigió cuando lancé la mía a la red; la precaución que tuvo de volver a ponérsela en cuanto llegué y el cuidado con que había ejecutado la operación, ¡todos aquellos detalles le delataban!

»Para alguien cuyos sentidos estuvieran tan exacerbados como los míos, no le hubiera resultado difícil percibir, en décimas de segundo, la evidente sensación de satisfacción que aquella cabeza había reflejado tan pronto como había sido ataviada con aquella gorra.

»Nada se me había escapado, ni siquiera el leve esfuerzo al colocársela que atestiguaba la estrechez, sin duda reciente, del tocado. En conclusión, tan solo un minuto después, y como si aquellos grandes y agraciados ojos —cuya aparente placidez parecía burlarse de mí— fueran un libro abierto, leí esta frase tan solo legible para mí: «¡Aquí está la carta! ¡Ven a buscarla!».

»De pronto, me lancé. Todo sucedió rápido como un rayo.

»Yo acababa de pagar mi almuerzo y él estaba saldando el suyo. El tren ralentizó su marcha; estábamos a punto de entrar en la estación de Aviñón. Me levanté. Él permanecía sentado. Tomé mi gorra de la red. Era a cuadros como la suya; con un poco de buena voluntad podría tomarse la una por la otra y, de pronto, arrojando la mía sobre la mesa, me apoderé con gesto brusco de la que cubría su cabeza.

»Lanzó un grito; se puso en pie, aturdido. Sonreí y, tranquilamente, le dije:

»—Discúlpeme, caballero; se había equivocado usted de gorra.

»—¡Ni lo piense! —exclamó, lanzándose sobre mí.

»Pero yo, previendo su jugada, retrocedí lo suficiente como para poner la preciosa gorra fuera de su alcance. Algunos pasajeros se habían levantado; nos rodeaban e intervenían, divirtiéndose ante el incomprensible y grotesco entremés protagonizado por la estentórea furia de aquel viajero. Sus otrora plácidos ojos lanzaban llamas, y el suave tono rosa de su rostro se había convertido en una enorme bola roja pronta a provocar un incendio. ¡Y todo por una gorra!

»Yo, por mi parte, me encontraba cada vez más tranquilo, separado del larguirucho por dos de los pasajeros. Y, levantando el forro de la gorra, dije:

»—Esta gorra es mía; prueba de ello es que, como me queda demasiado holgada, la he rellenado con una carta para que se ajuste mejor a mi cabeza. Si el caballero así lo desea expondré los términos de esta carta, y así todo el mundo podrá comprobar cuál de los dos está equivocado.

»Estas últimas palabras provocaron, al instante, un efecto calmante sobre Drack. Fueron como un jarro de agua fría para la bola roja que, finalmente, no estalló. El hombre observó mi gorra, que continuaba sobre la mesa; la tomó y, rezongando, admitió su error. ¡Aquella era la suya! Hubo risas. El tren se detuvo en la estación de Aviñón. Salté al andén con mi tesoro en la cabeza.

»Segundos más tarde me encontraba ya fuera de la estación habiendo abandonado mi equipaje y, mientras Drack me buscaba en el tren de Portbou, yo había subido a un coche que, a precio de oro y a noventa por hora, me conducía a Marsella... pero, la verdad, ¡había sudado lo mío!

XIX

LA DEMOSTRACIÓN, UNA VEZ MÁS, DE QUE LA FORTUNA SIEMPRE NOS SORPRENDE DURMIENDO

Solo dos días después de su llegada a Marsella, por donde se paseaba bajo otro flamante disfraz, Rouletabille descubrió el nuevo establecimiento de Marius Poupardin.

Deambulando por la calle Saint-Ferréol, se detuvo ante un pequeño andamiaje que bloqueaba la acera. Varios obreros rehabilitaban la fachada de un edificio, y un pintor dibujaba con letras doradas, sobre un gran vidrio, estas luminosas palabras:

A semejanza de...

Primer salón de peluquería de la capital marsellesa

El nombre de Marius Poupardin no resplandecía sobre el aún ausente rótulo, pero Rouletabille tuvo el presentimiento de que finalmente había encontrado lo que buscaba. Entró en una sala desierta que los trabajadores acababan de abandonar y, de inmediato, escuchó unas voces que provenían de una pequeña estancia al fondo de un pasillo. Se adentró en él, deteniéndose frente a una puerta con cristales esmerilados. Una voz sobradamente conocida por él le dejó clavado allí mismo: era la voz de la señora Boulenger...

—Estos diez mil francos serán suyos, Poupardin, pero debe usted decirme toda la verdad. Hacía dos años que regentaba el establecimiento de la esquina del callejón sin salida de La Roche; usted conocía a Théodora Luigi. Todo el vecindario la conocía. No se escondía cuando acudía al Pabellón. Debió verla muchas veces el año pasado. Ahora bien, la mujer que entró en su negocio el martes del crimen —no lo niegue; su asistente, que se encontraba en la

trastienda y que escuchó sus cuchicheos, podría desmentirle—, esa mujer cuya visita le hizo rico, pues gracias al dinero que recibió de ella pudo venir a instalarse aquí, ¡esa mujer era Théodora Luigi! ¿Cuánto le ha dado? ¡Yo le daré más! ¡Pero debe hablar! ¡Juré averiguar la verdad! ¡Y lo haré! ¿Sabe usted quién soy yo? La esposa del desdichado hombre que fue asesinado allí, ¡tal vez, ante sus propios ojos! Moveré cielo y tierra para vengarlo. ¡Bien sabe usted que han arrestado a un inocente! ¡No dejará usted que lo guillotinen!

—¡Ah! Él puede estar tranquilo —se hizo oír la voz gruesa de Poupardin—. Primero que corra, y luego, si lo capturan, ya lo absolverán.

—Poupardin, es usted un miserable.

—¡Marius Poupardin es un hombre honesto y hablará!

Fue Rouletabille quien lanzó aquella última frase. La señora Boulenger se levantó cuando este inesperado personaje apareció, y Marius Poupardin, recogiendo precipitadamente los diez mil francos depositados sobre la mesa, dirigió al intruso los más desagradables comentarios.

La indumentaria de Rouletabille no delataba, precisamente, una extrema elegancia: el contrahecho traje con el que se había disfrazado aquella mañana, y el bombín demasiado usado que cubría su cabeza, le posicionaban de entrada, si no entre la gente de la clase social más humilde, al menos sí entre aquella con dificultades económicas. El efecto que había provocado se acrecentó aún más cuando, tras cerrar cuidadosamente la puerta, extrajo de su bolsillo diez billetes de mil francos y los depositó sobre la mesa en el mismo lugar que, momentos antes, ocupaban aquellos que acababan de desaparecer en el interior del bolsillo de Poupardin.

—¡Otra vez! —exclamó el barbero con tan prodigiosa estupefacción que, en cualquier otra circunstancia, podría haber desencadenado grandes risotadas. Pero la señora Boulenger se desplomó entonces sobre su silla, pálida por la impresión de haber reconocido a Rouletabille. Era la primera vez que lo veía desde que ambos hubieran sido sacudidos por el mismo destino. Rouletabille, que en cierta ocasión había pensado en matar a aquella mujer que tan imprudentemente había llevado a Ivana al abismo, fue a estrecharle la mano. La había encontrado siguiendo la misma pista que él, cumpliendo la misma tarea que él, ¡preocupándose por él...!

—¡Ah! Dios mío —gimió ella.

También Rouletabille se había emocionado más de lo que podría describirse con palabras. Se volvió hacia Marius Poupardin, que asistía a aquella breve escena con desconcertada expresión.

—¡Sí! —dijo Rouletabille—. *Otros* diez mil francos y habrá más, caballero, pero ha llegado la hora de hablar y de elegir, preciso es que lo sepa, entre la riqueza que parece colmarle en este momento y la peor de las desazones.

—Pero, señor —gruñó Marius—, ni le he pedido nada ni temo sus amenazas.

—Pues, ¡acéptelo y témalas!

Tras lo cual, Rouletabille sacó su acreditación de prensa expedida por la Prefectura y, cubriendo con su pulgar aquellos datos que pudieran revelar su condición de reportero, dejó al descubierto aquellos que podían inducir a creer que pertenecía al cuerpo de policía. Era un pequeño ardid al que recurría con frecuencia por sus favorables resultados y que, también en aquella ocasión, tuvo el desenlace esperado.

—¡Ah! Es usted de la policía —exclamó Poupardin, terriblemente inquieto—. Haber empezado por ahí.

A decir verdad, la perplejidad de Poupardin estaba más que justificada. Había visto a aquel policía estrechar la mano de la señora Boulenger. Era evidente que estaban en connivencia y, de pronto, reparó en que ambos representaban un poder ante el que Poupardin no quería inmolarse, especialmente bajo la situación un tanto excepcional en que se encontraba. Por otra parte, la policía debía tener verdadero interés en que dijera la verdad si estaba dispuesta a pagar tan alto coste. Tomó rápidamente una decisión. ¡Dejaría de hacer el imbécil! ¡Diría todo cuanto sabía!

—Pregunte usted —le dijo a Rouletabille, tomando asiento y exhalando un profundo suspiro.

—¿Vio salir a Théodora Luigi de la villa ubicada en el callejón de La Roche?

—No, señor. No la vi salir.

—Entonces, ¿la vio usted entrar?

—No, señor, no la vi entrar.

—Poupardin —rezongó Rouletabille—, este es un caso extraordinario que comporta un grave peligro para usted a nivel personal. ¡Otra tontería más y estará perdido! Solo la verdad puede salvarle; no volveré a repetirlo.

Y, diciendo esto, sacudió sus llaves en el fondo de su bolsillo como si agitara unas esposas.

Poupardin palideció y, balbuceando, dijo:

—Pero señor, ¡le estoy diciendo la verdad! Debe usted saber que me vi envuelto en una insólita historia. Ha mencionado usted que este es un caso

extraordinario. ¡Le creo! Sepan ustedes, señor y señora, que soy un pobre diablo al que nada le ha salido bien en la vida. Si pude abrir mi negocio en la esquina del callejón de La Roche fue porque me lo ofrecieron a precio de ganga, pero mis servicios resultaban muy costosos para los clientes que llegaban a la barbería. Me pasaba el día de brazos cruzados, incluso me echaba alguna siesta, ¡lo juro! ¡Y en esa posición me hallaba aquel martes!

—¿Qué quiere decir con que se hallaba en esa posición?

—Sí, estaba durmiendo de pie con los brazos cruzados en el umbral de mi puerta, con la espalda apoyada en la pared, cuando de pronto fui empujado por una mujer que entró como una tromba en mi barbería. Esa mujer, lo confieso, era Théodora Luigi.

—¡Por fin! —exclamaron al unísono la señora Boulenger y Rouletabille.

—¿Qué hora era? —preguntó rápidamente este último.

—Las cinco y media.

—Vamos por buen camino —dijo Rouletabille—. Continúe, Marius Poupardin; es muy interesante, amigo mío.

—Estaba como enloquecida, con el rostro pálido y las manos temblorosas. Me dijo en voz baja: «En una hora le daré diez mil francos, pero debe jurarme que jamás dirá que me ha visto salir de la villa». Se lo juré y desapareció. Por lo demás, ciertamente podía jurarlo —explicó Poupardin— pues, en efecto, no la había visto salir de ningún sitio, y tampoco puedo faltar ahora a mi juramento pues les confieso que no la vi salir de la villa.

—¡Muy cierto! Su conciencia puede estar en paz, Marius Poupardin —aprobó Rouletabille, admirando la honrada filosofía y la notable dialéctica de aquel humilde «Fígaro»—. En resumen, no vio ni oyó nada. ¿Ni siquiera los disparos?

—¡No, señor! El Pabellón está demasiado lejos. Además, de haberlos oído, sin duda la habría visto salir.

—¡Exacto! En fin, en cualquier caso, vio usted a Théodora Luigi, que ya es algo.

—Sí, señor, pero como si hubiera caído del cielo.

—¡Para hacerle un regalo de diez mil francos!

—¡Absolutamente! Pero lo más interesante sucedió una hora más tarde, cuando apareció en mi negocio un hombrecillo al que nunca antes había visto y que, susurrándome al oído después de cerrar la puerta, me dijo: «Vengo de parte de Théodora Luigi». ¡Sí! ¡Sí! —exclamé yo—. Por los diez mil francos. «No, señor —replicó el hombrecillo—; por los veinte mil. Lo único que tiene

que hacer es cerrar su barbería inmediatamente, abandonar París mañana mismo e instalarse donde diablos quiera». Y me entregó veinte billetes.

—Le parecería a usted un sueño —dijo Rouletabille.

—Es decir, señor, que no había hecho más que llegar cuando esta mañana, en el local que estoy abriendo, *A semejanza de...*

—*A semejanza...* ¿de qué? —preguntó el reportero, que no perdía detalle del discurso del marsellés.

—Pues, al modo de los más célebres salones de París. La calle Saint-Ferréol, caballero, es nuestra calle de la Paix.^[50]

—Decía usted que esta mañana...

—Sí, cuando esta mañana vi entrar a la señora, que, antes incluso de presentarse, depositó sobre esta mesa diez flamantes billetes de mil francos.

—Y luego llegó mi turno —añadió Rouletabille.

—¡Con otros diez mil! ¡Pues bien, caballero, esto es demasiado! Una fortuna tan inesperada, que llegó a mí mientras dormía —hay que decirlo—, comienza a inquietarme —declaró Poupardin que, de hecho, parecía cada vez más preocupado.

—El hombre virtuoso desafía al infortunio —pronunció Rouletabille.

Y entonces, juzgando haberle abordado con demasiada severidad, le hizo comprender que tenía mucho que ganar —más bien conservar— si sabía mantener la boca cerrada hasta el momento en que tuviera que soltar la lengua. Únicamente le pidió que durante el juicio se presentara ante el tribunal, declarando en los mismos términos que acababa de hacerlo, que el día de la tragedia, a las cinco horas y media, no había visto a Théodora Luigi entrar o salir de la casa porque se encontraba durmiendo cuando ella irrumpió, precipitadamente, en su negocio.

La curiosa aventura de Marius Poupardin no terminaría allí. Pareciera que, en este terrible drama, la ciega sonrisa del destino se desgañitara. No es extraño encontrar en las más trágicas situaciones momentos ciertamente inconcebibles que aportan una farsa insospechada a dos pasos del patíbulo. Trazaré la crónica de una aventura que parecería inverosímil si no estuviera avalada por la lógica y la historia (lean *La Gazette des Tribunaux*).


No habían transcurrido ni diez minutos desde que Rouletabille y la señora Boulenger habían salido del local de la calle Saint-Ferréol cuando Poupardin vio llegar al hombrecillo que, de parte de Théodora Luigi, le había entregado en París, la misma tarde de la tragedia, los primeros veinte mil francos, y que no era otro que Tamar, quien, como vulgarmente se dice, tras tirarle de la lengua no tuvo dificultad alguna en demostrarle que su último visitante había

usurpado una falsa personalidad al identificarse como agente de policía y supo convencerle, gracias a otros veinte mil francos, de la urgente necesidad de abandonar Marsella sin dilación y trasladarse definitivamente a Esmirna^[51], donde vivían sus padres, que lo adoraban.

—¡Lástima! —habría dicho Poupardin al despedirse de Tamar en la calle de La Canebière—. ¡Unas semanas más y me habría hecho millonario!

XX

ALGO QUE BRILLABA EN LAS SOMBRAS

 sí pues, Marius Poupardin partió hacia tierras lejanas pero, aunque Rouletabille y la señora Boulenger no podían contar con su declaración ante el tribunal, al menos tenían confirmación de un hecho esencial: que Théodora Luigi se encontraba en la villa en el momento de la tragedia.

Era solo cuestión de encontrar la prueba absoluta e irrefutable. La carta era una simple invitación; no atestiguaba que la cortesana hubiera acudido a la cita. En cuanto a la huella que había pasado inadvertida para los magistrados, a estas alturas habría desaparecido por completo y, por tanto, Rouletabille no podría presentarla como prueba. Y, sin embargo, había que actuar, y actuar rápidamente, pues había un ambiente enrarecido que nos hacía presagiar que algo siniestro, y peor que la prisión, acechaba al fugado reportero.

La señora Boulenger me confió entonces sus inquietudes. Temía por nuestro amigo, de quien no podía hablar sin reprimir las lágrimas.

Había llegado el momento de tomar serias medidas. Nos reunimos en secreto en casa de V***, profesor del *Collège de France*^[52] y amigo de Thérèse, y allí se decidió que perseguiríamos a Théodora hasta el fin del mundo y que, costase lo que costase, la llevaríamos ante los jueces. A pesar de mis objeciones, triunfó el plan de Rouletabille y la señora Boulenger. Thérèse puso su fortuna a disposición de Rouletabille.

Sin embargo, la víspera del día en que Rouletabille debía cruzar la frontera para iniciar su campaña contra la amiga de Parapapoulos, ocurrió un acontecimiento decisivo. Rouletabille, tras una conversación mantenida con la señora Boulenger, quiso inspeccionar por última vez la casita de Passy. A petición suya, volví allí acompañado del asistente del procurador de mis

amigos, que podía actuar como testigo. Por su parte, la señora Boulenger se presentó en la casita con el profesor V***. A las dos de la madrugada, y cuando la policía creía a Rouletabille en el extranjero —lo que nos concedió algunas horas de libertad—, nos hallábamos todos reunidos en el comedor, en el primer piso de la villa.

En aquel lugar de muerte, donde ambos habían perdido a sus seres más queridos, Rouletabille y Thérèse se miraban como sombras vivientes que visitaran el infierno.

Y entonces, Rouletabille pareció olvidarse de nosotros, entregado por completo a su insólita tarea. Lo seguimos en silencio, con el corazón encogido por una angustia singular, como aquellos que se dejan guiar por los signos «del más allá» de un espiritista o un sonámbulo.

Bajamos con él al sótano y entramos en la cocina, que también hacía las veces de *office*. Aparentemente no había descubierto nada, pero yo, que conocía muy bien a Rouletabille, le sorprendí fijando su mirada, durante una décima de segundo, sobre una hilera de vasos sin pie dispuestos en un aparador del que yo había abierto la puerta inconscientemente.

A pesar de que todo el mundo había vuelto a subir, yo permanecí en la cocina, como si la mirada de Rouletabille me hubiera dejado clavado allí. Sin embargo, nada percibí que atrajera mi atención salvo un vaso que, aunque alineado como el resto, no estaba girado como los demás, es decir, con el fondo en lo alto y el borde apoyado en la repisa; aquel vaso era el único que tenía su parte inferior apoyada en la repisa y el borde en lo alto. ¿Había que extraer alguna conclusión de aquello?

Era muy probable, mas no tuve tiempo de reflexionar sobre ello, pues oí un revuelo y un murmullo de voces insólitas en el piso superior. Llegué al vestíbulo cuando el profesor V***, el asistente de mi procurador y la señora Boulenger rodeaban a Rouletabille, que acababa de hacer un importante hallazgo. Tenía en la mano una especie de esclava que acababa de encontrar entre dos baldosas desprendidas, al pie de la barandilla de hierro forjado de la escalera. Era una de esas joyas que algunas mujeres llevan al tobillo; un doble círculo en forma de serpiente a modo de espiral que bien podría haberse aflojado y abrirse al engancharse con algún resalte de la barandilla de la escalera, ante «el movimiento brusco de una persona que hubiera podido bajar precipitadamente por ella y que estuviera ansiosa por escapar», explicó Rouletabille con voz particularmente serena mientras nosotros lo rodeábamos pletóricos, pues, en aquella esclava en forma de serpiente... ¡reconocimos la cabeza de diamantes y los ojos de rubíes!

La señora Boulenger se desvaneció y yo me estremecí de alegría.

Rouletabille, por su parte, seguía sujetando con mano firme la joya que garantizaba su salvación.

—Agradecemos al cielo —le dijo a la señora Boulenger— que nos haya regalado este claro de luna. En cuanto abrí la puerta del vestíbulo vi algo que brillaba en las sombras. Y ahora, vayámonos, ya no hay nada que hacer aquí.

—Con semejante joya, no tienes más que acudir al juez... —dije—. ¡Y todo esto habrá terminado!

Me dirigió esa mirada que los seres superiores lanzan de modo innato cuando se hallan en presencia de lo que ellos consideran un pobre de espíritu.

Al día siguiente, desapareció de nuevo.

XXI

TINIEBLAS

Transcurrieron las semanas, que se me antojaron un profundo agujero negro en el que caía una y otra vez, cual condenado de *La Divina Comedia*. En lugar de aportarme una perfecta quietud y suponer el colofón a las hipótesis que con tanta pasión formulábamos, la última visita bajo la luz de la luna a la casita de Passy me hundió en una indecible sensación de terror inexplicable.

¿Por qué había desaparecido de nuevo Rouletabille con la joya? ¿Con aquello que había brillado entre las sombras? ¿Con aquel germen de luz irradiado por el tobillo de Théodora Luigi?

¿No tenía suficiente? ¿Qué había ido a buscar al corazón de Europa?

¿Y por qué no regresaba? Tres meses habían pasado sin que tuviéramos noticias suyas. La señora Boulenger y yo le creíamos muerto. Los demás veían simplemente a un culpable que había huido, quién sabe adónde, buscando ser olvidado aquí.

Entretanto, se cerró la instrucción y el juez le declaró en rebeldía.

Y así llegamos a la víspera del juicio; me hallaba inmerso en mi dossier cuando, de pronto, se abrió la puerta de mi despacho y por ella apareció un formidable La Candeur, con las mejillas rubescentes y los ojos fuera de sus órbitas.

—¡Está aquí! ¡Ha vuelto!

—¿Rouletabille está aquí?

—¡Sí, señor! ¡Está en París! Mañana se presentará ante el tribunal.

Y, antes de que pudiera siquiera replicar, se había ido. Cuando, al día siguiente y bien temprano, llegué al Palacio de Justicia, ya la multitud se agolpaba en la verja, en la galería del Reloj. Se habían dispuesto vallas y un

control policial como en los días más solemnes. Todo el mundo sabía que Rouletabille había regresado.

Yo no sabía nada de él desde la víspera. Tan solo minutos antes de la apertura de la audiencia, y una vez hube tomado asiento en mi banco, fui informado de que Rouletabille se había entregado. El rumor se extendió rápidamente entre el público y un murmullo recorrió los pasillos que rodeaban la sala.

Tras las primeras formalidades, dejo a la imaginación del lector la reacción experimentada en la sala cuando el presidente pronunció estas palabras: «¡Que entre el acusado!».

Una reacción de curiosidad —¡por supuesto!—, pero también de inmensa simpatía hacia Rouletabille pues, como excelente periodista que era, su público le adoraba; y, en mi caso, de una angustia indescriptible. Entró. Su agraciado rostro se mostraba pálido y con cierta sobriedad. Sus ojos se fijaron inmediatamente en mí. Le tendí mis manos y él las tomó con efusión. Nuestra emoción pareció ganarse el favor de toda la sala. ¡Ah! Ciertamente, la vista se iniciaba bajo una atmósfera favorable.

—Imagino que has preparado tu expediente de defensa —le dije—. ¡Pásamelo!

Negó con la cabeza.

—Pero, ¿y mi alegato?

—¡Oh! Sainclair... ¡Creo que no tendrás que ejercer mi defensa!

Y eso fue todo; para mí y para el resto. Tras responder a las preguntas de rigor sobre su identidad que, en un principio, le formuló el presidente, declaró que «por el momento, no tenía nada más que decir» como única respuesta a todas y cada una de las preguntas que le plantearon. Con aterradora obstinación, rehusó hablar con el presidente y, menos aún, con el fiscal. A todas las afirmaciones, a todas las acusaciones, a todas las peticiones de explicaciones, opuso el más absoluto silencio. Yo comencé a sentirme enfermo. Le rogué que pusiera fin a una actitud que volvía a todo el mundo en su contra: al presidente, al tribunal, al jurado e incluso al público. Al final, exasperado ante aquel mutismo que consideraba la forma más detestable de orgullo insolente, el presidente exclamó:

—¡Si usted se ha entregado para esto, podría haberse quedado donde estaba! Es como si le estuviéramos juzgando en rebeldía.

Poco faltó para que la sala entera aplaudiera al presidente; en cualquier caso, un inmenso murmullo le otorgó la razón. Mi amigo se estaba hundiendo. Yo me encontraba abatido.

Rouletabille, por su parte, dejó caer la cabeza sobre sus brazos apoyados en la tribuna de los acusados y, acto seguido, pareció dormirse.

XXII

EL RAYO

Fue un proceso rápido. Los testigos de la fiscalía desfilaron vertiginosamente por el estrado. Luego, llegó el turno de los testigos de la defensa. Dadas las circunstancias en las que, en mi opinión, había comenzado aquel insólito juicio, había hecho venir, por si fuera necesario su testimonio, a la señora Boulenger y a los testigos de nuestra noche de investigación en Passy. ¡Qué sensación causó la aparición de Thérèse Boulenger! La esbelta figura de aquella mujer era tan célebre como la de su marido. Nadie ignoraba el admirable papel que había desempeñado en sus trabajos y la prodigiosa ayuda que había encontrado en ella Roland Boulenger en los momentos más duros de su vida como científico celoso de sus colegas y odiado por los funcionarios. Tampoco ignoraban el sentimiento de abnegación y casi de santidad con el cual había soportado los más denigrantes devaneos conyugales de un hombre que rehusaba resistirse a extravagancia alguna. Cuando avanzó hacia el estrado con su tocado de luto, se escuchó en la sala un inmenso suspiro. Lucía aún hermosa en su radiante palidez, divina. No obstante, se habían blanqueado sus sienes, descolorido sus labios y, en la comisura de sus ojos y en el nacimiento de su nariz, el dolor había trazado el surco de sus secretas lágrimas.

El gesto con el que juró decir la verdad, toda la verdad, fue de una belleza augusta. Giró la cabeza hacia Rouletabille, que aún no había levantado la suya y permanecía oculta entre sus brazos. Y, a continuación, con firme convicción, proclamó la inocencia del acusado y pronunció, para gran conmoción del fiscal y estupefacción del público, el nombre de Théodora Luigi.

—Cuando, el martes de la tragedia, Rouletabille abandonó la casita de Passy —declaró con voz solemne—, las dos personas que allí se encontraban

seguían aún con vida. Media hora más tarde, cuando Théodora Luigi —que se presentó después de él— salió de ella, estaban muertas.

En ese momento, el fiscal se puso en pie:

—Es la primera vez —exclamó— que escuchamos ese nombre en este proceso. Profesamos demasiado respeto por el dolor de la señora de Roland Boulenger como para no entender los sentimientos que la mueven a actuar, de un modo tan obvio, contra esa mujer.

—¡Señor fiscal! —interrumpió Thérèse—. No se trata de mis sentimientos. Se trata de la verdad. Y aquí la proclamo, aunque incomode a algunos. ¡La proclamo y la pruebo!

—¡Pruébela entonces, señora! —exclamó el presidente.

—Caballeros —dijo Thérèse, sacando un trozo de papel de su bolso—, he aquí una carta encontrada por Rouletabille y que me confió antes de su partida al extranjero, para que pudiera hacer uso de ella si no nos volvíamos a encontrar. En esta carta, escrita por mi marido y dirigida a Théodora Luigi, ¡este la citaba el martes del crimen en la casa de Passy, que ella tan bien conocía! Théodora se hallaba entonces en El Havre y allí fue, precisamente, donde Rouletabille encontró la carta. Sin duda, al no obtener respuesta por parte de ella, mi esposo, creyendo que no acudiría a la cita, invitó a Ivana a un refrigerio que no había sido preparado para ella. Estoy convencida de que los acontecimientos se sucedieron así. ¡Lo juro por mi honor! Era conocedora del coqueteo sentimental y científico existente entre mi marido e Ivana, pero jamás dudé de esta última. Era audaz pero segura de sí misma, y por nada del mundo habría traicionado mi amistad y, sobre todo, al único ser que amaba con pasión: el hombre que hoy se sienta en ese banco de infamia.

Toda la sala esperaba que Rouletabille se enderezara; yo mismo le empujé con el codo, pero él ni se inmutó. Su actitud seguía siendo deplorable. ¡Ah! Ciertamente no era de gran ayuda para aquellos que trataban de salvarlo.

—No obstante —continuó la señora Boulenger (se podía oír el vuelo de una mosca)—, Théodora Luigi acudió, encontró su lugar usurpado y actuó.

—¡Disculpe! Esta carta —el alguacil había entregado la carta al presidente— no prueba que se presentara —interrumpió el presidente.

—No, señor. Pero hay algo que sí lo prueba; esto —y, metiendo la mano por segunda vez en su bolso, sacó la esclava—. Esta joya es la que habitualmente adorna el tobillo de Théodora Luigi. Esta esclava, que se desprendió durante la huida de la culpable y que Rouletabille encontró en la casita de Passy ante varios testigos que así lo declararán. Rouletabille me confió tanto esta joya como la carta.

(Murmullos... el alguacil entrega la joya al presidente; el tribunal la examina, después llega el turno del fiscal. Difícil restaurar el silencio.)

—¿Se puede probar —dijo el fiscal— que esta joya pertenece a Théodora Luigi? Y, aunque así fuera, habría que demostrar que Théodora Luigi —que visitaba con frecuencia la casita de Passy— la perdiera el día del crimen.

—¡Hay un hombre que vio a Théodora Luigi ese mismo día y a aquella misma hora salir de la casita de Passy! Ese hombre es el barbero que regentaba el negocio ubicado en la esquina del callejón de La Roche. Pero, sin duda, alguien temía su declaración, pues le obligaron a abandonar París en un principio, y después Francia.

—Y, ahora, ¿se conoce su paradero? —preguntó el presidente.

—¡Esto es lamentable! —señaló el fiscal—. Hasta ahora, la testigo solo ha formulado una hipótesis... una simple hipótesis y, permítanme que incida en ello, es completamente excusable por parte de la señora Boulenger, pero del todo inadmisibles para cualquiera que juzgue los hechos con la debida sangre fría.

—Disculpe, señor fiscal —dijo con aire indiferente y, sin duda, poco afable—. Disculpe, pero hay alguien que podría aclarar, incluso mejor que el propio señor Poupardin —así se llama el barbero que acaba de mencionar la señora Boulenger—, lo que hizo Théodora Luigi ese día y a esa hora; si estuvo en Passy y si accedió a la villa de La Roche.

—¿Y quién es esa persona?

—Evidentemente, señor fiscal, la propia Théodora Luigi.

—Sin duda —admitió el fiscal con una sonrisa—, pero, ¿quién podría decirnos dónde se encuentra Théodora Luigi?

—En este preciso momento —pronunció Rouletabille, reincidiendo en su distante e irritante actitud—, debería estar entrando en la galería de Harlay con mi amigo La Candeur.

Aquellas palabras causaron gran revuelo entre el público y entre los propios jueces. Yo mismo sentí un gran desconcierto. El presidente, entre susurros, dictó algunas órdenes al alguacil, y este, apenas hubo franqueado la puerta de acceso a la sala de los testigos, regresó anunciando:

—¡La señora Théodora Luigi está aquí!

—Hágala pasar.

Ella entró. Y cuando apareció, se produjo un terrible silencio que recordaba al que antaño reinaba en la Plaza de la Roquette^[53], cuando se abrían las puertas de la prisión ante el condenado a muerte. Los últimos acontecimientos habían conmocionado a los asistentes. El público se posicionó a favor de la señora Boulenger y en contra de aquella mujer y su reputación plagada de desgracias y ruina. Aunque todo el mundo seguía sin poder creer que ella era la asesina, ¡todos lo esperaban! La audacia con la que se había presentado la hacía aún más odiosa. ¡Ah! Se veía que era una mujer capaz de todo.

Sin embargo, nunca había lucido tan bella. Avanzó envuelta en los largos pliegues de un abrigo color violeta con el porte de una reina de la tragedia. No miró a la señora Boulenger, que no la perdía de vista con sus ojos encendidos en llamas. ¡Qué duelo estaban a punto de disputar aquellas dos mujeres! De nuevo, la sala se equivocaba. No era entre estas dos mujeres entre quienes iba a tener lugar, aunque no por ello sería menos terrible.

Théodora prestó juramento y comenzó a testificar con total naturalidad.

—Vengo desde muy lejos —declaró— a petición de aquel a quien ustedes acusan. ¡Al parecer, puedo ayudar a probar su inocencia! Por peligroso que resulte para mí, a él me confío; diré toda la verdad. Hela aquí:

»Tras recibir una carta del señor Roland Boulenger, pidiéndome que fuera a la capital el martes, el lunes abandoné El Havre. A mi llegada a París, encontré una nota en la que me citaba en la casita del callejón sin salida de La Roche, alrededor de las cinco. No pude llegar hasta las cinco y media. Tenía una llave de la puerta del jardín que comunica con el callejón. Entré en él y, cuando me disponía a subir la escalinata de la villa, oí gritos y disparos por encima de mi cabeza que provenían del primer piso. *Ipsa facto*, comencé una huida enloquecida, cerré la puerta del jardín y corrí en busca de refugio hacia el negocio de Poupardin. Ciertamente, el barbero que estaba apoyado en la puerta tuvo que verme salir de la casa. ¡Yo ignoraba el drama que acababa de ocurrir allí! Le pagué para que guardara silencio y se estableciera en otro lugar. Tal vez mi proceder fuera imprudente. En todo caso, he dicho todo lo que sé, ¡no oculto nada! Aquella misma noche, tuve noticia del horrible crimen. ¡Yo también lloré! Fui a llorar al extranjero.

—¡Huyó al extranjero! —exclamó la señora Boulenger—. Y ahora, creyéndose impune, viene aquí a desafiarnos. Pero, ¿reconoce esto?

Y, tomando la joya de las mismas manos del presidente, entregó la esclava a Théodora Luigi.

—¡Sí! —respondió Théodora—. ¡La reconozco perfectamente! Es la esclava que perdí en Villa Fleurie, en Sainte-Adresse.

casita de Passy, lo que prueba que usted entró en la casa. La perdió usted en su huida, tras haber ejecutado su abominable plan.

Súbitamente, Théodora Luigi se tornó pálida como la cera.

—¿Quién encontró la joya? —preguntó, abriendo sus enormes ojos.

—¡Rouletabille! —exclamó la señora Boulenger.

Théodora se giró hacia el acusado.

—¡Oh!, caballero —dijo ella dulcemente—. ¡Olvidó usted mencionar esto!

—¡Sí, lo había olvidado! —respondió la estridente voz de Rouletabille—. ¡Pero la señora Boulenger olvidó decirle que, si yo la encontré, fue porque ella la puso allí!

Sus palabras provocaron un enorme estupor que pareció afectar no solo a Thérèse. Nadie comprendía nada. En principio, cuando la señora Boulenger recobró el uso de la palabra, solo fue para proferir algunas exclamaciones confusas.

—¡Yo! ¿Qué quiere decir? ¿Está usted loco?

Se vivió una especie de zozobra general, como si el suelo se hubiera abierto repentinamente bajo nuestros pies. Ya no sabíamos a qué aferrarnos. Únicamente Rouletabille permanecía firme, hostil, en medio de aquel caos.

El presidente, viendo que aquel caso se le escapaba de las manos cual puñado de agua, gesticulaba como si le faltara el aire. Preguntó, ya casi sin aliento:

—Pero, ¿qué pruebas tiene usted para lanzar tan inexcusable acusación contra la señora Boulenger?

—No tengo otra que la siguiente —respondió Rouletabille—: las dos primeras veces que registré la casita de Passy (la primera ante el juez de instrucción, la segunda yo solo y por mi cuenta) no encontré nada allí. Solo la tercera vez, en compañía de la señora Boulenger y delante de los testigos que ella misma llevó, descubrí la esclava. Le juro, señor, que cuando inspecciono dos veces un lugar, no queda nada por descubrir.

—¡Ah! ¡Miserable! —exclamó la señora Boulenger—. ¡Loco miserable!

—Pero, ¿qué interés...? —preguntó el presidente.

—¡Sí! ¿Qué interés tendría yo? —espetó Thérèse, harta de tales extravagancias.

—¿Qué interés? —estalló Rouletabille—. ¡Yo se lo diré, señora! En primer lugar, su odio hacia esta mujer y, después, su interés por engañar a la justicia. La asesina... ¡es usted!

XXIII EL CAOS

Está loco! ¡La muerte de su esposa le ha hecho perder cabeza! Aquel grito desesperado, lanzado por la señora Boulenger, era la expresión del sentir general. La misma indignación que exaltaba a aquella mujer de sublime belleza en la última etapa de su martirio, inflamó todos los corazones, todas las gargantas. ¡Gritaban con ella! En cuanto a mí, me mordía los puños y ni siquiera me atrevía a mirar a Rouletabille.

Pero él mantenía una espantosa calma en mitad de la tormenta que él mismo había desencadenado. Reclamó silencio como si presidiera un debate.

—Hace un momento exigían que yo hablara. ¡Ahora desearía que me escucharan!

Yo, por mi parte, le escucharía una y otra vez —con esa voccecita áspera y dura que emplea a veces, producto de su exasperación, ante la incapacidad de que le comprendan con la celeridad deseada— narrar los detalles de su primera inspiración, aquella que le llegó cuando descubrió las huellas de Théodora Luigi partiendo de la puerta del callejón sin salida de La Roche y volviendo inmediatamente después, sin haber llegado a entrar en la casa; mientras que las huellas de Ivana revelaban que había salido de la villa por la escalera de servicio, se había dirigido a la puerta del terreno baldío y regresado a la casa, a continuación. Las primeras eran huellas de alguien que huía. Las segundas, y coincidiendo en el tiempo, de pasos que regresaban. ¿De qué huían aquellas? ¿Por qué regresaban estas? ¿Qué relación existía entre ambas? Había ocurrido un drama. Un drama que se había hecho oír en toda la finca. Un drama que ahuyentó a Théodora Luigi y que hizo regresar a Ivana. Y, además de ambas, había habido otras personas, al menos dos —pues quedaba descartada la hipótesis del suicidio—; otras dos personas que protagonizaron el drama: Roland Boulenger y... ¿y quién? Alguien que ya se

encontraba allí cuando Ivana dejó a Roland. Una persona que sabía, que debía saber, que Ivana se reuniría ese día con Roland en la casita de Passy. Y, ¿por quién lo sabía? ¡Por la propia Ivana!

Llegado a este punto, Rouletabille se detuvo unos instantes. Y, cuando reanudó su discurso, ruego me crean, su voz abandonó cualquier rastro de aspereza. ¡Ah! ¡Con qué emoción hablaba ahora de su esposa!

—¡Caballeros! ¡Es preciso que sepan quién era Ivana!

¡A duras penas lograba reprimir sus lágrimas! Y, entonces, la sala entera lloró por él. No intentaré reproducir los términos con los que describió el carácter excepcional de su esposa, el culto científico que había consagrado a la obra de Roland Boulenger, la abnegación con la que había accedido a interpretar una peligrosa farsa en beneficio de otra persona sin pensar en el suyo propio, y a la que le había suplicado se prestase la misma señora Boulenger. ¡Se trataba de rescatar a Roland de las garras de Théodora Luigi! ¿Quién osaba aventurar hasta dónde había llegado la ensoñación —mitad mística, mitad romántica— de una mujer como Ivana? ¡No daba un paso sin acordarlo con la señora Boulenger! No dirigía una sonrisa al profesor sin la previa autorización de su esposa. Acudió a la clínica del doctor Schall solo porque la señora Boulenger la llevó allí. Y jamás se habría presentado en la casita de Passy, ni tan siquiera una vez, si la propia señora Boulenger no la hubiera acompañado.

—Caballeros, a la jornada siguiente de aquel fatídico día debíamos emprender un largo viaje. Aquella terrible farsa estaba llegando a su fin. Así se lo venía exigiendo desde hacía tiempo. Yo mismo había fijado el plazo. Pero, antes del último adiós, Roland Boulenger debió suplicar a mi esposa que le concediera su primera y última cita convenciéndola con todas las palabras demenciales y amenazas de suicidio de las que fue capaz. ¡Ivana se refugió en el regazo de la señora Boulenger! ¿Qué pasó entre estas dos mujeres? Ivana, sin duda, anhelaba reconciliar a aquellos dos seres que hubieran debido adorarse el uno al otro. Soñaba con dejar a Roland en brazos de Thérèse. ¡Ay! Por desgracia, debió creer que no se había cumplido su sublime pero peligroso plan cuando, de pronto, se detuvo en el jardín de la casa de la que huía, y a sus aterrorizados oídos llegó el sonido de las detonaciones. ¡El sonido del drama que se estaba desencadenando allí! ¡Valiente, generosa, temeraria Ivana! ¡Llegaste a tiempo de ver caer, bajo los disparos de una mujer —ultrajada, tal vez, en su suprema esperanza—, a aquel por quien habías sacrificado nuestro sosiego y por quien acabarías

sacrificando tu vida! ¡Porque, cuando intentabas arrebatarle su presa, aquella mujer te asesinó!

Ante aquella evocación, que me pareció propia de un alucinado y que todos achacamos a la alienada imaginación de su desesperación, Rouletabille ya no parecía dueño de sí mismo. Solo pudimos compadecerle ante aquella sucesión de acusaciones sin sentido y palabras que más bien parecían alaridos.

—¡Te asesinó! ¡Te asesinó con una *alegría salvaje*! Porque esa mujer que decía quererte como a una hermana estaba terriblemente celosa de ti; más incluso que de Théodora Luigi. Y esa mujer ideó un monstruoso plan: ¡que Théodora Luigi te asesinara! Porque fue ella quien envió la carta a Théodora Luigi imitando la escritura de su esposo, con el objetivo de que esta sorprendiera vuestro encuentro en la casita de Passy. Pero el tiempo pasaba, Théodora no llegaba. ¡Thérèse quería una muerte, vuestra muerte, y la tendría a toda costa! ¡Porque esta mujer, que se jactaba de ser pura bondad y de la que se decía que era toda amor, era toda odio...! ¡Su esposo! Ella había calculado su pérdida —y digo bien, «calculado»—, desde hacía mucho tiempo. ¡Señores, esta mujer soñaba el cadalso para Roland Boulenger!

Y aquello fue el delirio.

La señora Boulenger lanzó un grito terrible; se sintió indispuesta.

El presidente suspendió la vista.

XXIV LA LUZ

En cuanto a mí, yo me sentía abrumado, desolado más que indignado. La furia de Rouletabille iba a la par con su locura. Sin embargo, cuando fui capaz de pronunciar palabra, intenté que me escuchara; si bien, de pronto, recuperó la expresión de dureza en su rostro y esa mirada lejana que lo transportaban al otro lado del mundo.

—Te olvidas de algo; en el momento del crimen, a las cinco y media, ¡la señora Boulenger se hallaba conmigo en tu casa! No esperaré a que ella lo recuerde para declararlo así.

¿Acaso piensan que me respondió? Permaneció al otro lado del mundo, mostrando el mismo interés por mí que si no existiera.

Un cuarto de hora más tarde, cuando se reanudó la audiencia, la señora Boulenger se presentó ante nosotros petrificada por el terror que le había infundido Rouletabille. Sus ojos se habían hundido y el doble surco de dolor se había extendido hasta alcanzar sus mejillas. Su belleza había desaparecido en un instante. Inspiró un sentimiento general de compasión, pues aunque empezábamos a sospechar que estaba más involucrada en el crimen de lo que en un principio se creía, no podíamos dar crédito a las divagaciones de Rouletabille.

El presidente, en primer lugar, lo amonestó. Le recordó que ocupaba aquel banquillo no para acusar, sino para defenderse, y que, en cualquier caso, si pretendía mancillar una reputación hasta entonces intachable y siempre guiada por el dulce brillo de la virtud, debía hacerlo en términos que no indignaran a la conciencia pública y, sobre todo, aportando a su inesperada estrategia de defensa más pruebas que imprecaciones.

Rouletabille inclinó la cabeza en señal de asentimiento y retomó la palabra con el tono suave y mesurado que nunca debió abandonar.

—Caballeros —dijo—, mi amigo Sainclair me recordaba hace un instante que, a la hora del crimen, es decir, a las cinco y media, la señora Boulenger se encontraba junto a él en el salón de mi casa. Es precisamente esta coincidencia de la hora del crimen —en la que ahora todo el mundo está de acuerdo— con la presencia de la señora Boulenger en mi residencia la que, al intentar descubrir al cuarto protagonista necesario del crimen —tal y como yo lo concebía tras mis investigaciones—, me impedía considerar como tal a la señora Boulenger. ¡De algún modo, lo imposibilitaba! Y entonces, recordé la insistencia con la que, fingiendo indiferencia, la señora Boulenger dirigió nuestra atención hacia mi reloj de péndulo. Ya en aquel momento me pareció poco natural. Según el relato de mi amigo Sainclair, él había llegado antes a mi casa y había oído a la señora Boulenger llamar a la puerta de la vivienda; mi criado había hecho pasar a la invitada al salón donde se encontraba mi amigo. Sainclair no se había ausentado de él ni un solo instante. Y por ese motivo tuve que descartar, en principio, mi teoría de que la señora Boulenger podría haberse creado una coartada retrasando media hora mi reloj; digo en principio, que no *de facto*, pues, de hecho, más tarde descubrí que se trataba de una posibilidad bastante factible. Una posterior conversación con mi criado me reveló que la señora Boulenger había llegado a mi casa cinco minutos antes que Sainclair, la había hecho pasar al salón y, a continuación, había salido de mi casa anunciando que regresaría. Y regresó, en efecto, encontrando ya a Sainclair allí, y salió de nuevo para volver a subir conmigo. ¿Por qué aquella insistencia en venir a mi casa? ¿Por qué aquel afán en dejarse ver en mi casa? Solo digo que una persona que tuviera interés en crearse una coartada, no hubiera actuado de otro modo. Nada más. En todo caso, desde que supe que la señora Boulenger había estado en mi salón, a solas con mi reloj, ¡la hora del crimen ya no me interesaba!

»Fue en estas circunstancias, caballeros, que partí para El Havre.

»Hasta entonces, empujado por mi idea de la absoluta inocencia, es decir, de la intachable honestidad de mi esposa —una inocencia que, en mi mente, solo pasaba porque Ivana no le hubiera ocultado a la señora Boulenger su cita en Passy con el profesor, lo que, a su vez, hacía entrar en escena al personaje de la señora Boulenger—, como decía, hasta entonces, solo tenía la convicción moral de la intervención de la señora Boulenger, pero en modo alguno una convicción racional y, menos aún, material. Debía encontrar con premura la pieza que me faltaba. Una vez descubierto el rastro de Théodora Luigi, debía determinar su papel en este asunto basándome en sus propias huellas y, sobre todo, bajo qué circunstancias, ella, que se encontraba en El

Havre la víspera del crimen, había partido hacia París. Y entonces, señores, visité de nuevo la villa del acantilado donde había tenido lugar el verano anterior un drama que, en cierto modo, fue el preludio de este y que aún ignoran ustedes.

Llegado este punto, y anticipándose al amago de protesta del fiscal, el presidente declaró:

—La tragedia de Sainte-Adresse fue objeto de una instrucción que se cerró en su momento, por lo que considero innecesario volver a tratarla aquí.

Inmediatamente, como abogado de Rouletabille, protesté contra aquella forma de coartar el debate pero, en esta ocasión, fue Rouletabille quien me calmó.

—Caballeros —dijo—, la presencia de la señora —señaló a Théodora Luigi— que amablemente ha accedido a venir aquí para ayudarles a desentrañar esta maraña criminal, debe ser la mejor garantía de que no se pronunciarán palabras injuriosas contra nadie. La memoria de Henry II de Albania puede reposar en paz. El príncipe no estuvo involucrado, en modo alguno, en el drama del acantilado. Dicho esto, se me permitirá decir —sin detenerme a detallar, por supuesto, el desarrollo de los hechos— que a nadie se engañó, que nadie sabía nada sobre aquel suceso. Ni los magistrados que creían saberlo, ni mi esposa, que llegó al escenario del incidente instantes después del tiroteo y que, a pesar de ello, escuchó las falsas confidencias de la señora Boulenger en su lecho de dolor, ni el propio Roland Boulenger, ni la misma Théodora Luigi, que nada vio y que solo pudo escuchar los disparos que retumbaban tras una puerta. ¡Solo esa dama conoce la verdad! —el dedo de Rouletabille señaló, en esta ocasión, la estatua en la que se había convertido la señora Boulenger—. ¡Esa dama y yo!

»Caballeros, durante mi regreso a París el otoño pasado, después de la tragedia del acantilado, descubrí que el autor del crimen no podía ser Henry II de Albania, entre otras, por esta razón: el revólver utilizado para disparar a la señora Boulenger lo había comprado días antes el propio Roland Boulenger a un armero de El Havre. Volví con la idea de que tal vez Roland Boulenger había disparado a su esposa, y que esta, más sublime que nunca, le había perdonado. Sin embargo, muchos puntos del drama permanecían inexplicables y cuando, después de la tragedia de Passy, regresé a El Havre, ya con una percepción de Thérèse Boulenger muy distinta a la que tenía hasta entonces, y con el recuerdo también de ciertas escenas bastante singulares que solo adquirieron significado a la luz de esta nueva impresión, resolví ultimar

mi investigación al tiempo que me ocupaba de Théodora Luigi en aquello que concernía al segundo drama.

»Tuve la suerte de tropezarme en Trouville con Bernard, el ayuda de cámara de Roland Boulenger, quien, por orden de la señora Boulenger, había ido a recoger ciertos objetos a la mansión de Deauville. Yo iba disfrazado, por lo que él no me reconoció y, de este modo, pude encauzar la conversación hacia el drama del acantilado. Había una frase que no podía apartar de mi cabeza desde que la había escuchado algún tiempo después de la tragedia, entrando en la villa de Deauville. Roland Boulenger le decía a Bernard:

»¡Qué le vamos a hacer, Bernard! ¡Si se ha perdido el revólver, compraré otro! Déjame ya tranquilo con esa historia.

»De esas palabras concluí, en aquel momento, que «esa historia del revólver» incomodaba particularmente a Boulenger y, por tanto, le inculpaba. No obstante, de mi última conversación con Bernard en Deauville, extraje la conclusión de que el propio Roland Boulenger había sido el primero en preocuparse por la desaparición del arma, y había rogado a Bernard que hiciera todo lo posible por encontrarla. ¡Mi teoría se había ido al traste! Si Roland Boulenger hubiera disparado a su mujer con aquel revólver, no tendría interés alguno en llamar la atención de nadie, especialmente de su criado, sobre su desaparición. Continué interrogando a Bernard metódicamente. Lo esencial para mí era saber si Boulenger había partido aquel día hacia Sainte-Adresse con su revólver. Recordé que había saltado sobre su caballo y que nos había dejado sin más preámbulos; pregunté a Bernard si el pantalón de montar de su señor tenía algún bolsillo donde guardar el arma. ¡No tenía ninguno! Y, aquella misma mañana, después de que el señor se fuera, Bernard había sacado el revólver del bolsillo del pantalón que Roland llevaba puesto la víspera y lo había depositado en el cajón de la mesita de noche. ¡Desde entonces, no habían vuelto a ver el arma! ¿Quién pudo llevar el revólver de Roland Boulenger al lugar de la tragedia? ¿Quién, si no la única persona junto a la cual fue encontrado? (Un revólver que ocultaron rápidamente por creer que pertenecía a Henry II). ¿Quién, si no esa señora? —y, de nuevo, el implacable dedo de Rouletabille señaló a la señora Boulenger—. ¡Y la desafió a declarar lo contrario!

—¡Pues sí! ¡Es cierto! —exclamó ella—. ¡Me llevé ese revólver para suicidarme! Y me disparé a mí misma dos veces. ¡Así es! ¡Quería morir! ¿Acaso no estaba en mi derecho? ¿No me lo había ganado ya con creces?

—Usted, señora —respondió fríamente Rouletabille, en medio de un inmenso murmullo que no era del todo hostil hacia aquella a quien acusaba—,

usted lo había arreglado todo para que pareciera que su marido la había asesinado.

—¡Miserable! ¡Yo adoraba a mi esposo!

—Hay momentos en los que, en el corazón de una mujer —replicó un impávido Rouletabille—, el amor se vuelve más terrible que el odio y se funde con él de un modo singular; y usted, señora, ha experimentado ese momento. ¡Y yo le diré cuándo!

»¿Recuerda cierta noche cuando, en la mansión de Deauville, casi tropiezo con usted al fondo de un corredor? No debería decirle «recuerde», pues, en realidad, no puedo asegurar que usted me viera. ¡Pero yo sí la vi a usted! Salía de la habitación de su esposo hecha una furia, con el cabello desordenado y vistiendo un magnífico salto de cama; había retomado su elegante estilo. ¿Acaso hay algo más natural para una mujer enamorada que volver a embellecerse para aquel que es objeto de su amor? ¡Juro que no me alegré! ¡No! Aquella noche, cuando la vi salir de la habitación de su esposo, ¡me quedé horrorizado! Horrorizado porque el tupido velo que cubría mis ojos, y que usted había colocado sobre los ojos de todo el mundo, repentinamente se cayó. Una mujer, por su proceder, puede llegar a tocar el cielo. Representa una virtud tan pura que ya no pertenece a la tierra. Se lo dice a quienquiera que desee escucharla. Lo repite hasta el éxtasis. Ya no es más que un pensamiento, un corazón.

»*¡Su pensamiento todo lo comprende! ¡Su corazón todo lo perdona!* Roland dejó de ser un hombre para ella; le importaba en tanto en cuanto funcionara su cerebro. Así nos lo hizo saber en más de una ocasión. ¡Pues bien, esta mujer miente! Esta esposa extraterrestre, esta colaboradora cuya única pretensión era comprender la obra inmortal en la que trabajaba junto al genio, este espíritu puro, esta noble inteligencia, esta entidad divina que fundía en un mismo culto el amor platónico y el amor por la ciencia... ¡Todo era mentira! ¡Rabiaba de desesperación porque ya no la besaba como había hecho al despertar tras su noche de bodas, y todo esto rugía bajo su máscara de celestial indiferencia cuando una sonrisa suya se desviaba!

—¡Todo eso murió, es cierto! ¿Algo más, caballero?

—Todo eso murió; y estaba en su derecho, como ha dicho. Mas abusó usted de su derecho cuando vino a perturbar la paz y serenidad de un hogar, buscando una víctima que arrojar al vórtice de sus oscuras maquinaciones; cuando, al día siguiente de aquella noche en la que se exhibió peripuesta inútilmente, urdió el abominable plan de suicidarse en modo tal que su marido resultase sospechoso de su asesinato. ¡Ah! ¡Deje que termine, señora! Fue con

su revólver con el que usted misma se disparó ante su puerta, tomando buen cuidado de gritar: «¡Roland! ¡Asesino! ¡Asesino!».

—Lo que grité fue: «¡Al asesino!» —protestó la señora Boulenger.

—¿Por qué iba usted a gritar «¡Al asesino!» si nadie intentaba asesinarla? Cuando quiera, probaré que el príncipe Henry ya estaba muerto cuando usted trató de quitarse la vida. ¡Pero usted quería morir destruyendo a Roland! Y aportaré, señora, la prueba irrefutable. El día siguiente a la noche en que su locura de amor mutó en locura de odio, escribió a una de sus amigas de París, la señora de Lens, una carta que precipitó su partida a El Havre al enterarse dos días después de la tragedia. En esa carta le decía textualmente: «*Ahora me odia. Lo he leído en sus ojos. ¡Desea verme muerta! ¡Prepárate para un drama terrible! ¡Yo lo espero y estoy preparada! ¡Si te informan de mi muerte, asegúrate de que se sepa que fue él quien me mató!*».

»¡Pero usted no murió! Y cuando la señora de Lens la visitó en Sainte-Adresse, le mostró a su esposo arrodillado a sus pies. En aquel momento pensaba usted que lo había reconquistado, y aceptó de buen grado la leyenda que circulaba en torno al suceso cuando abrió de nuevo los ojos: ¡el intento de asesinato de Henry II de Albania!

¡Qué silencio! Un terrible silencio que esperaba alguna réplica de aquella mujer aferrada al estrado, como si estuviera al borde de un abismo. ¡Pero la réplica no llegó!

Por su parte, Rouletabille, implacable, continuó:

—Y ahora, basta ya de esta primera historia. ¡Pasemos a la segunda! De todos modos, poco tengo que añadir. Cuando volví a El Havre, estaba convencido de que usted era la artífice de cuanto había acontecido en Passy, al igual que en Sainte-Adresse. Solo necesitaba las pruebas, y resolví obtenerlas empleando el tiempo necesario para tenderle una trampa, del mismo modo que usted había engañado a todo el mundo. ¡Qué triunfo el mío conseguir que usted llevara a la casa de Passy la esclava que había encontrado en la villa de Sainte-Adresse! ¡Era toda una confesión! Y, además, tenía en mi poder la carta firmada por Roland Boulenger; la carta que emplazaba a Théodora Luigi; ¡la carta que los peritos negaron que fuera de su esposo! ¡Solo podía haberla escrito usted!

—¡Mentira! ¡Invenciones! ¡Es una locura! —gritó fervientemente la señora Boulenger, que ya no miraba a Rouletabille.

—Señora, aquí tengo la prueba de que ha intentado imitar la escritura de su esposo en numerosas ocasiones. ¡Y tengo algo mejor aún! Aquí están recompuestos los sucesivos intentos que usted realizó antes de escribir esa

carta. Señor presidente, abra este sobre. Le juro que la señora no tendrá nada más que añadir.

Y, como si quisiera hipnotizarla, Rouletabille fijó su mirada en la señora Boulenger mientras el alguacil le entregaba el sobre al presidente.

—Precisamente tengo algo que decir, señor presidente —murmuró la señora Boulenger con un suspiro—. Es cierto que he intentado imitar la escritura de mi esposo; él mismo me pedía a menudo que respondiera la desbordante correspondencia en su lugar, e incluso que firmara por él.

—Es todo lo que quería saber —exclamó Rouletabille—. Y ahora, señor presidente, puede romper el sobre. ¡No hay nada dentro!

¡Qué estupor! Entonces y, a pesar de la gravedad de los acontecimientos, hubo risas.

—¡Lagardère^[54] no ha muerto! —replicó el presidente.

—Tampoco Rouletabille —añadió fríamente mi amigo—. Y ahora, más que una palabra... la prueba irrefutable de la presencia de la señora Boulenger en la villa de Passy a la hora del crimen... ¡y la evidencia de que ella lo cometió! Cuando ejecutó el asesinato, la señora Boulenger bajó a la cocina porque tenía sed y bebió agua fresca del grifo, un agua refrescante que vertió en un vaso que había tomado del aparador situado junto a ella. Pero la señora Boulenger cometió el error de no colocar aquel vaso exactamente como el resto. Hice analizar dicho vaso en el laboratorio Bertillon^[55]. Tengo allí algunos amigos que amablemente pusieron su «experiencia» a mi disposición y que aportarán a la sala el resultado de su examen. Efectivamente, detectaron en el vaso la huella de los dedos del asesino.

—¡Falso! —exclamó la infeliz mujer en un último intento de defensa.

—¿Por qué dice usted que es falso? ¿Acaso porque tuvo usted la precaución de ponerse sus guantes de hilo? Pero el guante dejó su impronta en el cristal. Y esta la delata más que una confesión.

—La señora Boulenger —interrumpió el presidente—... ¿es la única dama que lleva guantes de hilo?

—No, pero ella los usa con frecuencia y, precisamente aquel día, llevaba un par inconfundible, pues tenían una costura en el pulgar cuya huella encontramos en el vaso. Además, ¡he aquí el guante! Cometió el error, señora, de perderlo en la clínica del doctor Schall cuando salió de mi casa.

Y Rouletabille extrajo el guante de un pequeño paquete que sacó del bolsillo de su chaleco.

—Esta vez sí que está en el interior —dijo—. No como los papeles de antes.

Se escuchó, proveniente de la zona donde se encontraba la señora Boulenger, una especie de respiración ronca, un gemido distante y profundo, y luego... nada. Se irguió en el estrado, más estirada que nunca, como si fuera a tomar impulso.

—Sepa usted, señora —dijo el presidente—, que todo esto supera los límites del horror.

—Todo esto —dijo ella con una voz irreconocible, que parecía ya de ultratumba—, ¡todo esto no supera los límites del amor!

¡Y se desplomó! ¡La señora de Roland Boulenger yacía muerta! Esa misma noche se descubrió que se había envenenado con ácido prúsico.

A Rouletabille no le conmovió en absoluto aquella muerte que sobrecogió al auditorio. Mientras la gente se precipitaba de un lado a otro, y la audiencia se suspendía, me confesó con increíble sangre fría:

—¡Lo mejor de todo es que el guante es falso! Lo compré esta mañana y yo mismo hice la costura. Lo que sí es cierto es la huella del guante de hilo y la costura del pulgar impresa en el cristal. No arriesgaba nada fabricando la prueba que me faltaba. Esa terrible mujer inventó pruebas contra Théodora Luigi, y yo utilicé sus propias armas para luchar contra ella. La única diferencia es que mis pruebas eran más falsas que las suyas y, tal vez por eso, hayan tenido éxito.

Concluyo aquí la narración del conocido como *El crimen de Rouletabille*. No hay duda, en este caso, de que el célebre reportero estableció materialmente toda la verdad de los hechos, pero ¿logró desvelar la verdad moral por completo?

¿Quién podrá hacerlo, ahora que Ivana está muerta? Vivió como una mujer honesta y como una mujer honesta murió, en el sentido más burgués de la palabra; era todo corazón, ¡un corazón magnífico en el que cabían Rouletabille y el mundo entero!

Eso es todo lo que se puede decir.

Y la esfinge permanece aún en pie, en el umbral de la tumba, con su eterno perfil femenino.

[28] Vela triangular que se orienta y amura sobre el bauprés y, por antonomasia, la mayor y principal de ellas. <<

[29] Hall o vestíbulo central que comunica las distintas salas del Palacio de Justicia de París. <<

[30] Le Plessis-Robinson es un municipio francés ubicado en la región de Île-de-France, al sudoeste de París. En el año 1840, un restaurador parisino, Joseph Gueusquin, descubrió el Plessis-Picquet, donde abrió en 1848 una taberna con cabañas en los árboles como en El Robinson suizo (novela publicada en 1812 y escrita por el pastor Johann David Wyss), y que bautizó con el nombre de Au Grand Robinson. Fue tal el éxito del lugar que pronto aparecieron más tabernas y el distrito finalmente adoptó el nombre de Robinson. <<

[31] Poste restante, o Lista de Correos, es un servicio prestado por las compañías nacionales de correos y telégrafos, mediante el cual se puede dar como dirección, para recibir correspondencia, la de una oficina postal. <<

[32] Referencia a los tapices de la localidad francesa de Beauvais, que recibía encargos de las casas reales, aristocracia y alta burguesía. La fabricación de tapices de Beauvais fue la segunda en importancia, después de los Gobelinos, de entre todos los talleres de tapices franceses que se establecieron bajo el reinado de Luis XIV. <<

[33] François Boucher (1703-1770). Además de sus cuadros, Boucher diseñó trajes para teatros y tapices, y participó en la decoración de los palacios de Versalles, Fontainebleau y Choisy. <<

[34] Un gobelino es un tapiz realizado en la Manufacture Royale des Gobelins de París, o una imitación suya. Toma el nombre de Jehan Gobelins, un tintorero de lana que se dio a conocer a mediados del siglo xv por el color rojo escarlata que conseguía. Tenía su taller en París, junto al Bièvre, y la reputación de su familia superó a la del resto de tintoreros de tal modo que tanto el río como la zona tomaron su nombre a mediados del siglo xvi. <<

[35] Jean de La Fontaine (1621-1695), escritor y poeta francés. <<

[36] Jean-Baptiste Oudry (1686-1755), pintor, grabador y diseñador de tapices del Rococó francés. <<

[37] Vasija cóncava, por lo común con una escotadura semicircular en el borde, usada por los barberos para remojar la barba. <<

[38] Antigua comuna francesa del departamento del Sena. Fue anexada a París en 1860. El barrio fue cuna de impresionistas, de la bohemia parisina del siglo XIX, e importante teatro de batallas durante la guerra franco-prusiana y la Comuna. Allí, más precisamente en el edificio Beateau-Lavoir, se formaron asociaciones artísticas como los *Incohérents* y los *Nabis*, con representantes de la talla de Van Gogh, Matisse, Renoir y Toulouse-Lautrec. A finales del siglo XVIII, el barrio adquirió mala fama debido a la proliferación de burdeles y *cabarets*. <<

[39] Louis Rodolphe Salis (1851-1897) fue el creador, animador, propietario y alma del famoso cabaret *Le Chat Noir*. <<

[40] En la piel del conejo. <<

[41] Fiel ayudante de Rouletabille en otras entregas de la saga. <<

[42] Vladimir Petrovitch, personaje que acompaña a Rouletabille en anteriores entregas de la saga. <<

[43] En 1895, el arquitecto Édouard-Jean Niermans recibió el encargo de construir el *Théâtre des Capucines* en el lugar de una antigua tienda, *A la ville de Lyon*. El teatro fue utilizado por primera vez como sala de conferencias por personalidades como Francisque Sarcey, Jules Lemaître, Jules Claretie, Paul Bourget y Camille Flammarion. De 1892 a 1897, los hermanos Emile y Vincent Isola presentaron allí muestras de prestidigitación. A principios del siglo XX, el teatro gozaba de un gran éxito. <<

[44] Referencia al edificio de la Prefectura de Policía. <<

[45] Referencia a una locomotora francesa muy célebre antes del año 1914. La serie C o *Coupe-vent*, fue usada por los trenes más prestigiosos de la *Belle Époque*, aquellos de la realeza o de personas acaudaladas. <<

[46] Municipio español situado en la parte nororiental de la comarca del Alto Ampurdán (Gerona), en el noreste de España. Limita con el municipio gerundense de Colera, y con las comunas de Cerbère y Banyuls-sur-Mer, en Francia. <<

[47] Término utilizado por Filóstrato de Atenas, en su obra Heroico, para referirse a quienes tienen la nariz ligeramente aguileña. Leroux hace un símil para referirse a la figura del personaje que tiene esa ligera inclinación encorvada o joroba. <<

[48] Localidad y comuna francesa, situada en el departamento de Saona y Loira y perteneciente a la región de Borgoña. <<

[49] Nos cuenta la Historia que Aníbal, el gran general cartaginés, tenía la intención de conquistar Roma y para ello no ahorraba ningún esfuerzo, incluso el atravesar los Alpes para adueñarse de la capital del Imperio romano. Pensó dar, antes del último asalto, un descanso a sus esforzados guerreros y diseñar la estrategia para hacerse con la ciudad. Los romanos, sabedores de este momento, avisaron a sus paisanos de Capua para que los trataran de la mejor manera posible. Lo lograron tan bien que al conquistador se le fue olvidando el intento y, después de varios meses de asueto, cuando sus oficiales le preguntaban si no quería ser el dueño de Roma, contestaba invariablemente: «Cuando podía no quise, y ahora que quiero, no puedo». <<

[50] *La Rue de la Paix* es una calle de la ciudad de París. Situada en un prestigioso barrio de la capital francesa, alberga principalmente joyerías lujosas como Cartier o Van Cleef & Arpels, tiendas de lujo, grandes hoteles y palacios como el Hôtel Westminster y el Park Hyatt. <<

[51] Ciudad metropolitana de Turquía situada en el extremo occidental de Anatolia, capital de la provincia de Esmirna. <<

[52] Una de las instituciones de enseñanza superior más prestigiosas de Francia y del mundo. Situado en la rue des Écoles, en el distrito V de París, su fundación se remonta al siglo XVI bajo el reinado del rey Francisco I. <<

[53] En la esquina de la actual rue de la Croix-Faubin y la rue de la Roquette, en el distrito 11, se encontraba la prisión Grande Roquette, donde se hallaban recluidos los condenados a muerte. A partir de 1851, se instaló la guillotina en la entrada de esta prisión. <<

[54] Referencia a Henri de Lagardère, personaje de ficción creado por el escritor francés Paul Féval y protagonista principal de su novela *Le Bossu*, publicada en 1858. <<

[55] Referencia a Alphonse Bertillon (1853-1914), criminólogo francés que fundó en 1870 el primer laboratorio de identificación criminal e inventó la antropometría judicial —ciencia que estudia las medidas y dimensiones de las diferentes partes del cuerpo humano, pues las mismas varían de un individuo a otro según su edad, sexo, raza, etc...—, también conocida como «sistema Bertillon», un sistema de reconocimiento biométrico —la biometría es una tecnología de identificación basada en el reconocimiento de una característica física e intransferible de las personas, como por ejemplo, la huella digital, el reconocimiento del patrón venoso del dedo o el reconocimiento facial— adoptado en toda Europa y en EE. UU. <<